

24 Enero 1928

Menú

Estampa

*Revista Gráfica y Literaria de la Actualidad
Española y Mundial* = Editada en Suc. de Rivadeneira

Paseo de San Vicente 20 == MADRID.

Propietario:
Luis Montiel

Director:
*Antonio G.
de Cárdenas*

Año 1 = Núm. 4

Serafin
y
Joaquín
Alvarez
Quintero
ilustres
comedio
gráficos



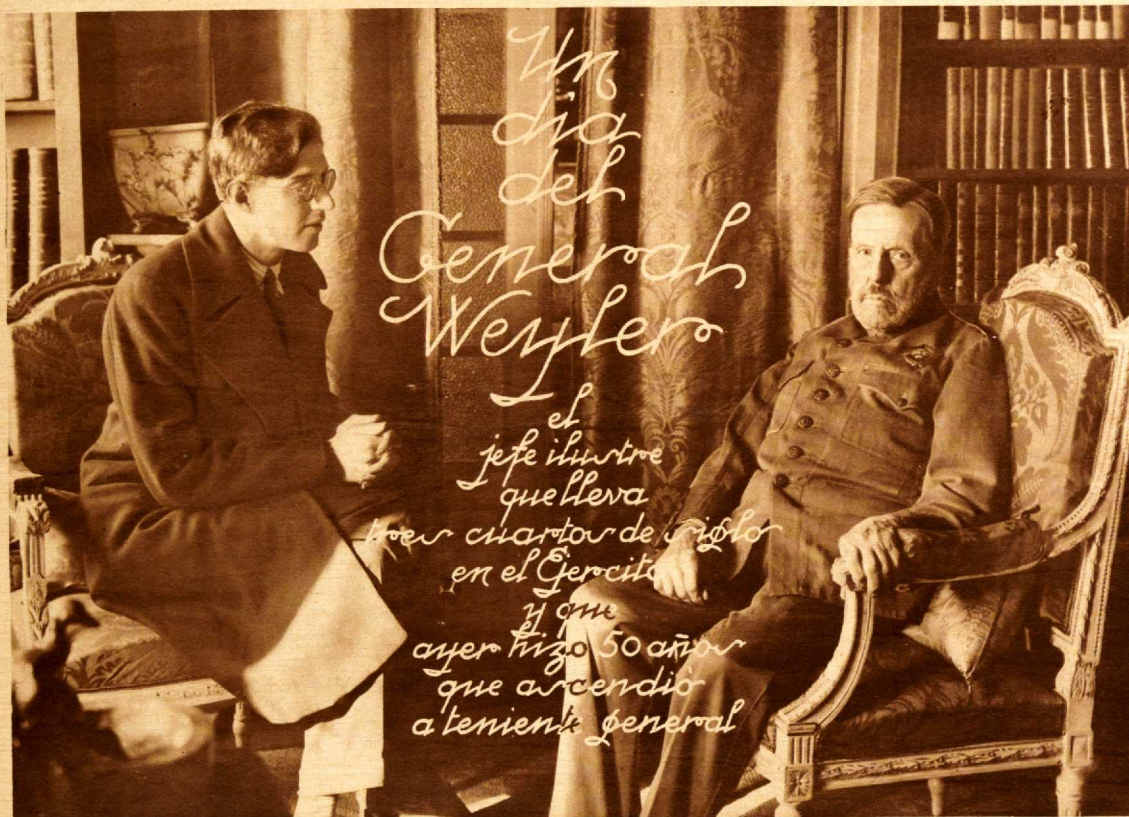
gloria
de
litera-
tura
española
contem-
poránea

Fotografía de arte Antsa.

CHRYSLER

Construido como sólo CHRYSLER construye

Agencia para España: SEIDA (S. A.)



*Un día del General Weyler
El jefe ilustre que lleva
un cuartel de rigor
en el Ejército
y que
ayer hizo 50 años
que ascendió
a teniente general*

¿Cuál es el recuerdo más agradable de su carrera militar? — pregunta nuestro redactor, Vicente Sánchez Ocaña, al general Weyler... Y éste responde con este autógrafa dedicado a «Estampa»:

UNA LUCECITA, AL AMANECER...

La casa número 41 del bulevar del Marqués de Urquijo es un barco: alta y estrecha; inclinada, como un navío que cabecea entre el oleaje, sobre el paseo de Rosales; con la esquina, igual que una proa, enfilada hacia las hondonadas de la Bombilla, que en la noche parecen el mar...

Por la mañana muy temprano, antes de amanecer, en el último piso de ese barco, se enciende una luz.

—Ya está en pie el general, dice el sereno, mostrándosela a los trasnochadores, al tiempo de abrirlas la puerta.

Al verla por la ventanilla de sus buhardillas, las mujeres de los obreros zarandean al marido que ronca.

—¡Eh, tú, que ya es hora! ¡Ya se ha levantado el general.

Y los panaderos y los churreros que pasan, con su cesto humeante en la cabeza, corriendo entre la niebla, alzan un instante la mirada hacia la lucecita y aprietan el paso.

—¡Ya está levantado el general!

La luz del general anuncia a las gentes del barrio la llegada del día.

EN LA AZOTEA

En la azotea de su casa el general Weyler, con las manos a la espalda, un poco encorvado, pasea esperando que le preparen el baño.

Está solo allá en lo alto del barco, en medio de la niebla, azotado por el duro viento de la Sierra. A sus pies se extiende Rosales desierto, con sus hileras de luces, y más lejos, los campos abiertos, infinitos, bajo las temblorosas estrellas... De cuando en cuando, en medio del silencio, llega de alguno de los *cabarets* de los alrededores ruido de

*Me avenus a fomento de 8 h al
del día de la Escuela Superior con el me
mo 10 de mi promoción*

Pablo Weyler

música: el jazz-land que toca su última pieza... Pasan estruendosos automóviles cargados de hombres y mujeres, que van gritando y cantando, con voces roncadas de borrachos... Entonces el general, que contempla la calle apoyado en la barandilla de la azotea, se endereza bruscamente y se va hacia el interior de su casa, gruñendo entre dientes. El portazo que da al salir hace temblar los cristales de todo el piso.

EL GENERAL ELIGE TRAJE

—¿Qué traje va a llevar el señor?

El general Weyler examina, pensativo, su guardarropa. Es un guardarropa inmenso. Seguramente uno de los más grandes que haya en Madrid. Con docenas de uniformes de todas clases; de campaña, de gala y de a diario; con trajes de paisano de todas las hechuras y de todos los colores... Un centenar de trajes, o quizá más, sin estrenar muchos...

El general pasa unos minutos buscando entre ellos el más humilde, el más usado.

—Este—declara, por fin, cuando logra encontrar uno lo suficientemente ralo.

Hace muchos años, cuando su modo de vestir empezaba a procurarle la fama de hombre desaliñado que tiene; cuando los periódicos comenzaron a publicar caricaturas en las que aparecía disfrazado de trapero o de desholllinador, las personas

allegadas a él trataron de que usara una indumentaria mejor.

Pero fué imposible convencerle.

Los trajes nuevos, brillantes, le inspiran como repugnancia.

—No... no...—dice moviendo la cabeza cuando le brindan uno así en su guardarropa—. No... Ese, no... Uno más viejo...

Lo que de ninguna manera soporta es que las ropas tengan ni la sombra de una mancha. A

veces se pone a remirlas antes de ponérselas, para asegurarse de que están perfectamente limpias.

¡A GALOPE!

Después de tomar su desayuno, que consiste en un poco de fiambres, frutas y una taza de café bien cargado, sin azúcar, el Capitán general sale a dar un paseo a caballo. Unas veces le acompaña un ayudante. Otras, un ordenanza. En ocasiones, va solo...

La yegua *Breda*, procedente de la yeguada del marqués de Corpa, es su cabalgadura predilecta. Le tiene tanto cariño que hasta la mimia algunas veces, y la bestia le muestra verdadera adhesión.

Weyler es, a los noventa años, un jinete prodigiosamente ágil y vigoroso.

Las gentes se quedan pasmadas al verlo. Bien plantado en la silla, con la brida firme en la mano, inclinado sobre el cuello de la yegua; tendido hacia adelante, contra el viento su perfil duro y agudo, el Capitán general galopa por los campos... Sus ojos brillan con una ilusión de batalla, de escarga... ¡Aquellas escargas de su tiempo!...

Cuando lo divisan los guardas del Parque del Oeste, anuncian a los paseantes, con cierto orgullo:

—Allí viene el general.

—¿Qué general?—pregunta alguien.

Estampa



El general Weyler, en 1878, cuando ascendió a Teniente general.



El general, en 1910, al ascender a Capitán general.

El guarda interrogado suele encogerse desdenosamente de hombros.

—¿Qué general?... ¡Qué general va a ser!

Para los guardas de la Moncloa y del Parque del Oeste, «el general» es Weyler.

CARTAS DE MUJERES, DE
VIEJOS SOLDADOS, DE
LOCOS...

Cuando vuelve del paseo, ya está esperándole para despachar la correspondencia, su ayudante-secretario, el Teniente coronel Sicardo.

La correspondencia del Capitán general es copiosa y abigarrada. Le llega de todos los países y de todas las clases de gentes.

Un pueblo que en otro tiempo fué enemigo suyo, Norteamérica, es de los que más cartas le envían. Casi siempre con mensajes extraordinarios. Por ejemplo, una porción de yanquis le escriben preguntándole a qué se debe que haya llegado a una edad tan avanzada, con tanto vigor. «Tendría usted —dice uno— la amabilidad de indicarme detalladamente qué método debo seguir para prolongar mi vida? Es una cuestión que me interesa.» Muchas personas, señoras sobre todo, le piden autógrafos. La mayor parte son extranjeras: francesas, americanas del Sur y del Norte, alemanas, inglesas... Hace pocos días, una señora inglesa le ha mandado, con la petición de autógrafo, una colección de postales. En cada una había escrito —en inglés, por supuesto— una sentida poesía lírica. Completando el envío, venía en el fondo del sobre, una flor...

Ciertas correspondencias no se paran en autógrafos y versos: ofrecen al general sus corazones, y —lo que es más serio— sus manos... Sí, sí. No lo tomen ustedes a broma: al general le llegan de cuando en cuando, de los lugares más remotos del planeta, proposiciones de matrimonio. Y no sólo para él, sino para sus hijos.

«Tengo —le declara una dama de Boston— treinta y cuatro años. Poseo una fortuna que me permite vivir independiente. Por el retrato que le envié podrá ver que no soy desagradable. Sería para mí un hermoso sueño realizado, verme unida a un personaje célebre...»

De orates indígenas, también le llegan muchas cartas, generalmente con planes de Gobierno o militares. Uno de los que más le escriben es uno que se titula «Infante de España», y que a él le llama, no se sabe por qué, «Duque de Medina del Campo».

El Capitán general ni se sonríe al tropezar con estos escritos. Lee los primeros renglones, y cuando se hace cargo de lo que se trata, declara: «Vistos», y alarga el papel a su secretario. «Vistos quiere decir que no hay que ocuparse de aquello.»

Las cartas que más le interesan son las de sus viejos soldados.

«Yo estube a las órdenes de Buesensia en Bocairiente, sirviendo en el regimiento de Aragón...»

«Un servidor izo toda la campaña de Cuba...»

Weyler queda absorto contemplando estas torpes letras. El sucio pleguecillo de rayas azules tiembla un poco en su mano...

LA HORA DE LAS VISITAS

Tras la correspondencia vienen las visitas.

De doce a una, puede decirse que están abiertas las puertas de la casa para todo el que quiera entrar. El Capitán general recibe a todo el mundo. Van a verle personas de las más diversas condiciones: militares, gentes menesterosas que van a pedirle algún favor; periodistas llegados, sólo para entrevistarse, del Extranjero...

Don Valeriano oye a todos atentamente. Aunque su interlocutor sea hombre locuaz y lo entretiene demasiado, él no se impacienta. Escucha una hora, dos horas, tres horas, si es menester... Escucha, pero no habla. Solamente, de cuando en cuando, hace algún movimiento de cabeza, o pronuncia un monosílabo...

Que se sonría es un acontecimiento extraordinario.

Sin embargo, yo he sido testigo de él.

Mientras Zapata le fotografiaba hablando conmigo, se puso a contemplarme con mucha atención.

—En el Jaina (Santo Domingo)—dijo, al cabo de un rato—, si llego a tener la estatura de usted, me divierto.

—¿Por qué?

—Porque una bala me atravesó el sombrero... Desde entonces no puedo ser bajo...

AL GENERAL NO LE GUSTAN LOS VERSOS

A la una y media de la tarde, se sienta a la mesa. Come con excelente apetito, y de todo. Pero sus manjares predilectos son las ostras, el gamo, los caracoles y el ganso. Durante la comida bebe vino tinto, y los postres, una copa de Jerez o de Malvasía de Tenerife. Los licores no los prueba. Ni el tabaco. Su gran pasión es el café. Una taza de café bueno, bien cargado y sin azúcar, es quizá, la única cosa que le hace completamente feliz.

Antes de la comida, se pasa un ratito sentado, reposando, y luego se hace traer libros y revistas, que se envían a montones, y se dedica a leer. Los que más le atraen son los que estudian temas geográficos o militares.

A veces, hurgando en los paquetes que recibe, tropezaba con alguna obra de vaga literatura: una vez un libro de versos... Su primer movimiento

es retirar vivamente la mano, como si la hubiera puesto sobre una víbora.

—¡Hum!

NI EL TEATRO, NI LA MÚSICA

Tan poco como los versos y las novelas le gustan el teatro y la música. Nunca va al teatro, ni al cinematógrafo, ni a los conciertos, ni, en general, a espectáculo alguno. A las carreras de caballos, de cuando en cuando...

Por las tardes no sale de casa más que para hacer alguna visita o para asistir a las sesiones de la Academia de la Historia y de la Sociedad Geográfica, o a alguna conferencia.

UN HOMBRE SOLO

Hace algunos años, en el Senado, solía formar tertulia con el conde de Albox, el señor Pérez Caballero, los marqueses de Villaurrutia, Santa María, Mochales y Barzanallana, y el señor Sánchez Albornoz.

Se deshizo esa reunión, y ya no va a ninguna. —¿Qué voy a hacer yo allí?— dice, cuando alguien le propone que frecuente algún casino—. Jugar, no sé. Charlar, no me gusta...

El bullicio mundano tiene pocos atractivos para este hombre de 73 años. Todos sus compañeros, sus amigos de la juventud, sus contemporáneos han muerto ya y él está solo, como perdido entre una Humanidad nueva... ¡Pensar que en toda la Tierra ya no queda nadie que le tutee más que sus hijos!

En cuanto acaba los quehaceres del día se recluye en lo alto de su barco, en aquella solitaria punta de Madrid... Allí, durante horas y horas, pasea por su despacho, con las manos a la espalda, un poco encorvado...

¿En qué piensa? ¿Qué remotas sombras le acompañan?

Alguna vez, después de cenar, mientras bebe su taza de café espeso y aromático, habla del buen tiempo pasado.

—Estábamos en Cataluña, persiguiendo a Savalls...

Los relatos nunca se prolongan mucho. A las once y media, invariablemente, se pone de pie, da las buenas noches y se retira a su dormitorio.

En ocasiones, se han olvidado de ponerle en él alguna cosa que necesita: una prenda de ropa, un libro... El general no llama y lo pide. Sale a buscarlo.

VICENTE SÁNCHEZ-OCAÑA



Primer retrato al óleo del general Weyler, hecho en la época en que ingresó en la Academia de Infantería.

(Información fotográfica de Zanetti.)

NOTAS GRÁFICAS DE LA ACTUALIDAD EN MADRID



CORRIDA DE TOROS EN PLENA GRAN VÍA.—El diestro "Fortuna" (X) momentos después de dar muerte, con un estoque de ocasión, al toro desamandado que hirió gravemente a una mujer, cornó a otras personas, y cercado por carros y automóviles halló fin en esta plaza improvisada. Numerosos vecinos de Madrid solicitaron para "Fortuna" la Cruz de Beneficencia por su oportuna intervención. (Fot. Luque.)



EN EL CUARTEL DEL INFANTE DON JAIME.—El general Ruiz del Portal (X), rodeado de los generales, jefes y oficiales ascendidos por elección; y a los que dicho jefe entregó los Reales despachos. (Fot. Vidal.)



EL NUEVO FISCAL DEL TRIBUNAL SUPREMO, D. José Oppelt (X), en el acto de tomar posesión de su cargo. (Fot. Vidal.)



LA BODA DE SARA INSUA.—Sara Insua (1), la gentil escritora, hermana del ilustre novelista y querido compañero nuestro, Alberto Insua, firmando el acta de su casamiento con D. Manuel Castelló Mediero (2) en la sacristía de la Iglesia de San Ginés, el día 19 de los corrientes. (Fot. Zapata.)



ESTERAN DOMENECH, notable pintor cubano, que presenta una magnífica colección de apuntes de Toledo y de Santillana del Mar, en su Exposición instalada en el Palacio de Bibliotecas y Museos. (Fot. Luarez.)

Solucionadas las dificultades que impidieron su salida

la pantalla
REVISTA DE CINE Y FOTOGRAFÍA

en su quinto número del jueves 26 de Enero publica:

Portada y biografía de Esther Ralston y contraportada de Ralph Forbes; Argumento y fotografías de «Beau Geste»; Información fotográfica de «Almanecero»; Los artistas de cine y el traje de sport; «Lo. artistas de teatro en el cinematógrafo»; «La película española de ayer y de hoy»; Interesantes Concursos y sus habituales secciones de «Crítica del público» y «Buzón cinematográfico».

Diez y seis grandes páginas en huecogrado
VEINTE CENTIMOS

Un duelo nacional: María Guerrero ha muerto



María Guerrero, la actriz insigne, ha muerto... Con ella desaparece el más alto prestigio femenino de nuestra escena contemporánea.

Al evocar, en esta plana, las imágenes que son recuerdos de la gloriosa artista, en las sucesivas épocas de su vida, lo hacemos con la infinita reverencia que merecen estas sagradas reliquias, y con el dolor que hoy aflige no solamente a España sino a todos los pueblos de abolengo y de idiomas españoles.

Pero alcemos el ánimo abatido... María Guerrero no ha muerto: ha entrado en la inmortalidad.

Últimas publicaciones

Editadas en el mes de diciembre de 1927

Oficial: Reglamento para la aplicación del Estatuto de las Clases pasivas, 1,50.

Nuevas administraciones exclusivas

Vilallonga: Herencias y Herederos, 5 ptas.

Cascón: Tratado de Derecho Administrativo.—Doctrina general, parte segunda, 7 ptas.

Bordiú: La emigración de los campos a las ciudades.—Causas y remedios, 2 ptas.

Beneito: Los medios de cultura y la centralización bajo Felipe II, 4 ptas.

Tejera: El Rapto (segunda edición, muy aumentada), 4 ptas.

Bordiú: Memoria escrita en defensa del Madrid viejo (1926), 3 ptas.

Bordiú: Las bellezas de las vías públicas (1927), 2 ptas.

Bordiú: Los municipios y los seguros sociales (1927), 4 ptas.

EDITORIAL REUS, S. A.

Casa fundada en 1852

Empresa propietaria de más de 2.000 ediciones jurídicas y del Centro «Editorial Reus».

CLASES: PRECIADOS, 1 LIBROS: PRECIADOS, 6

Correspondencia: Apartado 12.250

¿Padece usted del estómago?

NO SE APURE USTED

¿Sus malas digestiones, o la falta de apetito, truecan su habitual buen humor en tristeza?

Hay un remedio eficaz para su padecimiento: un remedio conocido en todo el mundo, que es el

Elixir Estomacal

SAIZ DE CARLOS



HISTORIA DE UNA BANDERA

ESTARÁ—ignoro si todavía está—en una vitrina del Museo de Artillería, de esta Corte. Es una bandera tricolor, lo mismo que la francesa. Roja, blanca y azul. La disposición y el tono de los colores son distintos. El rojo es muy vibrante: carmesí. El azul, ultramar. Tiene dos franjas longitudinales, de la misma anchura. La primera la comparten, del mástil al borde, el color rojo y el blanco. Sobre el rojo campea una estrella blanca de cinco puntas. La franja inferior es azul. Es una bandera de Cuba. La que inventó Carlos Manuel de Céspedes y enarbóla en «La Demajagua» al dar el grito de independencia, el 10 de octubre de 1868.

Carlos Manuel de Céspedes es el primer apóstol y el primer caudillo de los cubanos. Hombre inteligente y culto, como Martí. De una aristocrática. Hizo sus estudios mayores—Derecho—en Barcelona, y se licenció en la Universidad Central. Fué amigo de Prim. Conspiró con éste. Desterrado de España, viajó por Europa: Francia, Inglaterra, Alemania, Italia. Abrió, de regreso a Cuba, bufete en Bayamo, que es la Sagunto y la Zaragoza de los cubanos. Tradujo a Virgilio. Escribió una comedia. Y preparaba la independencia de su patria.

Es Céspedes una gran figura histórica. Y no meramente cubana, sino universal: uno de los caudillos de la independencia de América. Su vida fué noble y fecunda. Y su muerte la de un mártir.

No prosperó su bandera como insignia nacional de Cuba. Sino que fué adoptada, en definitiva, por los revolucionarios cubanos la ideada por Narciso López, que es la prístina. Data de 1850, fecha del primer desembarco del famoso general venezolano, precursor de Máximo Gómez, pero menos afortunado que él. Narciso López murió en el patíbulo y Máximo Gómez, en su lecho de honor, como un patriarca. El que de principio a la gesta cubana un militar venezolano y la concluya un hijo de Santo Domingo—poniendo, entre esta *alfa* y esta *omega*, a los grandes héroes de Cuba: Agramonte, Martí, Calixto García, Maceo—, prueba el carácter, por decirlo así, federativo de las guerras de independencia de América. Ya Bolívar quiso incluir a Cuba en su soñada anficiónia de la «Gran Colombia».

La bandera de Narciso López, dibujada por Teurbe Tolón, es la que todos conocemos: la del bello triángulo grana con la estrella solitaria y las tres franjas azules y dos blancas. Es la que ondea en la fortaleza del Morro, de la Habana, y estos días sobre el palacio donde se reúne un Congreso Panamericano, que ha de procurar—supongo—que cada nación americana sea una estrella libre, y no—de hecho o de derecho—una estrella del constelado pabellón del Norte. Si no, ¿para qué?... Ahora mismo insistiremos.

La bandera de Narciso López, en realidad óptica, más bella que la de Céspedes, es la insignia nacional de Cuba. Pero la de Carlos Manuel, la del grito de Yara, tiene para los patriotas cubanos un valor histórico, un precio de afección y una aureola sentimental inmensurables. Es la bandera del sacrificio y del martirio. La de las horas tristes y sangrientas de la manigua. La que no conoció las apoteosis del triunfo. En sus pliegues parece escrita la propia historia de Carlos Manuel de Céspedes. Yo, al contemplarla, como si invisible Verónica hubiese enjugado con ella el semblante del mártir, veo la faz ensangrentada y estoica de Carlos Manuel de Céspedes.

Esta bandera fué perdida por los cubanos en un combate con las fuerzas de D. Antonio Fajardo e Izquierdo, valeroso jefe español. Gobernaba entonces la Isla el teniente general Caballero de Rodas, quien mandó a la Metrópoli la simbólica enseña. Ahora, al cabo de cinco lustros corridos, retorna a Cuba. La madre España la devuelve a la que fué su hija y hoy—que así cambian los parentescos entre las naciones—es la más joven de sus hermanas de América.

¿Cómo ha sido? Al ratificarse el Tratado Comercial entre España y Cuba, el Embajador y Ministro plenipotenciario de ésta, Mario García Kohly, habló con el Marqués de Estella de una «fórmula» en que se revelaran las simpatías fraternas, los puros afectos familiares que unen estrechamente a los españoles y los cubanos. Y del cordial coloquio surgió la idea «de que retornase a Cuba la bandera simbólica de Céspedes». Al escribirse estas líneas emocionadas—las escribe un cubano—está a la firma el Real decreto en que, legal y oficialmente, se perfecciona tan generosa acción.

Es un *beau geste* del Marqués de Estella. Refrendado por el Monarca, lo suscribirá toda España. Y conmovió a los corazones cubanos en sus fibras más hondas.

Tal es, lector, la historia de una bandera.

LA CONFERENCIA PANAMERICANA

Esta es otra historia... Historia actual. Historia viviente. Desde Europa, algunos espíritus consideran el Congreso Panamericano de la Habana como un acto en el cual un hemisferio proclama «su separación absoluta» del otro. El Viejo y el Nuevo Mundo separados por un abismo político. No hay tal. También lo pensarán así, lo soñarán así, algunos congresistas. Pero los imponderables espirituales y un cúmulo de razones prácticas, indiscutibles, proclaman el absurdo de aquella hipótesis y la inanidad de este ensueño. América sigue ligada a Europa por las ligaduras étnicas, por el fondo o «madre» de su cultura y por—digámoslo en términos de economistas—su balanza comercial.

América es... una Europa más joven. Nadie discute ni lamenta que perduren en ella elementos raciales precolombianos: residuos del mundo azteca y del incaico. Al revés. La substancia «índica» es de lo mejor de América y perdura, precisamente, en los países de colonización ibérica. Los españoles y portugueses pactaron—fisiológicamente—con los indios. Los anglo-sajones, no. Mucho esperamos nosotros del mestizaje de América. ¿No justifica Méjico esta esperanza?

No es posible separar a América de Europa porque—insistamos—Europa *está* en América, porque América es una dilatación de Europa. El espíritu americano es—podría decirse—el espíritu europeo en libertad y en un espacio más ancho. No existe todavía una cultura americana: ni ética, ni estética, ni económica. Todo se hace *allá* con elementos de *aquí*. Lo que cambia es el ritmo, el movimiento, el impulso. Menos cargas históricas, más juventud y una tierra más grande y comenzada solamente a explotar. Hay todavía mucha América virgen.

El panamericanismo puede significar las siguientes cosas:

1.ª Monroismo, o hegemonía norteamericana.

2.ª Continentalismo, o política interamericana, como fracción de la política internacional, que, según eso, sería también intereuropea e interasiática. Fragmentación teórica del Derecho Internacional, que es *uno*, en nombre de las realidades geográficas, que asocian, territorialmente, pueblos de distintas razas y diferentes orígenes históricos.

3.ª Asamblea donde se planteen de frente—y no se soslayan—todos los problemas americanos de vecindad, sin que nación alguna pese más que otra, sino que el Derecho de gentes, la justicia natural, ampare a las débiles y mantenga la armonía entre todas.

La primera y segunda fórmula pueden complacer a los imperialistas norteamericanos, que no son—recordémoslo—todos los habitantes de la Unión. Hay muchos que no ponen su firma debajo de esas páginas que se llaman Panamá, Méjico, Santo Domingo y Nicaragua.

La tercera fórmula es la única que pueden subcribir las naciones hispano y lusoamericanas adheridas a la Conferencia.

La semana teatral

Los estrenos

LA ÓPERA DEL PUEBLO

DEL teatro de La Latina, erigido en plena Plaza de la Cebada, las huestes de Eugenio Casals han pasado a Fuencarral, coliseo el más genuino de los barrios chamberleros. Zarzuela española, zarzuela grande, sin mixtificaciones ni añadidos extranjeros. Un buen director, Casals, que, además, se asoma a las tablas con dignidad y empaque de vieja escuela. Un *divo*, Sagi-Barba, cuyo es el campeonato de los calderones, que enardecen «bravos» y rugidos a las multitudes. Varias típicas que cantan con fe y prodigan su garganta: la Castrillo, la Morante, la Maiquez. Un tenor aceptable: el señor Lledó. Un «gracioso», el señor Gómez Bur, que suele rebasar el trazo caricaturesco hasta dar en la bufonada, con el beneplácito de la muchedumbre. El conjunto es decoroso.

Se inauguró la temporada con *La Calsera*. En el reparto dejaban sentir su ausencia algunas primeras figuras. No obstante, hubo público numeroso y aplausos de adhesión. El castizo Chamberí es agradecido. Zona aquella una de las más populares de los Madriles, hubo de acoger cordialmente a los nuevos huéspedes de la barriada.

El público ama el arte serio. Lee folletines, porque en ellos encuentra interés y emoción. Gusta del melodrama, caudaloso manantial de ingenuos recursos patéticos. Plácete la zarzuela a la antigua, porque es la ópera democratizada. En un nivel superior de cultura, esa modesta trinidad artística ofrece nada menos que estas equivalencias: la epopeya, la tragedia, la ópera dramática. La sensibilidad popular es certera en sus instintos. Al aplaudir a las huestes zarzueleras de Casals busca, sin saberlo, a Wagner.

ACUARELA GRANADINA

No el Patio de los Leones. Tampoco los arrañes de la Alhambra. Ni siquiera los «ármenes» edénicos de la ciudad del Darro. La acuarela granadina, que, en forma de sainete, nos sirvieron en el Cómico los señores Abati y Fajardo, se contrae a perspectivas más modestas y menos coloristas. Tipos y ambiente constituyen la esencia del sainete. El titulado *Solera fina*, fruto de la colaboración de los autores mencionados, es pintura a la aguada. El dibujo esfumiza sus líneas, y el diseño de las figuras se pierde en vaguedades convencionales. Falta, por otra parte, el sabor localista que fuera de apetecer en una obra cuya acción se desarrolla en esferas populares de Granada. El elemento costumbrista, obligado en el sainete, aparece lánguido y apagado en *Solera fina*. Salvo el acento andaluz de los personajes, no hay en la obra pinellada alguna que muestre tonalidades de ambiente.

En honor de los autores, es de justicia consignar que el diálogo fluye decoroso, sereno, sin retorcimientos ni chabacanías. Hay, sin duda, demasiado candor en la intriga de la obra y no mucha originalidad en los escarceos de ingenio que fraguan los personajes. Pero el sainete de los señores Abati y Fajardo tiene, en su misma sencillez, la mejor defensa.

El público llamó a los autores en los finales de acto, y aplaudió cariñosamente a Loreto, a Chicote, a Carolina Fernángomez y a Castiño.



Una escena del sainete "Solera fina", original de los señores Abati y Fajardo, estrenada con buen éxito en el Teatro Cómico, de Madrid. (Fot. Vidal.)

ENTRENAMIENTO

En la Latina están ensayando una obra de Muñoz Seca. Valeriano León, entre tanto, ejercita sus facultades cómicas en el género peculiar del auto mencionado. Para entrenarse, ha puesto en escena *La venganza de Don Mendo*. El público llenaba la sala. Valeriano y Aurora Redondo obtuvieron un éxito franco, del cual correspondió alguna parte a los demás intérpretes, cuyo excelente conjunto merece plácemes sinceros.

SE CERRÓ EL PARÉNTESIS

Por fortuna para el teatro Chueca, han acabado, según parece, las probaturas y tanteos en que venía debatiéndose la empresa desde que cesaron en aquella casa Luisa Puchol y Mariano Ozores. El empresario, D. Manuel Serrano, tiene acreditado su estoicismo ante los reveses veleidosos del negocio. Por no cerrar su teatro, es capaz de perder el dinero, semana tras semana, a sabiendas de que en el albur todos los dados han de serle adversos. Está bien. De caballeros es el perder sin descomponer el gesto airadamente. Pero el Sr. Serrano, durante un par de meses, ha olvidado aquella norma de preceptiva moral que aconseja huir de las malas compañías. Y eso no podemos aplaudírselo.

El paréntesis de improvisaciones se ha cerra-



Una escena de "La Manola del Portillo", zarzuela de Emilio Carrère y G. Pacheco, música del maestro Luna, estrenada en el Teatro Pavón, de Madrid, con excelente éxito. (Fot. Vidal.)

do ya. El yerro está corregido. Concha Torres y Fernández de la Sotomera—dos figuras interesantes en la escena—han hecho su presentación en Chueca, con la obra de Contreras y Camargo y López de Saa "La española que fué más que reina", título que, aunque algo candoroso y evocador del acertijo en los juegos de prendas, lleva tras sí unos bien compuestos cuadros de época. Hubo aplausos para intérpretes y autores. Y—lo que es más importante—terminó el imperio de lo provisional en aquella casa.

LAS ALEGRES CHICAS DE MADRID

Pepita Díaz y Santiago Artigas han tenido "un lleno". Un lleno que no ha consistido precisamente en ver agotado el papel de la taquilla—grato acontecimiento nada raro en el Reina Victoria—. El lleno ha sido de mujeres en flor, de chiquillas alegres, gentil aristocracia de la hueste del trabajo. El matrimonio

Díaz Artigas hubo de invitar a una representación de "Tambor y Cascabel" a las modistillas madrileñas. La sala era un encanto. Juventud, ingenuidad y alegría. Los entreactos se inundaban de frescos gorjeos. El entusiasmo de la grey juvenil era contagioso. Serafin Quintero, ganado por aquella efusión generosa del amable concurso, improvisó unos versos de gratitud y galantería.

En fin, una jornada muy simpática. Sabemos de alguien que tiene solicitada una plaza de acomodador meritorio, en previsión de que la fiesta se repita.

GOYA, LUNA Y CARRERE

Al éxito clamoroso obtenido en Pavón por el maestro Luna y el poeta Carrere con su zarzuela "Manola del Portillo", habría que asociar, en justicia, el nombre de D. Francisco Goya, que, pese a su ausencia del cartel, ha puesto en la obra cosa tan interesante como es el colorido del ambiente. Epoca goyesca. Majas de rumbo. Toreros arrogantes. Un marqués donjuanesco y afrancesado. Una duquesa de rompe y rasga, emula, acaso, de aquella inmortalizada por el pintor en dos lienzos de pagana exaltación sensual. Música vibrante, caldeada de bravos desgarrar populares y donosas altiveces madrileñas. Versos sonoros y rotundos, esmaltados de brillantes tópicos y engarzados en halagos fervidos a la masa manoleseca. Cada número de música era acogido con una ovación cerrada. Cada tirada de versos suscitaba una explosión de aclamaciones.

Cándida Suárez—hermosa y arrogante manola—y Amparo Aliaga—desenfadada y gentil duquesita, toda garbo y mohín—escucharon muchos aplausos. Rosita Cadenas—graciosa tipe cómica, que tiene aura de simpatía—vióse también muy agasajada. No alcanzó la misma fortuna el joven tenor Olcina, cuya voz pastosa, henchida en algunos registros, flaquea en otros notoriamente.

No es aventurado el pronóstico de que la música de "La manola del Portillo" habrá de popularizarse muy en breve.

ALBERTO MARIN ALCALDE

or



AUTOCAMIONES BÜSSING

FABRICA ESPECIALIZADA EN CHASSIS PARA CAMIONES, OMNIBUSES Y AUTOCARS

Los más sólidos y de mayor rendimiento.

AGENCIA GENERAL
PARA ESPAÑA

SOCIEDAD ANONIMA ZENKER: MADRID

ALCALA, 33
TELÉFONO 17.712

Charla en la mesa del café

CREO que hay ciertas novedades interesantes por algunos teatros.

—Hombre, sí; no dejan de ser curiosas algunas cosillas de las que pasan.

—Por ejemplo...
—¿Por ejemplo? Pues oído al parche. Jacinto Guerrero ha hecho las paces con la Empresa del Teatro Martín.

—¡Extrañárame a mí!
—Pues sí, señor; no hace muchas noches hubo escena de reconciliación.

—Y, en suma, ¿que se llegó a un acuerdo?

—Completo. Guerrero se pondrá a escribir la partitura para una obra de Paradas y Jiménez, que se estrenará en el coliseo de la calle de Santa Brígida, tan pronto como el compositor toledano ponga la última nota en el pentagrama. Además, Guerrero ha puesto otro jaloncito en Eslava, donde pronto se empezará a ensayar la revista ¡Ole ya!, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

—¿Pero no habíamos quedado en que esa obra iba a Apolo?

—Habíamos quedado en eso; luego quedamos en que se la llevaban a Maravillas, y ahora quedamos en que va a Eslava.

—¡Bonita cara habrá puesto Pepe Campa! —Para desarrugarle el entrecejo, se le ha ofrecido otra cosa de los propios autores y hecha a medida de las alegres huestes de Maravillas.

—De manera que ¡ya está Guerrero en Eslava!

—¡Ya está!

—¿Qué dirá el maestro Acevedo?

—¡Yo no quisiera oírle!

—¿Y Alonso?

—¡Bueno, gracias! Parece ser que ha comentado el hecho con una de sus peculiares cristas de conejos, y como primera providencia ha autorizado a Campa para que se hagan *Las castigadoras* en Rómulo.

—¿Nada más que por eso?

—Por eso y para que Pilar Escuer pueda lucir sus bonitas condiciones artísticas, inactivas durante su contrato de Eslava.

—Y dime; ya que has hablado de Rómulo, ¿cuándo comienza allí la compañía de «revistas»?

—Mañana miércoles, con los estrenos de ¡Oh, la revista! y el *Bluf americano*, dos obras que creo serán muy del gusto del público.

—Y en los demás teatros, ¿qué hay?

—Tranquilidad y buenos estrenos.

—¿Ya es bastante!

—Para la época en que estamos, ¡es demasiado!

—¿Qué te han parecido los contratos de Rosario Pino en Calderón y el de Fifi Morano y María Esparza en la Infanta?

—Lo de la Pino, un acierto formidable y una justicia hecha a la gloriosa comediante. Ese contrato era, desde hace tiempo, un vehemente deseo del matrimonio Guerrero-Mendoza, pero ciertos obstáculos que entorpecían las actividades artísticas de Rosario Pino retrasaron el intento. Hoy—afortunadamente para todos—la Pino lucirá su arte magnífico en un marco adecuado.

—Y de las nuevas chicas del Infanta, ¿qué?

—Que a mí me parece bien lo de Fifi Morano; pero lo de María Esparza, no me lo explico.



LAS ALEGRES CHICAS DE MADRID EN EL TEATRO REINA VICTORIA.—Aspecto de la sala de este teatro, en la tarde del viernes último, durante la representación de «Tambor y Cascabel», ofrecida gratuitamente a las modistillas por la Compañía Díaz Artigas. (Fot. Zapata.)

—Como aquella compañía es como una familia, ¿no?

—Claro; una hija más no descompone la filial armonía, ni desequilibra el presupuesto; ¡tienes razón!

—Naturalmente!

—¡Ah!, pues sentado eso como premisa, el contrato me parece bien. ¿No querías te dijese eso?

—¿Y el del distinguido bailarín Luis Bori con Eugenio Velasco?

—Bien, también. Creo que las piruetas y carantoñas de Bori no irán mal en el género que la compañía Velasco hará en Price durante su breve actuación.

—Que tú sigues creyendo será de éxito.

—¡Segurísimo! Ya te dije que Eugenio Velasco se llevará un «carro de duros»; y sigo en mis trece.

—Es que dicen...

—Digan lo que quieran. La temporada de «revistas» en Price será un gran triunfo. ¡Al tiempo!

—¿Dios te oiga!

—Bien, que Dios me oiga a mí; pero yo quiero oírte, querido Campomanes, que te has limitado a preguntar más que el Ripalda y... ¡eso no, caray! Dime, dime; dime cosas. ¿Qué sabes de provincias?

—De Barcelona sé que las temporadas van de capa caída. Sólo en el Cómico se gana dinero. El Nuevo acabó con estrépito; en el Dorado, las huestes del Lirico Nacional mueren lentamente, al punto que terminan y se disuelven de mañana a pasado.

—¿Y qué compañía, entonces, debutará aquí en la Zarzuela para la segunda temporada?

—¡Ah! No sé. Lo que sí te aseguro es que su organización va a ser más complicada que un «geroglífico de palabras cruzadas».

—Pero siempre sobre la base de Palacios y la Herrero, ¿no?

—¡Error funesto! A Palacios lo ha contratado Alonso para Calderón y la Herrero caerá de ese mismo lado o irá a aligerar a la cabeza de la compañía Casals-Sagi-Barba.

—Pues sin esos elementos y contratados por otras Empresas la casi totalidad de los artistas de prestigio, ¿eh?, ¿qué recurso queda?

—Contratar a cualquiera; ¡qué más da, hombre! Y sigue con tus noticias. ¿Qué más hay?

—La compañía lírica de Martínez Penas está haciendo una brillante actuación por Galicia, y recientemente ha estrenado *La villana*, en Vigo, triunfalmente. En Valladolid, La Ladrón de Guevara y Rivelles entretienen al público con su repertorio muy antiguo y muy moderno. La compañía lírica de Méndez Lasserne pasó de Valencia a Zaragoza, donde hace una brillante actuación; la de Luis Casasaca gana dinero por el norte de España con su género alegre y con sus chicas guapas, y también por allá arriba triunfan Caballé y Vendrell.

—Es decir; que el año se presenta más propicio al género lírico, ¿no?

—Desde luego. Y las razones de ello te las daré el martes próximo, porque por hoy, con lo ya comentado es bastante.

MANUEL MERINO



PHILIPS LUZ SOLAR



DE CRISTAL AZULADO

PRODUCEN LA LUZ MAS BLANCA QUE EXISTE

La lámpara práctica para escritorios y enfermos de la vista

y LAMPARA "PHILIPS" S. A. E. MADRID: Prado, 30.

BARCELONA: Córcega, 222.



EL TERCER CENTENARIO DE CARLOS PERRAULT

SIENDO solemnidad literaria francesa, este centenario puede y debe considerarse alcanza en el área conmemoradora a todo el mundo, por tratarse de alguien que goza de fama universal. Por algo Perrault es quien redactó los *Cuentos de las hadas*, es decir, el que hizo entrar en el escenario de las letras a Pulgarito, a Capucina, a la Cenicienta, a Barba Azul, al Gato con botas, a la Bella dormida en el bosque y a Riquet el del mechón, personajes que fué a buscar en una vaga región remota, sita entre las fronteras de la realidad y de la fantasía.

Las hadas eran como unas Parcas bondadosas, reunidas en torno a las cunas de los recién nacidos para pronosticar su porvenir. El cristianismo había hecho huir a los viejos cultos, refugiados entre los campesinos, últimos paganos, y el recuerdo de aquéllos había perdurado en la memoria y en la imaginación de los hombres. Buenas o malas, crueles o caritativas, las hadas eran como el hombre mismo, como la vida.

Lo verdaderamente curioso es que Perrault, luchador activísimo en las controversias literarias de su época, es de aquellos escritores que logran la celebridad por un libro escrito sin esfuerzo ni pretensiones, *calamamente*, mientras todo el empeño de su vida se consumió en obras que han sido olvidadas. Hasta tal punto consideró sin importancia los *Cuentos de las hadas* que le han hecho inmortal, que al darlos a luz en 1697, tres años antes de su muerte, no creyó serio decorarlos con su nombre ilustre, y aparecieron firmados por un hijo suyo de diez años, Perrault d'Armancoeur.

Carlos Perrault nació en París, el 13 de enero de 1628, en el seno de una familia burguesa, siendo su madre quien le enseñó a leer y el padre su primer preceptor, aunque luego siguiera como externo las clases del colegio de Beauvais.

Perrault, adversario de Boileau en aquel fiero combate entre Antiguos y Modernos que, en la historia de las letras francesas, llena los últimos años del siglo XVII, había roto las hostilidades leyendo ante la Academia su poema *El siglo de Luis el Grande* (27 enero 1687), e iniciando su ciego fetichismo por el monarca absoluto.

Perrault capitaneaba a los Modernos, La Fontaine a los Antiguos, y sobre esta controversia Fontenelle hizo una *Digresión*, Perrault reincidente con un *Paralelo*, y Boileau llevó a términos de reflexión el asunto, para calmar los ánimos y hacer que el siglo XVIII encontrase no un mar embravecido, sino una balsa de aceite.

Pero en la contienda no fué Perrault la víctima, sino Boileau, que, viendo en contra suya a la Academia, al público, y, sobre todo, a las damas, acabó por sumarse a la opinión combatida, pero buscando a su adhesión argumentos distintos. Ante los viejos dioses paganos

Boileau se arrodillaba devoto, Perrault les enseñaba la lengua.

Perrault, que para algo gozaba de la protección de Colbert, era un hombre satisfecho de haber nacido en la Francia del rey Sol, y, deslumbrado por los resplandores de la Corte de Versalles, no veía en ella sino grandezas, felicidades, esplendores y magnificencias.

A pesar de haber sido uno de los primeros teóricos del Progreso, llegó a declarar que, supuesto habían llegado a la cima de la perfección, creía los que vinieran detrás de ellos no tendrían muchas cosas que envidiarles. José quiso detener el sol; Perrault, ante el rey Sol, quiso detener el Progreso, a pesar de ser el primer progresista. ¡A tal extremo llegaba su adoración cortesana!

Colbert lo llevó a su lado, sugestionado por sus locas ideas originales, y su ingenio, puesto en escarapate, se multiplicó, encontrándose en todas partes. Duendecillo sutil, que corre, salta y brinca, allí donde surgía una innovación o una nove-

dad allí estaba él. Fué quien apuntó la idea de la Academia de Inscripciones, quien dictaba las leyendas famosas en que se consumía el incienso quemado a la mayor gloria del rey, y quien inspiró las mitológicas alegorías que, salidas de los telares de los Gobelins, poblaban de dioses y de ninfas los salones de Versalles.

Apenas entró en la Academia, en 1671, quince años antes que Boileau, al verla tan cerrada, quiso que allí penetrara el aire, siendo iniciativa suya hacer públicas las recepciones de nuevos académicos, y, en cambio, que fueran secretas las votaciones. Aire libre para la elocuencia y misterio y secreto para el voto de las conciencias.

Así como hizo entrar al público en las sesiones de la Academia, logró abrir al pueblo el jardín delas Tullerías, venciendo con finas razones la opinión contraria de Colbert, a quien convenció de que los jardines de los reyes son grandes y espaciosos para que todos sus súbditos puedan pasearse por ellos.

Cartesiano de viva inteligencia, volaba hacia todo lo nuevo con el impulso instintivo con que las mariposas vuelan hacia la luz.

Quiso rejuvenecer la poesía liberándola del yugo de la imitación de los antiguos, y en su poema *San Paulino*, dedicado a Bossuet, puso frente a frente dos religiones que se disputan el imperio del mundo; asunto demasiado grande para un poeta tan pequeño, debió esperar su consagración definitiva bajo la impronta genial de Chateaubriand.

Mas, con agitarle tanto y estar siempre en las primeras filas de la lucha literaria, y aun alcanzar allí galardones de triunfador, hubiérase la historia olvidado si, al llegar a viejo, teniendo sobre sus rodillas al último de sus hijos, no hubiera recordado los cuentos con que le durmieran en su regalada niñez. Esa es su gloria. Haber hallado una redacción hábil, sencilla y definitiva para aquellas historietas infantiles. Una redacción lo bastante ingeniosa para que distraiga a los niños, y lo suficientemente maliciosa para que no deje de grabarse en la memoria de los hombres.

Gloria amable e imperecedera, puesto que la habrá de custodiar y defender un apretado haz de manos infantiles.

Estos cuentos, que probablemente proceden de la India, de donde vienen tantas cosas, Perrault, que no era un erudito, no tuvo que ir tan lejos a buscarlos. Le bastó recogerlos de labios de las madres o de las nodrizas, que, desde tiempo inmemorial, disfrutaban con ellos a los pequeños.

Y así, el biógrafo de los hombres ilustres del siglo de Luis el Grande, debe su gloria, únicamente, a Pulgarito, a Capucina, al Gato con botas, a una chocheta de viejo que le hizo colector de cuentos de hadas. J. G. M.



Carlos Perrault, el gran cuentista francés, cuyo tercer centenario se celebra actualmente.

(Dibujo de Ximénez Herráiz.)

A R T E



Las
tallas
de
Santiago
Bono-
me

en
las
«Gale-
rías
Vil-
ches»



«Trono infantil»; talla de Bonome, que es, quizá, la mejor obra de esta Exposición.

BONOME, autor de las esculturas expuestas en el salón Vilches, en compañía de los cuadros de Valentín Zubiaurre, a los que dedicaremos también un comentario, nació en Santiago de Compostela, la noble cuna del arte románico español. Sin embargo, los graves apóstoles del maestro Mateo, que decoran el suntuoso Pórtico de la Gloria proyectan escasa influencia en la educación artística de este escultor independiente. Bonome se ha formado más bien de espaldas al panteísmo de la escultura medieval, frente a la vida moderna, cara al ambiente coetáneo, que si en Galicia conserva aún cierta dulzura de égloga, no por eso deja de recibir reflejos de la inquietud y el malestar actuales.

De ahí la varia calidad de sus tallas, a veces materia blanda, flexible y dócil al golpe de la gubia, cuando describe anécdotas gallegas, y a veces, también, dura como el granito, bajo la acometida del escoplo, cuando se remonta a interpretaciones de más ardua y difusa comprensión.

Quiero decir que se siente dominado por dos solicitudes igualmente atraentes: el sentimiento regional que actúa sobre él por la fuerza de la tradición, y el estímulo forastero que parece empujarle hacia las formas nuevas.

Las formas nuevas no es sino una metonimia escultórica, porque lo más nuevo en escultura es

precisamente esa reacción hacia las formas simples primitivas, no tan arriesgada como la degeneración patológica hacia las formas animales monstruosas que también se observa en ciertos escultores de vanguardia; el croata Mestrovic, por ejemplo.

Bonome, en su ardor mozo, puede hacer lo que no ha hecho aún y se debe esperar de su talento: fundir ambas tendencias.

Desde mediados del siglo XIX, la obsesión de los renovadores de la Escultura duda entre seguir la trayectoria clásica, dando calor de humanidad a la fría estatuaría helénica o descifrar el lenguaje de los artistas primitivos, a veces dotados, en medio de su insuficiencia, de una extraña potencia expresiva. No fué otro el principio técnico de Augusto Rodin. El genial *scarpellino*, a fuerza de desbastar piedra en su oficio de sacador de puntos, comprendió como nadie el idioma escultórico. Un traductor que se hizo gran filólogo, con el estudio de los diccionarios. O un intérprete que llegó a virtuoso del instrumento.

Las fórmulas neoclásicas del latino Canova, pese al formidable esfuerzo de Carpeaux, imperaban aún en Francia y en toda la Europa occidental, cuando Rodin asestó sus martillazos al pasado. Ya antes Meunier, en Bélgica, había recogido, con verdadera unión de poeta, la vida tormentosa y esforzada de los trabajadores humildes, para expresarla en los bloques de piedra con singular cariño. Un ruso, el príncipe Trubetzkoi, infundía, al mismo tiempo, a sus pequeños bronce, poderoso hálito vital. Puede afirmarse que entonces tuvo voz la Escultura. La forma ya no era todo, como en el neoclasicismo académico, sino el complemento de la representación plástica de la Naturaleza.

Rodin se acordó de los renacentistas, particularmente del enérgico Miguel Angel, en quien, por juntarse de modo peregrino aptitudes de arquitecto, pintor y escultor, revelábase un original concepto de la forma, a un tiempo arquitectural, dinámica y antropológica. Probablemente fué su guía. Lo demás lo hizo el genio creador. Pero los renovadores no estaban satisfechos. Entre *El pensador*, de Rodin, y el *Penseroso*, de Miguel Angel, aún cabía otro grado de dinamismo expresivo, del que era tímido balbuceo el arte de los estatuarios anteriores a Grecia.

Ivan Mestrovic y el americano Mansi ya no se contentaban con dar vida a las bellísimas amazonas y a los fornidos guerreros de los monumentos atenienses. La Arqueología mostraba, cada vez con mayor acropio de testimonios documentales, el vigor sorprendente de aquellas torpes esculturas primarias que la tierra escondía en sus entrañas, como celosa del rico tesoro. Y allí fueron a buscar la inspiración. Y no sólo la inspiración, sino también la técnica.

La talla casi geométrica, el volumen descompuesto en planos y masas, la estilización del modelado tuvieron su origen en el análisis de las estatuas remotas, simples por incultura profesional entonces y simples ahora por exceso de sabiduría.

Entre esas dos corrientes—dos rumbos, mejor—hacia el Renacimiento, que fué reacción vivificadora de la forma, y hacia el primitivismo, que representa la mayor tensión expresiva, vacilan, dudosos y aturridos, los escultores actuales. Lo que ya no parece volver es la gélida academia canovista.

Bonome, como todos los mozos dotados de talento y a la vez de inquietud, en las horas de indecisión deja que el espíritu flote como un navío a la de-



«Betas»; talla de Santiago Bonome, expuesta en las «Galerías Vilches.»

(Información fotográfica de Zapata.)



«Recordos»; talla de Bonome.

riva, sobre las aguas procelosas. La fuerza del mar le marcará el destino. Un poco aventurado, a pesar de todo, porque también la fuerza del mar estrella contra las rocas muchos buques de formidable tonelaje.

El joven escultor gallego, en ciertas anécdotas locales, se nos ofrece, como su tierra natal, con ese acento humorístico y socarrón, poético y filosófico, que caracteriza al campesino iletrado, y, sin embargo, inteligente. Las viejas beatas esqueléticas, los curas famélicos, las «marusiñas» desarapadas y, en general, todos los tipos de acusado relieve caricaturesco, aparecen interpretados en la dócil madera—la jerarquía de Bonome es de tallista—con ingenua sinceridad. Estas tallas son las mejores. Para hacerlas «hablar» el escultor no tiene que hacer otra cosa que labrar, modelar y esculpir la madera como si fuera una materia dura, empleando más el hacha que el escoplo, el escoplo más que la gubia y la gubia más que la lima.

Hasta ahí la técnica rudimental va bien para la forma humorística de la figura y la expresión de vida sencilla y transparente.

En otros aspectos más sutiles ni la materia ni el procedimiento se compadecen tan noblemente con el temperamento del artista. No olvidemos que una y otro no pueden ser nunca elección caprichosa del escultor. La materia definitiva, sobre todo, es cuestión delicada. Un efebo, una Venus, cualquier estatua, en fin, de eminente valor morfológico, representados en madera, no pueden superar la suave plasticidad del mármol o el bronce. La madera tiene sus límites, como los tiene la roca. Y el modelado no debe confundirse con la talla. El dicho Rodin talló en piedra «Una vieja», pero modeló en piedra su «Eva».

Algún otro defecto, atribuido a la inquietud moderna de que vengo hablando, podría señalar en el conjunto de esculturas de Santiago Bonome, como la falta de ponderación en ciertos grupos, apuntes más que obras terminadas; el afán de buscar rasgos característicos a los retratos cuando, a veces, el modelo no los tiene; la preocupación obsesional del estilo, que se acerca más a la tranquilidad que a la manera personal...

Pero nada de eso importa, o nada de eso importa mucho, frente a la revelación de un artista joven que viene animado de admirables alicios a su marse con moceril entusiasmo a las nuevas corrientes.

Del Bonome que conocíamos por las Exposiciones nacionales, pertinaz exaltador de formas grotescas, entregado al fácil cultivo de la caricatura escultórica, al tallista de la Exposición de Casa Vilches, concienzudo observador del natural con

agudo y penetrante instinto artístico, hay una gran distancia que ha salvado el estudio y una realidad afirmativa que nos anuncia la promesa de uno de los mejores escultores del género.

GIL FILLOL



«Oella Nietos; retrato en talla, por Santiago Bonome.

(Pola, Zapata.)

Francisco Ribalta

“El pintor del carrer de Quart”

A Ribalta no se le hace la debida justicia. Aparte la brillantez con que Castellón de la Plana y Valencia han conmemorado el tercer centenario de la muerte de su preclaro hijo, poco se ha hecho en el resto de España a la memoria de aquel gran pintor, sin el cual, tal vez, la incorporación de las escuelas italianas renacentistas a nuestro arte hubiera sido obra más tardía y difícil.

Francisco Ribalta fué el artista español del XVI que mejor entendió y tradujo el Renacimiento, cuando esta corriente llegaba aquí todavía confusa e inconcreta.

Mientras Morales, *el Divino*, en Extremadura, se inspiraba en las maneras del Norte, recogiendo la enseñanza de los Eyck y Van der Weyden; los italianizantes andaluces creaban, con Francisco Pacheco, una escuela tan rica en teorías como pobre en medios de expresión, y Juan de Juanes consumía sus éxtasis religiosos en los conventos valencianos, reflejando, a pesar del fuego de su misticismo, la frialdad de su temperamento, Francisco Ribalta, en un taller desconocido de la calle de Cuarte, de Valencia, con su arte personal y su inclinación naturalista preparaba el camino a los grandes maestros del siglo XVII.

La historia local llámale «el pintor del carrer de Cuarte».

Y éste es su mejor título. En aquella calle de Cuarte, de Valencia, por caprichosa paradoja urbana aristocrática en su comienzo y humilde al abocar en la Ronda, junto a las torres que le dan nombre, está, en síntesis, la vida del pintor.

Una romántica leyenda ilustra sus primeros años. Impulsado por sus aficiones, trasladóse Ribalta desde Castellón de la Plana, su tierra natal, al taller de la calle de Cuarte, de Valencia, donde trabajaba uno de los artistas más laboriosos y menos competentes de la época, de carácter soberbio y vanidoso.

Estuvo allí Ribalta escaso tiempo. El preciso para enamorarse de la hija de su maestro, y ser despedido por éste al conocer las pretensiones del humilde aprendiz. Marchó nuestro pintor a Italia, estudió, trabajó mucho, hizo excelentes copias de Rafael y de los Canacci... y a los cuatro años, sin haber olvidado los motivos de su salida de Valencia, regresó al taller de la calle de Cuarte.

Ribalta vió un cuadro comenzado. Tomó los pinceles y lo terminó con millagrosa diligencia. En esa labor, que era más bien de enamorado que de artista, se sorprendió la novia y, más tarde, a los dos estuvo a punto de sorprenderlos el maestro. Pudo huir Ribalta y la hija, entre tanto, aprestóse a recibir el castigo de su iracundo padre.

Pero el Amor hizo un doble milagro. El maestro de la calle de Cuarte se quedó sorprendido ante aquella obra felizmente acabada. Su agrio carácter tornóse de repente dulce y bondadoso.

—El que ha hecho esto—exclamó señalando al cuadro y acariciando a la hija—, sí que es un pintor grande. ¡Con ése te casaría yo!

Desde aquel día, Francisco Ribalta pasó a ser «el pintor del carrer de Cuarte».



El «carrer de Cuarte», ya queda dicho, es una de las calles más típicas y populares de Valencia. Alzanse en ella mansiones señoriales, con un gran patio central rodeado de arcos bajos, según el gusto barroco levantino que hizo más duraderos allí los resabios de la influencia gótica. Esos patios, severos y anchos, donde antaño se enganchaban las mulas al faetón familiar, son lo más característico de la arquitectura valenciana. De otra parte, las casas del «carrer de Cuarte» son pobres y están ocupadas por modestos comercios. En los tiempos de Ribalta, cuando empezaron a organizarse los gremios, tal vez correspondiera la calle a los talabarteros, que aún hoy subsisten en abundancia.

Calle simbólica y señera la de Cuarte, merece ser la cuna artística del glorioso pintor castellonense. En un ambiente así, en el cual parecían flotar las ele-



Detalle del famoso cuadro de Ribalta «San Lucas», en el que aparece, en primer término, el autorretrato del gran pintor. Este cuadro se conserva en el Museo de Valencia. (Pola, Sancha.)

gancias del arte italiano, junto a la castiza realidad local, pudo operarse la conversión de la pintura extranjera, hasta Ribalta nada más que extranjera, ya en manos del «Ferrante Spagnoulo», como se llamó a Yáñez en el taller de Leonardo, bien en poder del devotísimo Massip.

A Francisco Ribalta, dotado de menos sabiduría que el discípulo del de Vinci, y temperamento más libre que Juan de Juanes, estaba reservado el prodigio de crear una escuela regional que había de producir inmediatamente un genio tan considerable como el Españolito.

La crítica es injusta cuando pondera los merecimientos de Ribera y olvida que su maestro fué Ribalta. El realismo, sanguinario, al reproducir escenas feroces del martirio y siempre vivo reflejo del natural, con sus tintas más crudas, que tanto se elogia en el pintor Ribera, no es sino la exarcebación del naturalismo de Ribalta, favorecida por un talento varonil que acertó a tomar del Caravaggio su dramática fuerza. En Ribera se consolidó la escuela de pintura valenciana que había nacido con Ribalta, en aquel taller de la calle de Cuarte, que da glorioso nombre al primer pintor de la región.



Discípulos de Ribalta fueron, además, su hijo Juan, que consiguió igualarle en algunas obras, y Espinosa, otro artista arbitrariamente relegado al olvido, los cuales redimieron, al fin, al arte español de la esclavitud romanista a que lo habían sometido pintores de escasa conciencia patriótica.

Para Valencia, singularmente, pero para toda España también, la figura de Francisco Ribalta representa la liberación del espíritu artístico nacional.

En el *Catálogo histórico del Museo del Prado*—donde tan mal representadas están las obras de Ribalta—escríbela D. Pedro Madrazo, refiriéndose a la manera españolísima del pintor valenciano:

«Al paso que unas veces, debido a las huellas de Sebastián del Piombo y Rafael, produce obras que justifican la alucinación de los mismos profesores italianos, quienes las toman por creaciones de aquellos grandes artistas, otras hace tal alarde de libertad y personalismo, que transforma en una Verónica o una Santa Teresa la primer valenciana de tez de rosa y ojos de fuego que hubieran podido codiciar como modelo Ribera o Murillo.»

Quien así abrió los caminos al arte español, preparando el advenimiento del gran Siglo de Oro, bien merecía que toda España—pues toda España recibió su influencia bienhechora—hubiese conmemorado el tercer centenario de su muerte.

G. F.





Dentro de poco habrá
tantas «médicas»
como médicos

Sólo en Madrid estudian Medicina cien muchachas

Señoritas estudiantes de Medicina de la Facultad de San Carlos, en traje de trabajo.

(Fot. Luque.)

USTEDES saben que dentro de unos años va a haber en España casi tantas «médicas» como médicos?

Hasta hace muy poco la Medicina era una carrera que asustaba a las muchachas. Había ya muchas estudiando Filosofía y Letras y Farmacia y Ciencias y en la Facultad de Medicina, en cambio, no había ni una. Según los datos que he recogido en el archivo de la Universidad Central —que es de la que voy a hablar—, hasta el curso de 1917-1918 no aparece un grupo de muchachas que se decidan a estudiar para «médicas». Y es bien reducido el grupo ése: lo forman siete señoritas.

Al año siguiente ha engrosado un poco. Muy poco. Hay nueve alumnas de Medicina.

Al otro, es decir, en el curso 1919-1920, se advierte que las chicas se van resolviendo a entrar en San Carlos. Estudian para «médicas», veintitrés.

En 1920-21 hay tres aspirantes a «médicas»: más: hay veintiséis.

En 1921-22 ya bullen en San Carlos cuarenta y una muchachas.

Y en 1922-23, cuarenta y seis.

Y en 1923-24, cuarenta y ocho.

Y en 1924-25, sesenta.

Y en 1925-26, setenta y cuatro.

Y en 1926-27, ochenta.

En fin, este curso, 1927-28, tiene la Facultad de Medicina más alumnas que ninguno de los anteriores. A estas horas se han matriculado, sólo en la enseñanza oficial, ochenta y ocho. Como se puede calcular que la enseñanza no oficial cuente al menos con otras quince o veinte, resulta que hay más de cien jovencitas que quieren ser «médicas».

Eso de «jovencitas» no vayan ustedes a creer que es un modo de decir. No. No. Las estudiantes de Medicina son de veras muy jóvenes y además muy guapas... ¡Bien lo pueden ver ustedes en las fotografías que publicamos!... Una de las sorpre-

sas que le ha proporcionado al *repórter* su visita a San Carlos ha sido ésta: que las alumnas sean jóvenes y bonitas. Porque, la verdad, se figuraba que no se resolverían a ser «médicas» más que unas mujeres secas y viejas... Una especie de sargentones huesudos... Muchachitas así, alegres y graciosas y bien arregladas, como las que ha visto, yendo y viniendo, con los libros bajo el brazo, por las galerías de la Facultad de Medicina, no creía que se atrevieran a emprender una profesión tan severa... ¡Si vieran ustedes cómo choca oír sus risas y sus charlas en aquella triste casaca de la calle de Atocha!

Y por lo visto se encuentran allí muy a gusto.

—Es verdad—concede una de ellas, a la que indico mi extrañeza de que estén tan serenas entre llagas y dolores—; es verdad que nuestra carrera no es muy divertida. Ahora, que se acostumbra una... Además, enfermedades se ven en todas partes... Pero aquí deben de encontrarse ustedes en trances muy desagradables... Eso de tener que andar todos los días trabajando sobre cadáveres... Manejando despojos humanos...

Una chiquita viva, menuda, de pelo ensortijado, que está, ante el espejo de su bolso, pasándose por los labios la barra de carmín, levanta hacia mí su mirada burlesca.

—¿A usted le asustan los muertos?

—¡Hombre!... Hay cosas más amenas en el mundo... ¿No le parece?... Al fin y al cabo...

Tartamudeo unas cuantas frases confusas y embrolladas, mirando al suelo. Me siento azorado. Las muchachas ríen y bisbeaban a mi alrededor.

—¿Ni siquiera—pregunto, buscando una salida—el primer día de clase de Discción se impresionaron ustedes? Debe de ser penoso eso de entrar por primera vez en la sala, y encontrar tendido sobre la mesa un cuerpo rígido, helado, con la boca contraída...

Amontono detalles macabros: le doy toda la plasticidad que puedo a la escena. Pero es inútil. Las muchachitas, me escuchan indiferentes. La del pelo ensortijado ha vuelto a inclinarse sobre

su espejo. Otra, mira hacia el patio inundado de sol y tararea un tango:

*Y todo a media luz
crepúsculo interior...*

Alguna, repasando sus apuntes, asiente de un modo vago y distraído a mi patético discurso:

—Sí... Claro... El primer día... Claro... Siempre hace alguna impresión... Sí... Sí...

El Decano de la Facultad, el ilustre Doctor Recaséns, que me ha dado—igual que el Secretario General de la Universidad, señor Amat—todos los datos que le he pedido para esta información, tiene muy buena opinión de las alumnas.

—Son bastante estudiosas e inteligentes—dice—. Trabajan con verdadero entusiasmo.

—V estas muchachas, cuando tienen el título, ¿a qué se dedican? ¿Qué hacen?

—En general—contesta sonriendo el profesor Recaséns—en general, se casan...

—¿Y abandonan la Medicina?

—Por supuesto...

—Las que ejercen la profesión—continúa—se dedican a Oftalmología, a Paidología o a Trabajos de Laboratorio... sobre todo, a esto: a trabajos de laboratorio...

—¿Y qué tal labor es la suya? ¿Son útiles?

—Sí. Sí. Muy útiles. Casi todas cumplen bien su misión. Y algunas de un modo admirable, demostrando unas condiciones verdaderamente extraordinarias.

—¿Hay muchas «médicas» que ejerzan la Medicina General?

—No. La Medicina General hasta ahora parece que no les gusta, en absoluto... Son muy pocas las que la practican... Casi todas las mujeres que profesan la Medicina, trabajan, como le digo, o en los laboratorios o en las especialidades de Oftalmología y Paidología.

V. S. O.

Estampa



DEL "RING"

La perenne sonrisa de Hilario Martínez

LOS PRIMEROS PASOS.—LOS «FILMS» TRUCULENTOS.—ADMINISTRÁNDOSE SUS FACULTADES.—UN «DEBUT» DESASTROSO.—A MADRID EN BUSCA DE FORTUNA.—UN PROFESOR AL BORDE DEL «K. O.»—EL APETITO DE MARTÍNEZ.—SIN DINERO Y SIN CAMISA.—UNA COMILONA EN EL CAMPO.—EL OCASO DE SOLINIS.—HACIA EL CAMPEONATO MUNDIAL.

POR JUAN DE GREDOS.

HILARIO Martínez forcejeaba en Barcelona por abrirse camino. Un ansia de popularidad le conducía a esos «cines» de arrabal en que se prodigaba el «film» truculento. En aquellos barracones de tejadillo de «cines», en promiscuidad pintoresca con lo más florido de la gallofa barcelonesa, aprendió el bueno de Martínez a conocer de la vida su parte mísera y terrible, la que nos hace reaccionar cuando llega el desaliento en la batalla emprendida para vencerla. De allí salió con el convencimiento de que él, al igual que el ingenito Eddie Polo y el mismísimo Douglas, podrían convertirse en oro sus puñetazos.

El valenciano había acertado en su elección. Todas las mañanas, frente al mar, seguido de otros muchachos, practicaba una cultura física de su propia invención, capaz de revolucionar todos los métodos y acabar con todas las energías.

Y en esto llegó el «debut», que fué un verdadero fracaso; nuestro héroe no se inmutó mucho; siempre sonriente, siguió preparándose. Se desquitó en la revancha, y mimado por la fortuna, se iba dando a conocer, victorioso siempre, como telonero de mérito en las veladas boxísticas de la Ciudad Condal.

Un poco más hecho, puso sus ilusiones en Madrid; quería recibir de esta afición el espaldarazo que le encumbrase. Y decidido a ello, sin más equipaje que un «cabato», en cuyas profundidades guardaba lo más necesario para subir al «ring», embutido en un terno raído y calzando unas botas de combate a tono con la vestimenta, se embauló en el tren. Iba a conquistarse un nombre.

Martínez se acercó hasta el hoy ya desaparecido Circo Americano, que regía los asuntos espectaculares del pugilismo. En la entonces «catedral» del «poch» se preparaba un programa para una fecha inmediata. El visitante no pedía mucho: Formar parte del programa. En el próximo combate fijaría sus honorarios.

Como profesor del «boxings», del Circo, actuaba en aquella época el venezolano Martucci, que consiguió en un «math» memorable hacer tablas con el hoy ex campeón de Europa, Antonio Ruiz. Y Martucci, que era un verdadero bohemio de su arte y vivía de los «bocadillos...» que a hurtadillas le proporcionaba su novia, cuyo papá explotaba un negocio de bar, se encargó de preparar al neófito, quien, pese a la excelente escuela de su mentor, por muy poco le pone al borde del «K. O.»

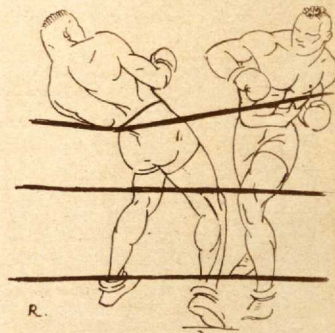
En la pensión donde le habían hospedado causaba estragos en los mentís; la bondadosa patrona se hacía cruces de la resistencia de aquel estómago insaciable. Como las disponibilidades de Martínez eran muy escasas económicamente, optó por distraer su espíritu con las incidencias de las sesiones de circo. Y, ocupando una silla de pista, se enfrascaba en el diálogo incoherente y gracioso que mantenían los «clowns», sin acordarse para nada de su inminente «debut» en la corte, y de que tenía que ocultar su falta de camisa con un pañolillo de seda.

Una mañana—la del día de su pelea—habíamos quedado citados para pasar el día de comilona en

los pinares de Puerta de Hierro, los boxeadores Santos, Cano, Martínez y el que estas líneas escribe. La hora fijada para la partida, la de las siete. Porteados las vituallas, aguardábamos la llegada del valenciano en la Puerta del Sol. Martínez se hizo esperar bastante; cuando desconfiábamos que viniese, surgió la marquesina del «metro», levantando en triunfo una enorme cacerola y cuatro botellas de vino de Rioja, que subtrajo en su albergue.

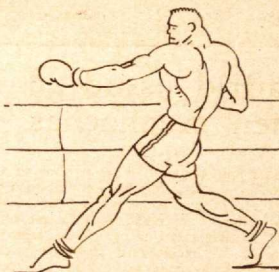
Emprendimos la marcha y en un establecimiento de bebidas reforzamos nuestra bodega. Llegamos al final del lugar escogido para el almuerzo, tras interminable caminata. Como necesitásemos leña para confeccionar la pitaña, Hilario Martínez se encaramó a un pino, del que no dejó un solo cándalo; sin embargo, a su descenso traía las manos bañadas en sangre y con grandes desgarrs. Martínez, apenas se fijó en el percance y con su proverbial sonrisa, a la hora del yantar bebió y engulló por todos nosotros.

A pie también hicimos el regreso, y a las nueve de la noche irrumpíamos en el Circo Americano. Las agujetas nos martirizaban terriblemente. Martínez, echado en la plataforma de entrenamiento, optimista y confiado, aguardaba su hora como si tal cosa, y cuando llegó ésta y en dos «round» se desdijo de un rival tan famoso en Madrid como Solinis, los que dudaban de su valía, rendidos de asombro, no creían en lo que acababan de presenciar.



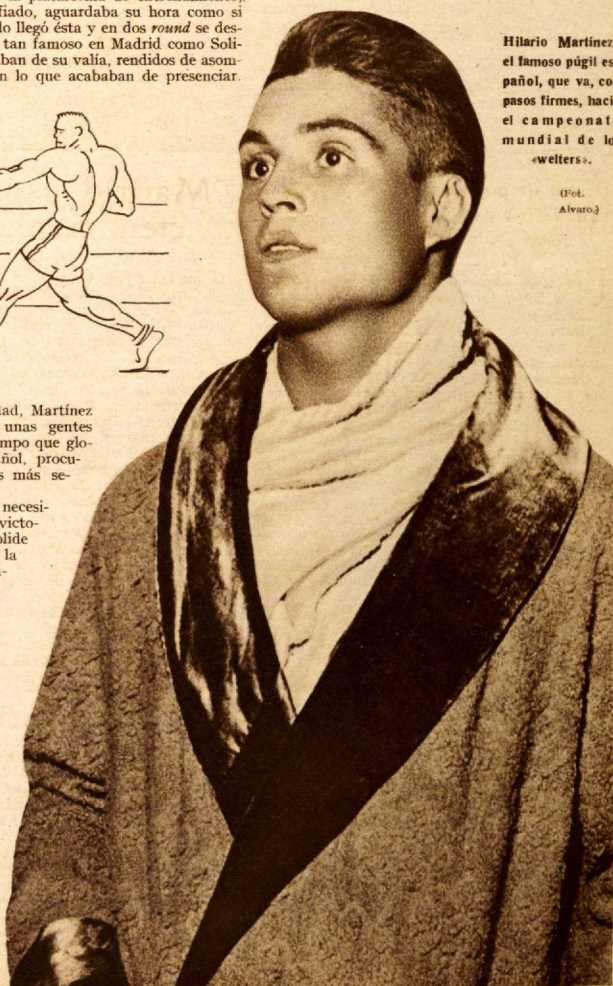
Hilario Martínez, el famoso púgil español, que va, con pasos firmes, hacia el campeonato mundial de los «welters».

(Fot. Alvaro.)

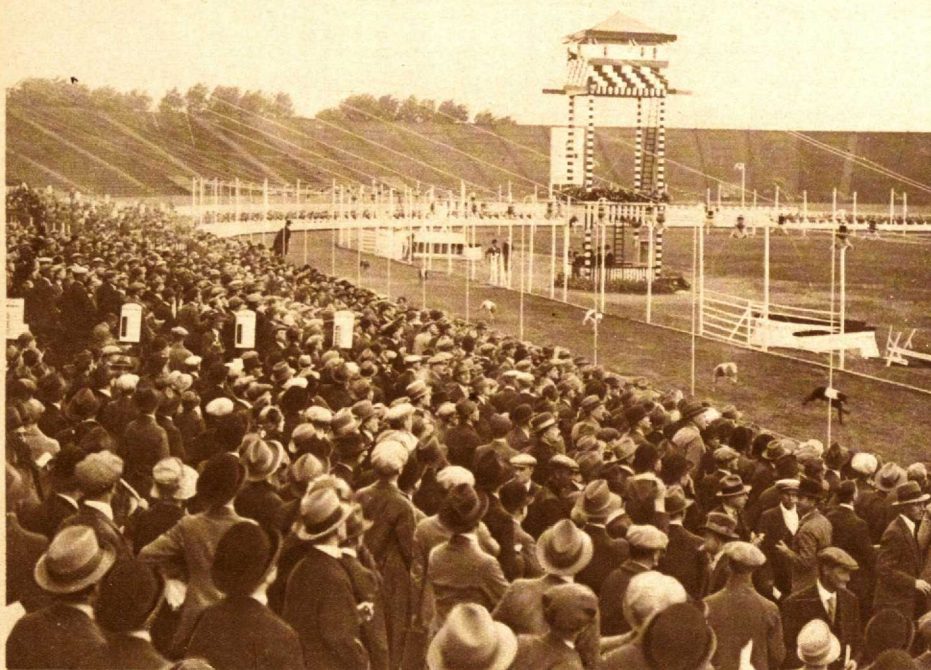


En la actualidad, Martínez es el ídolo de unas gentes que al mismo tiempo que glorifican... al español, procuran oponerle los más serios obstáculos.

El valenciano necesita una rotunda victoria que le consolide su prestigio en la sede de los grandes campeones mundiales. La sonrisa invencible de este muchacho va a dar al traste con Callahar y los manejes de esos fanáticos de lo suyo...



Estampa



Aspectos nuevos

El galgo y la liebre mecánica

Inauguración de la temporada de carreras de galgos, en Londres. Primera reunión de White City.

PARECE el título de una fábula, futurista y clásica a un tiempo. Y podría serlo si los poetas actuales quisieran imitar a los antiguos, a lo menos en el cultivo moderno de ese género. Entonces, la vida deportiva con la diversa heterogeneidad de sus elementos, con su fama de selección, con su mecánica estilizada y detonante, con su abigarramiento febril proporcionaría, sin duda, los más bellos temas a los fabulistas martinettianos. Sería quizá lo más difícil deducir la tradicional moraleja;

trapo o de goma, que finge correr por la pista, gracias a su entroncamiento con una rueda lateral que se desliza sobre un carril electrizado; un operador manipula a distancia la velocidad del roedor artificial, con arreglo al «tren» de la carrera. Los perros se lanzan de sus cajones al abrirse las compuertas (¡oh, grande e imposible solución del eterno problema de las salidas en los hipódromos!) y parten en loca persecución de la liebre; en la meta, ésta se escamotea; los perros cruzan aquélla y el orden en que lo hagan es la clasificación de la carrera (?). El mecanismo de este nuevo pasatiempo que queda sumariamente explicado es ya generalmente conocido. Lo que ya no se había generalizado tanto es el convencimiento de que esto sea un deporte.

Un espíritu sólo medianamente *snoob* considerará, desde luego, que es no sólo deporte, sino la quintaesencia del sportismo. Pues ¿qué? ¿no lo han creado en Inglaterra? ¿Y no es Inglaterra la cuna del *sport*?

No; las carreras de galgos en pista no pueden considerarse como deporte, así hayan sido los británicos sus creadores. Las carreras de galgos, en realidad, no tienen otra finalidad que la apuesta. El puritanismo británico necesita de estos pretextos para encubrir sus pasiones. En realidad, las multitudes que este verano han llenado los cánodromos ingleses, no se apasionaban ciertamente por que el perro X venciera al perro Z, sino por la emoción del juego, por la zozobra de perder su dinero o que el *bookmaker* se lo devolviera multiplicado si su favorito ganaba.

Los sólidos principios de la moralidad inglesa quedan a salvo siempre con «el pretexto»; en otras latitudes esto se llamaría quizá hipocresía. La boga de los cánodromos ha coincidido con el primer ejercicio de implantación del *batting tax*, el impuesto creado por Mr. Churchill sobre las apuestas en las carreras de caballos (por extensión se ha aplicado también a las de las carreras de perros). Sabido es que antes de esta innovación del actual canciller de Hacienda, en Inglaterra se cruzaban millones y millones de libras en las carreras de caballos, sin que el Fisco percibiera un penique por este concepto. Está condenada la «apuesta mutua» y sólo se autorizaba—pretendiendo ignorarla—la apuesta a tanto fijo, con los *bookmakers*, esos magnates del *turf* y a veces de la sociedad británica. Cuando Mr. Churchill anunció su *new* creado un impuesto sobre las operaciones de los *book-*



Miss Dorothy Greene, con una tralla de «whippets» llegada a Washington para tomar parte en la Carrera Nacional.

(Fots. Ortiz.)

Estampa

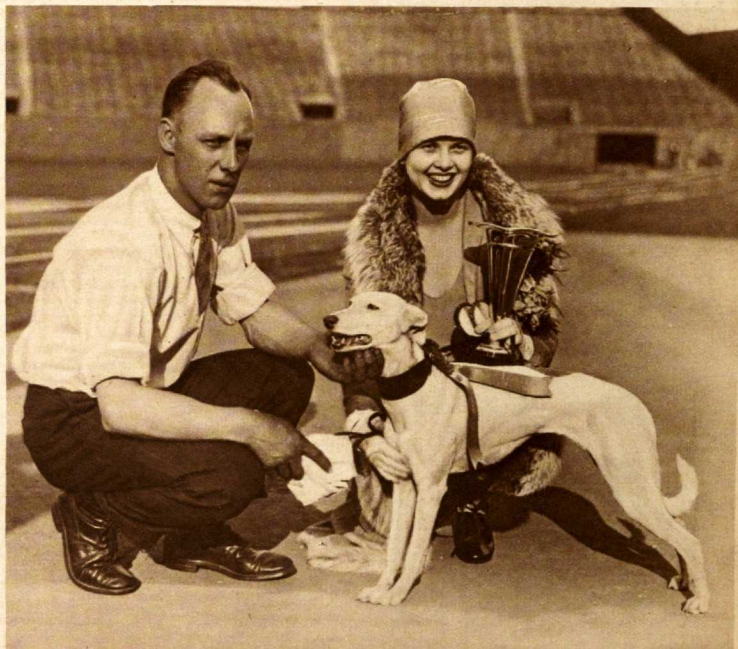
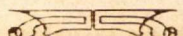


En el cándromo de White City (Londres). Las «cotas» de jugadores ante las taquillas de apuesta.

makers, los cimientos de la Gran Bretaña se conmovieron. Protestaron, en igual diapason, los jugadores y los hombres de orden; los obispos y los bookmakers. Claro es que por motivos bien distintos unos y otros: los guardadores de la moralidad, porque consideraban inhumano el impuesto; crearlo era tanto como legalizar el nefando vicio del juego; era como si se hubiera creado un impuesto sobre la borrachera. El bill sorteo, sin embargo, todos los escollos, resistió cuantos ataques se le dirigieron en las Cámaras y en la Prensa, en los púlpitos y en el Victoria Club, y quedó implantado. Los seis millones de libras que se prometía mister Churchill, no han sido más que dos, en este primer ejercicio. A ellos han contribuido en buena parte las apuestas sobre las carreras de perros. Es de esperar, pues, que éstas se sostendrán en la afición inglesa (ya hemos visto cuántas razones lo abonan). Pero en ningún momento atisbamos la justificación de su implantación en España.

No existe parangón con las carreras de caballos. La apuesta en las carreras de caballos es el alimento indispensable de una institución que persigue finalidades no sólo deportivas, en una acepción frívola, si no de selección de una raza equina, que es fuente de progreso y mejoramiento de toda la raza caballar, tan útil al hombre. No hay todavía un interés social demasiado claro en mejorar la raza peruna sólo en sus aptitudes de velocidad. Y si la clase de galgos corredores (de glorioso abolengo, ciertamente, en la tradición española) necesita de ejercicios que afinen su instinto y robustezcan su elástica musculatura, habrá de ser en la carrera a campo abierto, tras la liebre auténtica, veloz y vana. No tras la mixtificación monstruosa que se desliza sobre el carril desenfrenado, bajo la luz artificial de White Hall, y en la distancia estereotipada de 525 metros (una vuelta de pista), que es, en fin de cuentas, la seguridad de una monotonía inaguantable.

A. DIEZ DE LAS HERAS

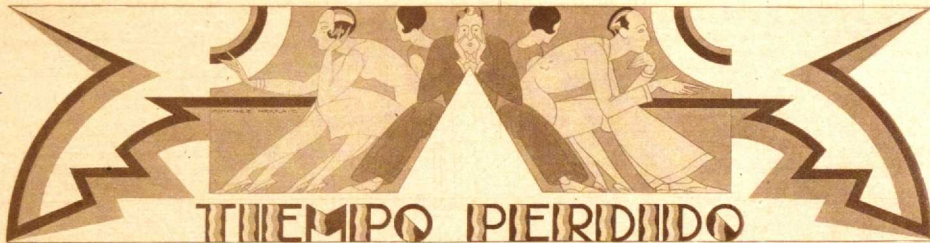


Miss Suzette Dewey, hija del Secretario auxiliar de Hacienda de los Estados Unidos, entregando a Joe Thompson la «Copa de Debutantes» ganada por el perro de Thompson en la carrera «Novice Whippet» celebrada en Washington.

Estampa

Acertijos
y
problemas.

Por
Ramón
Maraver.



CONCURSO

ESTAMPA organiza entre sus lectores un concurso mensual de pasatiempos, con arreglo a las siguientes bases:

1.ª Se concederán tres premios, consistentes en otros tantos objetos artísticos o de utilidad general, a los concursantes que envíen mayor número de soluciones exactas, correspondientes a los cuarenta problemas que se publiquen durante cada mes.

Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones, se sortearán los premios entre ellos.

2.ª Todas las soluciones habrán de ser remitidas del 1 al 10 del mes siguiente al del correspondiente certamen, dirigiéndolas a ESTAMPA, Paseo de San Vicente, 20, Madrid, indicando siempre en el sobre «Para el concurso de pasatiempos».

3.ª Para optar a los premios, es indispensable enviar con el pliego de soluciones los cuatro cupones correspondientes a las respectivas planas incluidas en el concurso.

4.ª Terminado el examen de pliegos, se publicarán las soluciones y lista de los concursantes que las hayan enviado exactas, así como la fecha y resultado del sorteo, caso de verificar este último.

Los premios podrán ser recogidos por los agraciados tan pronto como aparezcan publicados sus nombres, sin más requisito que el de comprobar su personalidad y firmar el correspondiente recibo.

NOTA.—En esta sección contestaremos a cuantas preguntas se nos hagan acerca de la misma.

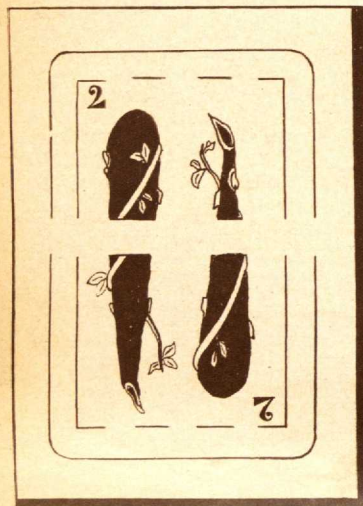
Núm. 1

CHELITO

PISO POR PERCAL

Núm. 2

AL POBRE LE JUGARON



Núm. 3

EL MISMO DRAMA

LA GUARDIA CIVIL

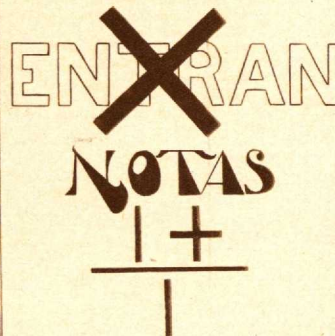
DEL

Afirma.

Niega.

Núm. 4

DE UNA ANTIGUA ZARZUELA



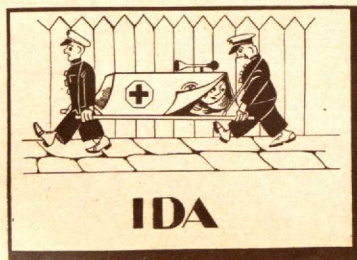
Núm. 5

CHARADA

Dos-prima que Don Marcial
tiene un carácter total.

Núm. 6

DRAMA



Núm. 7

15 DIAS DE AGOSTO EN SAN SEBASTIAN

15
CRISTIANA
CARLISTA TÍMIDO

Núm. 8

PLANTA



Núm. 9

LA EDUCAS MAL

1001 + 500 + 1
A NOTA A
NOTA

Núm. 10

ENGAÑADO

1 Portugués

"ESTAMPA"

Concurso de pasatiempos.

CUPÓN NUM. 2

que habrá de acompañar al pliego de soluciones del concurso correspondiente al mes de

Nombre

Población

Firma.

RECOGIDO por los buenos monjes al quedar huérfano, desde los once años apenas había visto más mundo que el triste pedazo de tierra encerrado entre las paredes del huerto conventual. Arsenio, no obstante, sorprendió a las gentes del contorno con unos versos que hasta enviaba a los periódicos de la corte, y cuyo profano sentimiento difícilmente podía concebirse en hombre tan alejado de toda turbulencia. Quien nada supiese a su respecto, viendo aquellos ojos tan tristes en semblante de tal atracción, creería así explicárselo.

—Es que seguramente amó mucho antes de venir a esta casa.

—Amé las flores—hubiera podido replicar Arsenio—; amé el verano, que todo lo alegra en este hosco paraje, y hasta la tristeza del invierno duro. Mujeres, sin embargo, esas mujeres que, según vosotros, canto con tal comprensión de sus gracias, puede decirse que no las he visto nunca.

Por eso los monjes dejaban al novicio hacer sus versos. Arsenio no cantaba verdaderamente a las mujeres, sino al amor, y, aparte la indudable inocencia de aquel hombre, en su obra poética no todo era pagania. Del amor hablábale los árboles del huerto al engalanarse de verdes vestiduras; las flores enviándose a distancia mensajes de sutil turbación; los pájaros, juntando amorosamente sus picos. Todo esto sabía Arsenio interpretarlo muy bien. Pero en sus poesías, aun en las de sentir más profano, había siempre algún verso que, como saeta empapada en su puro corazón, elevaba sobre toda otra cosa la fe del novicio, su mística inquietud y el ansia allí latente de llevar hasta la tumba una vida de ejemplaridad y de pureza.

MUERTA EN LA NIEVE CUENTO

por F. Camba

Ilustraciones de Echea

tud y el ansia allí latente de llevar hasta la tumba una vida de ejemplaridad y de pureza.

Frente al convento y después del río, alzábase entre árboles la única casa del contorno, a veces animada y alegre. Era un balneario, cuya fama comenzaba a trasponer los montes circundantes y al que ya venían, no sólo señores de la capital, sino gentes de quien supiese cuán remotos parajes. Hasta allí, en las tardes de estío, alargaban los monjes su paseo, y allí conoció Arsenio a la mujer que había de operar en su vida tal trastorno.

Vestido de seglar, pues si bien

terminada la carrera, la edad no le permitía los votos, llegó al balneario cuando ella, tomado el baño ya, atravesaba los corredores, envuelta en amplia túnica. Fué una visión fugaz, un relámpago, en el cual, más que ver realmente, advinió la madeja de unos cabellos dorados, un rostro de flor, el insinuarse del seno juvenil, unos pies a medias escondidos en el estuche de los chapines. Y bastó. Bastó esto para que la turbación descendiese a su alma, tan tranquila hasta entonces.

Por verla allí, en lugar tan apartado del mundo, no obstante la fama creciente de sus aguas benéficas, creyó al principio dama de los alrededores, hija de alguno de aquellos señores que, en las quebradas del valle, tenían aún su casa solariega. Con tal creencia, animose a dirigirle la palabra otra tarde en que, lleno el corazón de ansias imprecisas, volvió impaciente al balneario. Aunque ahora, vestido el cuerpo gentil y calzados los pies primorosos, la visión no por eso era menos inquietante. ¡Qué ojos los ojos de aquella mujer! ¡Qué gracia la de su boca al reírse! ¡Qué insidiosa la seda de las medias, del color mismo de la carne turbadora, ciñéndose a las piernas, sin una arruga!

En plática solitaria todo el resto de la tarde con semejante mujer, las soledades del convento hiciéronse casi insufribles. Huído el sueño de los ojos, pensaba a veces en tornar a buscarla y ofrecerse entero y perderse con ella al través de todos los abismos de la tentación. Mas, como cuando rimaba sus versos, la saeta salvadora, impregnada en aquel hondo afán de pureza, se alzó a consolarle. ¿A qué tan tristes y desesperadas ideas? ¿Por qué pensar en perderse, estando soltero, según le habían dicho, y no habiendo él todavía pronunciado sus votos?

Y ya tal vez se decidía a este paso, cuando supo, respecto a ella, cosas que llenaron su alma de amargura. Lejos de ser la damita pura e inocente que hasta entonces le había parecido, tratábase de una de esas protervas mujeres, servidoras inconsistentes del Demonio, cuya raza apenas suele verse fuera de las grandes ciudades. Danzarina de triunfos sonados, hembra que se hacía pagar los besos con joyas, perdición de tantos hombres al través de su vida abyecta, ¿cómo había venido hasta allí? ¿Qué viento maléfico llevó a sus oídos el nombre de aquel valle tan tranquilo siempre?

Poco a poco, otra vez, un pensamiento consolador, mariposilla volandera y dulce, fué descendiendo al espíritu conturbado. ¿Quién supiera! Inescrutables los medios de que la Providencia se sirve, acaso hubiese venido en busca de su salvación. Si bien el amor soñado era ya imposible, un amor no menos hondo le obligaba a ocuparse de la buena obra. Dentro de aquel cuerpo pecador había un alma, como todas, divina en su origen. Y él no podía despreciarla, fuesen cuales fuesen sus culpas. Casi sacerdote de una religión todo perdonos y clemencias, imposible consentir que a sus ojos alma semejante se perdiese. Fortalecido con la nobleza del propósito, volvió a verla. Algunas otras tardes



Algunas otras tardes volvió a quedarse, frente al río, en plática lenta con la hechicera criatura... Y no supo como fué. Acaso la sugestión de la hora...

volvió a quedarse, frente al río, en plática lenta con la hechicera criatura.

Y no supo cómo fue. Acaso la sugestión de la hora, la perfidia de aquel atardecer tan dulce y poético, la complicidad de los perfumes de los árboles en flor, un eco de músicas lejanas que tenía algo de canción ecuatatorial. No supo cómo. Mas, de repente, sus labios encontráronse fundidos, en beso letal, a los de la impura. De la impura, sí. Vuelto, apenas, del dulce y a la vez doloroso desmayo en que se sumió entero, la miró a los ojos, en busca del reflejo de algún sentimiento noble: pena, tal vez, ante su caída; dolor de haberle arrastrado a tanto, siendo él quien era y estando sus votos tan próximos a pronunciarse; amor, al menos, vibrante y divino amor, contento de su triunfo. Y no. Allí, si algo había, era vicio, era abyección, era pecado. Como de nuevo se le acercase, insinuante y prometedora, Arsenio gritó empavorecido:

—¡Apártate de mí!

Sorprendida ella, también, un momento le miró a los ojos y vió, sin duda, cuanto por allí pasaba. Su risa conmovió entonces todos los ecos.

—¡Que me aparte de ti! ¡Que no vuelva a acercarme mi cuerpo al tuyo! ¡Que no te beses otra vez! ¡Pero tú sabes lo que dices! ¿Crees que todo esto puede rechazarse impunemente? ¡Si de verdad te quisiese! ¡Si no me hubiera llevado a ti sin sólo el aburrimiento de estos sitios! No importa que vayas a profesar. No importa que me consideres tan mala. Todo por mí lo dejarías. ¡Que yo me presente en tu convento a buscarte, a ofrecerte otra vez mis brazos y mis besos, y ya veríamos si me rechazabas entonces!

—¡Apártate, demonio!

Había cesado la risa, y la voz de aquella mujer

Restablecido de la dolencia, quiso inmediatamente pronunciar sus votos...



otra vez era cálida y llena de dulzores. Mas al nuevo grito de horror, nuevamente sintió sublevarse todo su orgullo ofendido.

—Pues témele también a este demonio. Si de veras quieres consagrarte a la vida del convento has hecho mal en despreciarme. Una mujer como yo, todo, tal vez, puede tolerarlo menos eso. Así, pues, ¿quién sabe! Quizás el día que menos lo pienes llamen a tu puerta, y a ver si es verdad. A ver si tienes el valor de ahora para decirme que me aparte.

Desde entonces, la esperó siempre. Con su intuición del alma femenina, tuvo la seguridad de que aquella promesa del orgullo había fatalmente de cumplirse. Victoriosa la pecadora, al marcharse no se acordaría más del amor del pobre novicio. ¡Pero vilipendiada y escamecida! ¡Vendría, sí! ¡Vendría a buscarle! ¡Vendría a perderle! ¡Hasta realizar esta obra no estaría verdaderamente tranquila! Y era un dolor horrible el de imaginarse a tan bella criatura así hundiéndose en los abismos del mal. Y en sus versos, más hondos, ya con un sentimiento casi trágico, de hombre que el amor no lo conoce únicamente por el cantar de las aguas estivales y el sutil enviarse efímeros de unas flores a otras, la saeta ardiente alzábase desesperada, pidiendo fuerzas para vencerse a sí mismo, y lejos de perderse con ella, acertar a conducirla, cuando a su puerta llamase, por senderos de salvación.

Hacia tiempo que ya el verano se fuera, llevándose consigo la alegría toda del contorno. Alejados los huéspedes del balneario, el río inundando las vegas, los árboles sin hojas y sin pájaros, la nieve comenzando a cubrir el paisaje, todo allí era desolación y tristeza. De vez en cuando, algún viandante llamaba al convento, en súplica de un rincón abrigado donde pasar la noche, y siempre que esto ocurría, el alma de Arsenio alborozábase, ignorada aún con cuál suerte de esperanzas o temores. Después, y sin todavía querer confesarse lo que aquello era, pasábase muertas las horas escudriñando, afanoso, todas las veredas que al convento conducían.

Durante mucho tiempo, por fortuna o por desgracia, no descubrieron sus ojos la silueta armoniosa, el andar cimbreante, el rostro que desde lejos ya conocería. Mas, de repente, una tarde en que el invierno aullaba al través del valle todo y la nieve tornaba a caer, densa como nunca y terriblemente sacudida por el viento, parecióle distinguir, lejano aún, muy lejano, un bulto que hacía el convento venía, y que era, no podía haber duda, silueta de una mujer. Tan difíciles los caminos y tan trabajoso el adelantar entre la hosca nieve, tardaría horas, acaso, en llegar. Mujeres hacía tiempo que no cruzaban aquellos desamparados caminos, y el corazón del poeta alteróse de tal modo que llegó a lastimarse con sus latidos las paredes del pecho.

—¡Es ella! ¡Viene a cumplir su palabra! ¡Viene en mi busca!

A lo lejos, imposible ver ya nada. Cada vez más densa la nieve, cada vez arremolinándose en mayores y más revueltos torbellinos, había oculto totalmente a la mujer. Arsenio, sin embargo como si la viese, la sentía adelantar, dábale cuenta de que a cada minuto que pasaba acercábase hacia él un poco.

Y cayó de rodi-



Era la silueta de una mujer.

llas ante el Cristo que tenía en su celda, temeroso e implorante.

—¡Sálvame! ¡Mira que mi pobre alma está hecha también de barro quebradizo! ¡Mira que no puedo responder de mí!

Pasaron después las horas, angustiosas y largas. Pasaron sin que a las puertas del convento se sintiese el llamar de mano alguna. Acostado en su camastro, Arsenio esperaba aún el llamamiento. Era muy largo y muy difícil de andar aquel camino, para que una pobre mujer, en tan poco tiempo, hubiese podido dejarlo atrás. Mas, de pronto, recordó veces en que una nieve semejante le había a él sorprendido. La nieve entonces bañaba los senderos y con su danza ante los ojos daba a los caminantes una especie de embriaguez. Y vió. Vió nitidamente lo que allá lejos pasaba: la mujer no podía adelantar, todo en la naturaleza se lo impedía, algo extraño venía a interponerse entre ella y la decisión satánica de su orgullo. Y al sentirse salvada, pues aquella muerte era la única liberación posible, se acordó todavía de ella, de su alma divina.

—¡Pero la dejas morir de ese modo! ¡Con la idea de perderme allí clavada! ¡No te apiadarás de la infeliz, haciéndola a última hora arrepentirse!

Siguió viendo. Era tan densa la nieve, de tal modo, con tal carácter de obstáculo interponiéndose en su camino caía ante la mujer, que algo hubo de comprender al cabo. Aterrada un instante, el afán orgulloso cedió, trocándose en dulzor y mansedumbre. Dios no quería que ella realizase el pensamiento satánico. Su mano protectora le iba dificultando cada vez más el paso, y una voz dulcísima llegaba hasta ella.

—Detente. Déjalo ser feliz en su soledad y con sus sueños. No lo arrastres hacia los torbellinos del mundo y ven a mí.

Entonces ella, con el frío que ya la helaba, sintió en el alma un hondo dulzor, y al verse definitivamente detenida por la mano implacable, sus labios se distendieron en sonrisa de triunfo y de gloria.

Pálido, desencajado, enfermo ya, Arsenio afirmó al otro día que había visto morir, entre la nieve, a la bailarina del balneario. Por complacerle, no porque se creyese en su visión, accedieron a explorar los alrededores y fué un grito unánime. Allí estaba, en efecto, a no mucha distancia de las tapias conventuales, una mujer muerta.

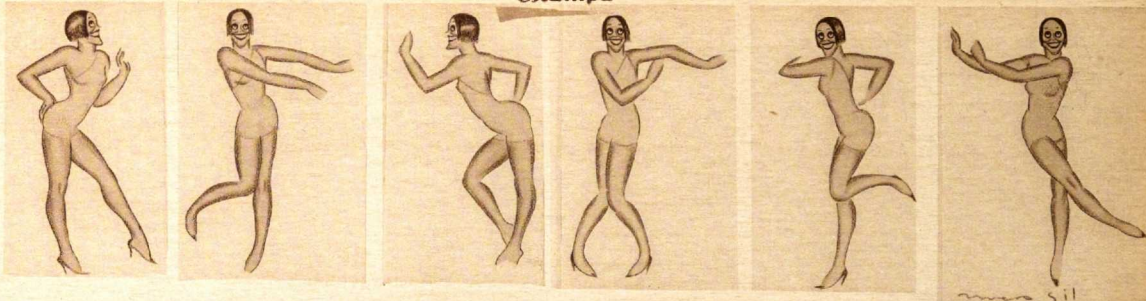
Y el médico que después acudió a levantar el cadáver y que una noche de invierno, al amor de la lumbre, me contó esta historia, añadía a poco:

—No se trataba ciertamente de la mujer que el pobre novicio esperaba, sino de una pobre vieja, sorprendida por el temporal en los caminos del monte. Pero la nieve, de tal modo y con tal limpieza se había congelado en torno de ella, dentro del nítido bloque hacíase tan difícil ver las arrugas, las canas tenían un tinte tan rubio y el rostro estaba tan rosado y tan alegre, que era en verdad la más bella de las criaturas. Se explica, pues, fácilmente que Arsenio no nos creyese.

Restablecido de la dolencia en que desde la noche antes cayó, quiso inmediatamente pronunciar sus votos, y, ya sacerdote, lejos de quedarse en el convento, retiróse, con gran sorpresa de los monjes, a la más abrupta de estas soledades, para hacer hasta la hora de su muerte penitencia durísima.

—Pero es que los monjes—terminó el médico—no lo sabían todo...

Estampa



EL DINAMISMO COREOGRAFICO, ANCESTRAL Y FUTURISTA A UN TIEMPO, DE RUTH BAYTON, VISTO POR RIVERO GIL.

Muy 1928...

El baile negro en Madrid

Desde Perla Negra hasta Ruth Bayton.

Los primeros negros que recuerdo haber visto bailar en Madrid, no vinieron como tales danzantes. Se exhibían, constituyendo toda una tribu de ashantis, en los antiguos Jardines del Buen Retiro, donde hoy se alza la Casa de Correos. A pesar de los años transcurridos desde entonces, —ello debió ser cuando aquel villorrio africano volvía de la Exposición de París de 1900—, aún recuerdo el olor a fritanga de sus aceitosos condumios, la corpulencia de los hombres, el pecho desnudo de las mujeres, harto trabajado, por lo que se veía, en la crianza de numerosa prole, y sus danzas saltatorias, que mis ojos infantiles de entonces no podían asociar a ningún charleston ni black-bottom.

Coincidiendo con la arribada forzosa a nuestra tierra neutral de otros muchos emigrados de los países béticos, llegó a Madrid, en los primeros tiempos de la guerra europea, Perla Negra, que como danzarina etiope se anunciaba. Era admirable. Bella como una estatua en bronce, su arte coreográfico denotaba luego su procedencia inmediata. Perla Negra era cubana. Y su mayor éxito, lo que constituyó una verdadera revelación para los aficionados a las variedades, no fué el estilo pseudo-clásico de alguno de los primeros bailes con que salió a escena, sino los danzones que terminaban sus programas. La rumba típica, transformada en un género ínfimo de mera exhibición, gustosa de ver, pero que ninguna relación tenía con la danza, nos fué mostrada por Perla, en toda su negra verdad. Y subrayo el adjetivo para quitarle precisamente el sentido peyorativo con que generalmente se usa. Quiero decir que aquella rumba fué pura expresión de la magnitud.

Si yo fuese alemán, tal vez me decidiera a emprender un estudio eruditísimo sobre la evolución de los bailes salvajes de África, con el traslado de los esclavos negros a las Antillas y el cruce subsiguiente con el humorismo anglo-sajón de los Estados Unidos, hasta su retorno al Antiguo Mundo en los music-halls de Europa, donde son hoy la atracción principal. Pero no me queda tiempo ya para ser alemán. Me contentaré con que mis apuntes puedan servir tal vez a cualquier mejor es-

tudiante que yo. Perla Negra bailaba la rumba de medio cuerpo para abajo, y aún más exacto sería decir que con el torso, de los hombros a las rodillas. Pero la precisión de tales movimientos, la economía de gestos, la gracia tan sincera y sin rebuscamiento de la bailarina, denotaban cierta fuerza clásica. No era, quizá por su misma autenticidad, espectáculo para todo el mundo. Hubo espectador que gritó desde el anfiteatro, al ver bailar a Perla Negra sobre un fondo oscuro y vestida de blanco, que si eran trapos *colgaos del aire*.

Y hago especial mención de esta rumba cubana por la poca o ninguna atención que han consagrado a semejante acontecimiento los profesionales de la Psicología. Lleno está el siglo XIX español de

reminiscencias cubanas en el baile. Con la polca, la mazurca y el chotis—reintegrado por nosotros a la Europa de donde nos vino con las modas del Segundo Imperio francés, y con tan inequívoca personalidad arraigado en Madrid sin recuerdo, apenas, desu origen polaco—; con la polca, la mazurca y el chotis, compite muchos años la habanera, especie de compromiso entre la rumba típica de Cuba y el vals civilizado de Viena. Muchos años después la *baï-laora* andaluza de fandango, arrastrada a los brazos de un hombre, constituye *ayá* en la *Pam-fa argentina* la primera pareja de tango. Revolución europea de 1911.

La rumba cubana, sin embargo, nunca trascendió a otro orden de ideas coreográficas que las ya señaladas. El gráfico de la rumba está todavía contenido en líneas curvas y el desplazamiento anguloso de las piernas por destaque de las rodillas hacia adelante, o abiertas a uno y otro lado, no deforma los límites de la circunferencia en que su ritmo está fundamentalmente inscrito. Tres siglos de convivencia de los negros esclavos con los españoles dominadores de Cuba y Puerto Rico, no llegan a producir, en punto a danzas populares, una eclosión semejante a la actual invasión de Europa. Las derivaciones, las cadencias aportadas por el cubanismo al color local español, tienen, a lo más, un carácter de transición: son música *midala*.

En el invierno de 1920



Ruth Bayton, la estrella negra a quien Madrid entero aplaudió en Romea y en Maravillas.

a 1920, irrumpe en París el primer *jazz-band*; fecha que, a haber alguna vez historiadores verídicos, tendrá la misma importancia que la toma de Constantinopla por los turcos. Don Juan Valera, se preguntaba en una de sus cartas desde Washington, donde estuvo de ministro de España, si sería posible que, andando el tiempo, la buena sociedad de la vieja Europa aceptara los bailes salvajes, acompañados de músicas sobremanera estridentes, con que ya se solazaban entonces, al menos *de visu*, los americanos del norte.

El primer *jazz-band* sacudió los nervios que la guerra, lejos de agotar, había sobreexcitado. No se qué super-romanticismo podrá traer consigo la generación formada al «trote del zorro». Sabido es que Musset atribuía el nerviosismo de los hijos de su siglo al hervor revolucionario y napoleónico en que fueron engendrados.

Casi al mismo tiempo que Perla, actuó en Madrid, en los primeros cabarets, tés y *soupers* danzantes, otro bailarín de color, que en Madrid murió, si no yerro, conocido por «Chocolate». Sus solos coreográficos, preponderantemente acrobáticos, fueron el anticipo de la ola negra, cuyas espumas arrecian esta temporada con estruendo bulvariano en revistas y espectáculos de variedades. A «Chocolate» y Perla Negra, sucedió «Salomé». Los últimos poetas madrileños, quiero decir los de la primera «vanguardia», estaban todavía de pantalón corto cuando «Salomé» debutó en la Zarzuela con éxito clamoroso. Como era espectáculo para niños y «Salomé» una marioneta del Teatro dei Piccoli, pudieron iniciarse y saturarse desde luego de baile negro, sin menoscabo de su incipiente mocedad.

Aquella marioneta resumía en sus contorsiones inverosímiles, en su agitación frenética, en su gracia caricaturesca, sí, pero sin que padeciera la verdad del estilo, toda la modernidad del baile negro. Una *troupe* auténtica, procedente de París, vía Barcelona, actuó después en un teatro elegante y en el Circo. Un magnífico bailarín, negro americano también, bailó el charleston *sui generis* en el estreno de *El sobre verde*, el año pasado. El agilísimo blanco Becerra compete en punto a técnica aprendida y vis cómica, en *Las Castigadoras* de Eslava, con quien más pueda. Hasta que venga Josefina Baker, no podrá comprobar el público de Madrid cómo aquella gracia dislocada de la marioneta, exagerada hasta donde puede llegar un muñeco sin limitaciones de imposibilidad física, reproducía fielmente el humorismo acrobático esencial del charleston, el *black-bottom*, el *Reina María*, y los derivados que la moda pueda imponer a cada temporada. El humorismo ágil, he ahí la fuerza, la razón del baile negro americano.

Ruth Bayton, Ruth Walker, el «Ballet Créoles», Maud de Forest, y la Revista Negra de «Black Follies» que se ha presentado en la Comedia, han sido las más recientes aportaciones de la novedad europea a nuestros escenarios de variedades y cabarets. La fantasía del «Ballet Créoles» adaptando con un criterio seguro de adecuación a un espectáculo de *music-hall* las formas características del baile negro, que se muestra así entremesado de concesiones fáciles al público, confirmó para lo sucesivo la persistencia de esas formas típicas que, desnaturalizadas de su originalidad salvaje, son más susceptibles de penetración pacífica en las costumbres teatrales de países como España, refractarios a la novedad exorbitante. En cuanto a Ruth Bayton ¡cuán significativamente señaló el aplauso de los asistentes a la inauguración de la temporada en Romea la aparición de la estrella negra en el tormentoso ambiente de la noche! Tanto ella como la Walker y Maud de Forest en Maravillas, restablecían con su presencia en el escenario la lógica de una diversión que no implicaba necesariamente la carencia de toda disciplina. Una y otra saben bailar, condición indispensable para ser bailarina del género que se quiera. Lo demás es... hacer gestos, como decía, lastimero, el maestro cordobés Romero de Torres, viendo cierta vez los esfuerzos de una pobrecita bailadora en la decadencia por recordar con dos o tres aspavientos los motivos de su fama pasada.

Pero no es el éxito de estas últimas bailarinas negras lo que nos mueve a hablar de ellas especialmente, sino la comparación que sus danzas sugieren con las rumbas cubanas de años atrás. En el entronque con la tradición eminentemente cómica, del *humour* anglo-sajón de *music-hall* (cuyas raíces son a la vez populares en el espíritu británico), el baile negro ha perdido redondez, morbosidad dulzona de la cadencia lánguida antillana, y al recobrar el ritmo saltatorio de su primer origen africano, lo ha civilizado con gracia satírica.



JOSEFINA BAKER

La gran «vedette» mulata, hija de una negra yanki y de un emigrado español, que es hoy la artista favorita del público de París y que pronto hará su presentación ante el de Madrid. (Fot. Gilbert René.)



RUTH WALKER

Estrella mestiza, también, presentada en Madrid y en Maravillas por el cosmopolita y emprendedor Campá. (Fot. Lagon.)

El baile negro se parodia a sí mismo para ser recibido en los escenarios y en los salones. ¿No parece volver la humanidad más culta a cierta alegría bárbara de la lucha primitiva por la existencia, con el deporte, que es la expresión artística más auténtica de esa pelea? De ahí la facilidad con que los charlestons han ganado la voluntad de los bailarines mundanos.

Cuanto más europeizados, más se acentúa el humorismo de los ritmos y las formas negras del baile. Puede comprobar quien quiera esta observación, en modo alguno caprichosa, con sólo ver a Lina Gracián, bailando en la revista *Los bullangueros*. En ella, la gracia a que antes aludíamos, y el mecanismo de un Becerra, pongo por caso más sobresaliente, cobran una virtud teatral de suprema picardía. Producto típico del momento presente, el arte de Lina Gracián, como el de Harry Wills, bailarines blancos, convierte, merced al ritmo trepidante del son a que bailan, todas las sugerencias de la danza negra en motivos del más desenfadado humorismo coreográfico. La condición femenina de la Gracián realza el mérito de sus interpretaciones. Aquella curva en que se definen todos los movimientos de la rumba cubana, se desarticula en líneas quebradas *elevadas al cubo*, valga la metáfora chistosa. El buen humor del baile negro se formula y resuelve dentro de las reglas más estrictas del cubismo.

Ahora bien, ¿qué trascendencia tendrán estos bailes negros y negroides en la actividad terpsicórica del pueblo madrileño? ¿Con qué formas definitivas cristalizarán estos bailes exóticos de ahora en el Madrid de la Bombi?

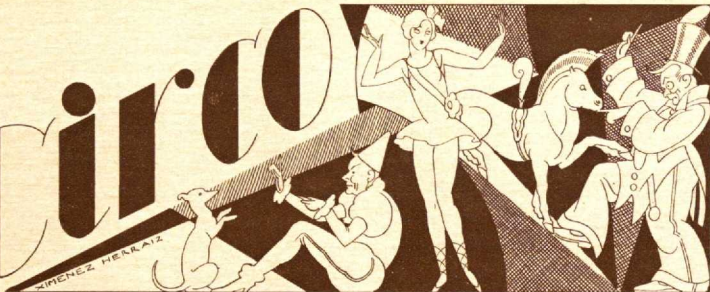
C. RIVAS CHERIF



Luis Douglas, el «partenaire» que fué de Josefina Baker, cuando la hoy mundialmente célebre bailarina llegó a París con la famosa «Revue Negre» que se presentó por vez primera en Europa, en el teatro de los Campos Elíseos.



Babe Goines, la estrella negra de las «Black Follies» que se han presentado al público madrileño en la Comedia.



Los artistas.—El reto de Mr. Carré.—Las Empresas.—La dinastía de los Parish.—Una función de circo en el manicomio.

LA PISTA.—Bajo la luz anegadora de los focos eléctricos, los mozos de servicio recogen la alfombra, en tanto los augustos de *soirée* saltan, se increpan y diablean, con estrepitoso aparato de caídas y bofetadas. El metal de la orquesta irrumpe, atronador. Aparece en la pista una pareja de ciclistas. Hombre y mujer. El, un notable artista del pedal. Ella, hermosa, estatuaría, desnudos los brazos, las piernas, la espalda; en sazón estival la línea plena y armoniosa de su cuerpo, donde la alburna de la piel se quiebra en cambiantes de ámbar y rosa. En el vértigo de la carrera, la mujer trepa hasta los hombros del ciclista, se enroscas a su tórax, se deja llevar suspendida de los pies, las negras espumas de la melena barriendo la tarima. Saludos. Aplausos...

Hablemos, lector, con los artistas.

PAYASOS.—Los hermanos Díaz. Toni y Emilio.



George Parish, abuelo de Leonard.

(Pot. Napoleón)

Ninguno de los dos ha llegado a los treinta años. Vienen de familia de artistas. Muy niños aún, saltan a la pista en calidad de acróbatas excéntricos. En aquellas poblaciones donde las autoridades se preocupaban de hacer cumplir la ley de Protección a la infancia, los pequeños artistas tenían que rescindir sus contratos. Toni es *clown* desde hace once años. Era un gran saltador. Trabajando en Cartagena se rompió un pie, y la necesidad de volver al circo sin hallarse aún en franquicia terapéutica, ha menoscabado su agilidad y sus bríos. Todavía, empero, muestra estimables aptitudes de acróbata, a más de ser un excelente equilibrista.

—Mi hermano y yo—dice Toni—hemos inventado muchas entradas, que luego nos copian otros artistas. A nosotros nos gusta la escuela antigua, que es la más honrada. Hacemos un poco de música, porque eso le agrada al público; pero creemos que los payasos no tienen otra misión que la de regocijar a los espectadores. Tampoco somos partidarios de los trajes demasiado pomposos. Una cosa es vestirse de *clown*, y otra salir a la pista con galas de tonadillera.



George Parish, el bisabuelo de Leonard.

(Pot. Coxswalker)

—¿Ensayan ustedes diariamente?

—Tan sólo cuando hacemos cosas nuevas. A veces, el público no responde a las esperanzas que habíamos puesto en una «entrada» de nuestra invención. Entonces tenemos que cambiar el programa. Una mirada no basta a mi hermano y a mí para ponernos de acuerdo en medio de la pista.

—¿Es penoso el trabajo?

—Para nosotros, no, porque tenemos afición. Pero...

Toni evoca la eterna anécdota sentimental, mil veces repetida en el cuento y la novela; siempre viva y patética, no obstante, en la realidad cotidiana.

—Hace dos años murió nuestro padre en un sanatorio de Madrid. Aquella noche, salimos mi hermano y yo a la pista a hacer reír... Y nos aplaudieron.

El *clown* y su augusto sonríen, rasados de lágrimas los ojos.

ARTISTAS ECUESTRES.—El holandés Albert Carré, erguido, apersonado, de buen porte, tiene aires de *gentleman*. Cuatro hijos le ayudan en sus ejercicios ecuestres. Lleva consigo nueve servidores.

—Mi nombre cuenta ciento treinta años de tradición artística. Cuatro generaciones me han pre-

Cuatro generaciones de empresarios y directores de Circo, en la familia de Parish.

cedido en esta especialidad de la equitación. Traigo cuarenta caballos. Cuando viajo, necesito solamente para el transporte de material (coches, carros, aparatos, arneses) cuatro vagones. El oficio exige paciencia. Mis hijos se adiestran en el paso a paso, como lo aprendí yo: empiezan limpiando los arneses, ascienden a mozos de cuadra, y una vez que han desempeñado satisfactoriamente todas las funciones subalternas, se ejercitan en la equitación y en la educación de los animales... Esto último es, sin duda, lo más difícil en mi arte. Para obtener algún fruto es necesario estudiar el grado de inteligencia y las inclinaciones de cada caballo. No hay que impacientarse nunca. La educación de los caballos no se verifica simultáneamente, ni aun tratándose de ejercicios de conjunto. Hay que amaestrar primero a uno, luego a otro y así sucesivamente. Jamás se debe castigar a un caballo con posterioridad a la falta en que haya incurrido. La corrección ha de imponerse en el momento mismo en que el animal yerre o se rebela. Proceder de otro modo sería una crueldad estéril, ya que el caballo objeto del castigo no podrá darse cuenta del motivo de la sanción.



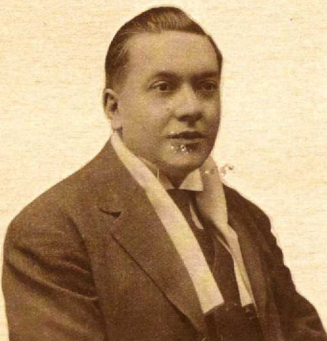
William Parish, padre de Leonard.

(Pot. Debas.)

—¿Exige mucho tiempo la educación de los caballos para los ejercicios de conjunto?

—Lo difícil es armonizar los caracteres respectivos de los animales. Unos muestran extraordinaria viveza; otros son tardos y remolones. Con todo, la tarea no ofrece grandes dificultades cuando el domador tiene experiencia. En Holanda, más de una vez he hube de hacer apuestas, comprometiéndome a preparar un caballo para tal o cual ejercicio, en dos horas. La misma invitación dirijo al público madrileño. Si algún aficionado al deporte ecuestre quiere hacer la prueba, estoy dispuesto a presentar una tarde en la pista, ya amaestrado, el caballo que me hayan traído en la mañana del mismo día. Quedan notificados los lectores.

Los «*troncos*».—Augustos de *soirée* en el *argot* circense. Denominación arbitraria, que Gómez de la Serna hubo de considerar irreverente para la realidad. Desde entonces, Leonard Parish los llama tozudos de la risa; Sánchez Resach, contaneles del regocijo. El público, por su parte, se atiene al clásico remoquete de «*troncos*». Abeldarini, Bonilla, Pinto y Sepel. Españoles los tres primeros; tudesco,



Leonard Parish, el popular empresario y director de Price, y «hombre de circo», como lo fueron su padre, su abuelo y su bisabuelo.

(Pot. Alfons.)

Estampa



EL "HOMBRE DE EMILIO DÍAZ, agosto del CIRCO", EN LA CALLE gran Tony Díaz, tal como es.

el último. Son los payasos permanentes de la Casa. Vestales del alborzo, mantienen en la pista el fuego sagrado de la risa, mientras los mozos de servicio doblan la alfombra y portean los aparatos de los artistas. Los «tontos» suelen ser, bien aprendices de clown, ora gimnastas jubilados a causa de algún infortunado accidente. Pinto fué un buen saltador. Sufrió la rotura de un brazo y tuvo que cambiar de oficio. Bonilla, que es el más locuaz, muestra interés singular en reivindicar un puesto más elevado que el que la opinión les asigna en las jerarquías artísticas. El mozo tiene aspiraciones. Lógrense en lo futuro.

—Nuestro trabajo—dice—no luce lo que debiera, porque salimos a la pista con los minutos contados. Unas veces tenemos que retirarnos sin terminar, porque no hay tiempo, y otras veces—añade con desenfado—, nos retira el público.

EL REGIDOR DE PISTA.—Ramón Valverde—en sus funciones oficiales, «Valdevera»—es *regisseur* del Circo de Parish. Ha sido clown y «augusto» a los órdenes de Sánchez Rexach. Se inició en el oficio pregonando a la puerta de un ambulante circo de lona.

—«Pasen, pasen, señoras y caballeros!» No sabe usted—nos dice—lo difícil que es defender la entrada de un circo *chapiteau*, entre el estruendo metálico de la charanga... Luego he sido *regisseur*. En algunas compañías trashumantes suele desempeñar el cargo uno cualquiera de los artistas. Ellos no ganan un céntimo más por ese trabajo, y en cambio, privan del pan de cada día a los del oficio. No crea usted que el cargo de *regisseur* pueden desempeñarlo todos. Exige cierto nivel de cultura, facilidad de palabra, serenidad ante el público y dotes de improvisación. Nosotros dirigimos la pista durante la función, y somos responsables de la marcha del espectáculo. Hemos de calcular exactamente la duración de cada número dentro del programa. Ayudamos a montar y desmontar los aparatos de los artistas. En otros tiempos, este menester incumbía también a aquéllos, que formaban «barreras» con los mozos de servicio. El *regisseur* interviene asimismo en los intermedios cómicos. Sin regidor de pista no puede haber clown. Nosotros tomamos parte en las «blagass» de los payasos... ¿Blagass? Son los cuentos que el clown y el «augusto» ponen en acción. También presentamos a los artistas, los «hacemos valer», como se dice en nuestro *argot*. Los payasos tienen «blagass» comunes, que, por este motivo, no requieren ensayos con el *regisseur*; pero cada clown las desarrolla de un modo diferente, y es preciso poner un gran cuidado para no desbarrar en el diálogo de la pista.

LA EMPRESA.—Mariano Sánchez Rexach, empresario de Parish, es veterano en el negocio. Ha

sido empresario del circo de los Jardines del Buen Retiro, del circo de Atocha, del que hubo de instalarse en el Frontón Central.

—Terminamos la temporada el día 5 de febrero, para reanudar la campaña en agosto. Todavía presentará durante las próximas semanas algunos números interesantes. Un quiromántico que adivina el presente, el pretérito y el futuro. El Kaiser tuvo la genialidad de consultarle su horóscopo, y el ni-gromántico que ha de debutar en Parish predijo la guerra europea y el desenlace de la misma, con las consecuencias que la derrota habría de acarrear al soberano alemán. Otro número sensacional es el de un artista que lee a través de los cuerpos opacos. Con los ojos vendados guía un coche de caballos a toda velocidad, y para en seco el carruaje apenas se presenta ante él un obstáculo... El 11 de febrero debutará la compañía de revistas de Eulogio Velasco. Trae, entre otras figuras, a María Caballé y a Tina de Jarque. Estrenarán *La plena locura* y *La feria de las hermosas*, ambas refundidas y adaptadas por Tomás Borrás. La sala se transformará, al efecto. Las columnas y el techo serán transparentes. Desfilarán las artistas por el pasillo que separa los palcos del paraíso. En junio desmontaremos el techo, y el Circo quedará convertido en teatro de verano.

Le preguntamos:

—¿Da España buenos artistas de circo?

—Excelentes. Los mejores saltadores son compatriotas nuestros. Los Andréu, los Méndez, las hermanas Sánchez gozan de renombre universal. Los artistas cómicos suelen ser ingleses. Los italianos se distinguen por la elegancia de su presentación. Francia es maestra en todo, sin alcanzar en nada el máximo nivel.

LA TRADICIÓN.—Leonard Parish es el último representante de una vieja dinastía de artistas. William, su padre, levantó el circo de la Plaza del Rey. Vino a España muy joven y hubo de matrimoniarse con la hija de D. Tomás Price, empresario del circo que llevaba su nombre en Recoletos. Desavenencias con el propietario del inmueble decidieronle a construir un nuevo circo.

—Me contaba mi padre—nos dice Leonard—que un día salió a caballo, con el propósito de buscar terreno para establecer su industria. Encontró en el suelo una moneda de dos reales, y juzgando el hallazgo un buen presagio, fué seguidamente a visitar al conde de Polentino, propietario de aquellas parcelas. Allí se construyó el Circo de Price, que recibió ese nombre en homenaje de respeto a D. Tomás. Se inauguró el año 80... Mi padre era artista de caballos. Lo eran también mi abuelo y mi bisabuelo, en Inglaterra.

—¿Usted?—le preguntamos.—¿También ha sido artista?

Leonard sonríe, melancólico.

—Esa era mi vocación. Pero mi padre quería apartarme del circo. Soñaba con que yo fuese in-



Sánchez Rexach, inteligente empresario y director de Circo, asociado recientemente a Leonard Parish.

(Fot. Mená).



Emilio Díaz, tal como le ven EL "HOMBRE DE los espectadores de Price. CIRCO", EN LA PISTA

geniero, médico, abogado... Al fin, en el circo ha transcurrido mi vida toda.

Le hablamos de la evolución que ha experimentado el espectáculo.

—«Oh, sí!»—exclama—. Está en decadencia. Y no crea usted que esto ocurre solamente en España. En Parish no hay en la actualidad sino una sola compañía de circo. En Londres funcionan tres. Dentro de algunas semanas se abrirá un *parcénis* de varios meses, en lo que los londinenses carecerán en absoluto de ese espectáculo... En otros tiempos había mejores artistas. La escuela antigua tenía más emoción. Los números se eternizaban en los carteles. Ahora hay que renovar el programa constantemente.

Leonard dispone de un copioso archivo, referente a asuntos del Circo. Posee documentos interesantísimos. Nos hallamos curioseando en su despacho unas fotografías.

—¿Qué es esto, amigo Leonard?

Uno de los recuerdos más interesantes de mi vida. Una función de circo en el manicomio de Oviedo. Me ofrecí al benéfico establecimiento para llevar allí a mi gente. El director aceptó. Los infortunados reclusos nos ayudaron a transportar los equipajes, a instalar la pista. ¡Qué ilusión la de aquellos pobrecitos! Con gran asombro, vi escrito en un muro el cartel de la fiesta, con buena caligrafía y perfecta ilación. Era obra espontánea de un demente, al cual invité infructuosamente a repetir su labor. Cuando di principio la función, mis artistas se hallaban poseídos del terror. ¡Imagine usted si sería temible aquel público! Mas no hubo incidente alguno durante nuestro trabajo. Dos horas y media transcurrieron, en que los locos, ganados por el espectáculo, no daban señal alguna de perturbación mental. Aplaudían a los artistas en los momentos culminantes de su tarea; relan oportunamente los chascarrillos de los payasos. Todos mostraban la mayor cordura. Era aquel un público absolutamente normal. Los médicos del Manicomio estaban asombrados. Terminó la función, y en aquel mismo instante, los dementes tornaron a sus furiosos extravíos. Un griterío infernal alzóse en las gradas. Los enfermeros hubieron de intervenir rápidamente... ¡Créalo usted: mis artistas y yo salimos llorando de aquella casa...

Nos despedimos.

Me ha dicho Sánchez Rexach que este año, interrumpiendo una tradición de varias décadas, no habrá función inaugural el Sábado de Gloria.

Leonard ladea, pensativo, la cabeza.

—¿Quién sabe, quién sabe! Yo creo que el Sábado de Gloria habrá espectáculo de pista en Price.

ALBERTO MARIN-ALCALDE

Cuadros de mujeres

BENEDITO, el gran pintor valenciano, que merece y tiene de todos los elogios, que sabemos todos el lugar que ocupa, expuso—una exposición más de las admirables de este artista—, ha poco tiempo algunas obras. Quisimos entonces iniciar estas divagaciones sobre cuadros de mujeres, mas dejamos pasar unos meses, no queriendo hacer labor informativa, huyendo de que pareciera una crítica más de su obra pictórica o una entrevista con el triunfador. Dejamos pasar la actualidad, la palpitante actualidad periodística, aunque siempre es actual el tema femenino, y no menos el de los cuadros de Manolo Benedito.

No concebimos esta idea en aquel acto, tan gratísimo y singular en que reunía bastantes de sus más espléndidas obras, ya admiradas las más, una por una, separadamente, según las iba terminando y entregando. Tuvimos la fortuna de conocer bastantes, y de pasar ratos inolvidables con el artista en su lindo jardín—tan atractivo, tan excepcional, tan verdaderamente suyo—, donde los modelos empezaban a adaptarse a su arte, y en su suntuoso estudio, templo—palacio excepcional, suyo también—de su mágica paleta.

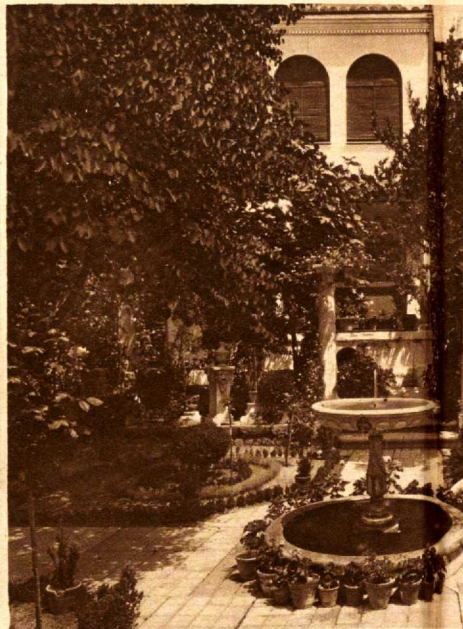
Debemos la iniciativa de estos artículos a una obra suya, a un solo cuadro de este ilustre pintor—maravilloso, cautivador, verdaderamente—, titulado «Sevilla», que nos sugirió también firmes ambiciones económicas, con lamentables resultados negativos, para poderle gozar siempre siendo nuestro. Aquella admirable silueta femenina, recia figura

de mujer morena, graciosa y serenamente reclinada sobre un hermoso pañolón de Manila, es eso, es Sevilla: la Sevilla bella, sentimental y graciosa a la vez, la Sevilla maravillosa y atractiva, la Sevilla ideal, galardón de España, pues aquella mujer es ante todo inconfundiblemente española. Sin título, el cuadro se le hubiera distinguido lo mismo. Es curioso este detalle: Benedito le puso otro nombre, «La de los ojos de color de uva», pero no

logró eficacia ninguna. Aquel lienzo tenía mayor alcance, su significación era superior a una sola mujer; los que le vieron después llamáronle «Sevilla», y éste fue su verdadero nombre. No podía ser otro.

Nuestra iniciativa quedó después más firmemente arraigada por otros cuadros de los demás ilustres pintores españoles: otras mujeres y mujercitas de Romero de Torres, de Zuloaga, de Anglada Camarasa, de Hermoso, de Penagos y de tantos otros, brujos admirables de este arte, doblemente sublime, por ser suyo y por ser de mujeres, que todas—hermosas o feas, sosas o atractivas, coquetas o descuidadas, elegantes o ridículas, simpáticas o altaneras, jóvenes, maduras y hasta viejas, con el doble respeto a su edad—y en todos los aspectos—, madre, hermana, novia, amante, esposa e hija—son el ideal de la vida, el sublime o el natural, según opiniones, pero siempre el ideal de toda la vida.

Benedito es, indudablemente, una de las primeras figuras en el arte del retrato femenino—no queremos ni podemos hacer crítica artística, labor



MANUEL BENEDITO

El ilustre pintor de la mujer en



Los de Manuel Benedito



BENEDITO

Benedito en el jardín de su estudio.

(Pots. Moreno.)

muy distinta de la que nos proponemos—; es, sin duda alguna, de los primeros pintores de mujeres.

Sus modelos, tomados de la realidad, dejan de serlo en el lienzo, sin perder sus características personales, siendo los mismos, porque en ello, entendemos, está el valor del artista: saber copiar, pero saber sentir sobre todo. Una mujer, ésta o aquella, no es sólo esa mujer, representa en todos los casos, hasta en el más inocente y sencillo, algo más, bastante más.

Hay que elevarse sobre la materia, idealizándolo todo. Tal es el valor de los grandes artistas.

¿El modelo de «La de los ojos de color de uvas», sería acaso sevillana? ¿Serían también valencianas las del cuadro, tan espléndidamente representativo, tan magistralmente evocador, denominado «Valencia»?

No nos importa. Una y otras lo son, pero no por ellas mismas, no por sus indumentarias, de por sí bastante inconfundibles; lo son porque el artista quiso que lo fueran, y sus pinceles obedecieron sumisos, pero complacidos, dando realidad—espléndida, maravillosa realidad—al ideal.

Y como en estos dos cuadros y tantos otros suyos bien conocidos de modelos anónimos, el arte de Benedito idealizó también, aún más si cabe al concretarse a una sola figura, los considerados como retratos, aquellos que son personalísimos, en los que recoge, no sólo sus rasgos fisonómicos y su silueta, su vestido o su desnudo, su tonalidad

des y su expresión. El artista, este artista, como otros magos del pincel, profundiza más, copia más, domina magistral e íntegramente a la modelo.

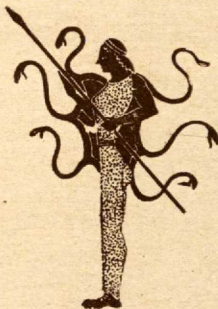
Recordamos el retrato de Pastora Imperio, la hermosa gitana, la reina del arte castizo andaluz, cuyas características destaca maravillosamente. Habría de ocultársela el rostro y sería ella; el ritmo de su cuerpo, la majestad de su cabeza, la gracia del mantón—anulando también el brazo—, el alma del cuadro—el alma, sí—la hacen inconfundible.

Igualmente llevó al lienzo, en el retrato de la llorada Mercedes Pérez de Vargas, no su linda figura y simpática expresión, sino su sensibilidad, la sutileza de su arte, la magistral distinción de esta exquisita artista, íntensamente femenina, siempre mujer, aún mejor dicho, mujer-cita sobre todo.

No es menos admirable, ejemplar sencillamente, el magnífico retrato de Genoveva Vix, la gran trágica y hermosa mujer; menos popular su arte y su nombre, podríamos hacer lo mismo que con el de Pastora, y desvanecida la cara, suprimida la cabeza, inconfundiblemente sería una artista de recio temperamento, de sublimes, de vigorosas actitudes trágicas. Sería ella, siempre ella, aun para los que ignoraran su nombre.

Mujeres de Benedito, sutiles mujercitas en su mayoría, sois el ideal de la vida, pero el sublime, el exquisito, el verdaderamente ideal.

SANTIAGO CAMARASA



«Sevilla», retrato por Manuel Benedito.



Los
nuevos
modelos
de
París



Vestido
para la noche.
Taletán ne-
gro, guarneci-
do de encaje
de Chantilly
y de galón de
lana de plata
y oro.

(Mod. Des-
hayes.)

(Fot. G. L.
Manuel Frères.)

Revista de la moda

La moda actual, sin dejar de aliar lo práctico a lo confortable, señala claramente una tendencia hacia una mayor elegancia y refinamiento, dando a cada mujer el medio de vestirse de completa conformidad con su presupuesto y con su género de vida.

La moda para la noche, como la moda para el día, abunda en detalles nuevos y las modificaciones aportadas a ella pueden clasificarse en dos series distintas: primero, las que se aplican a la si-

lueta misma, y las que se utilizan para renovar una línea ya conocida, detalles inéditos de corte y de ornamentación. Si el principio invariable del vestido en dos partes, falda y blusa, vuelve a encontrarse, el aspecto, en cambio, se ha modificado, de una parte, por el cierre, generalmente cruzado de la blusa, y, de otra parte, por la disposición inusitada de los pliegues planos que distribuyen la amplitud en cuatro partes iguales sobre la parte delantera, la de atrás y los dos lados de la

falda, a menos que se localice la amplitud en un solo lado. La mezcla de dos tonos formando contraste, la línea de color subrayando el descote, son otros tantos detalles particulares en los nuevos vestidos. En los de tarde, de seda o lana, fijan la amplitud pliegues y grupos de fuelles; las secciones que se escalonan, sucesivas, dan una amplitud ficticia, en tanto que la amplitud real se encuentra reunida en un grupo de pliegues o de fuelles, colocados, generalmente, a uno de los la-

Los
nuevos
modelos
de
París



(Mod: Des)
huyes.

Traje completo
de «sport»,

Túnica corta
de lana
«chiné»,
y pantalón de
lana marrón.

Medias
de lana.

Toca de seda
impermeable.

(Fot. G. L.
Manuel Prères.)

dos, un poco hacia delante. Habiendo notado nuestros grandes modistos que, desde hace algunos años, se ciñen sus abrigos en forma que toda la parte de la espalda se aplica contra las piernas, con lo que toda la amplitud se acumula hacia delante, han estudiado modelos en los que se encuentra esta línea. La parte baja de la espalda y los lados, se recoge en frunces paralelos, verticales u oblicuos, que llevan, naturalmente, la amplitud hacia adelante, dejando a las piernas toda libertad de movimientos; en los abrigos para el día, la parte delantera, orlada de piel y cruzada, redondeada o cortada al biés, se cruza bastante para dar la ilusión de la amplitud; en los de noche, los frunces de la parte inferior están muy próximos unos a otros, consiguiendo así que la tela flote sobre ellos, dando mucha flexibilidad a su aspecto. En ciertos vestidos ligeros, este frun-

cimiento se da, a veces, por medio de una funda plisada, finamente plisada y muy cerrada, alrededor de las rodillas, por encima de la cual se ensancha una túnica.

La nueva silueta es casi siempre asimétrica, con una guarnición dispuesta diagonalmente. Los abrigos tienen el lado recto cruzado, formando en la parte inferior una *coquille* muy señalada; esta línea diagonal va seguida por la piel, que, habitualmente, orla el delantero o guarnece su parte inferior con una especie de triángulo plano. Este efecto cruzado es de notar sobre los vestidos hechura sastre clásicos, en los que la solapa termina sobre la cadera izquierda, por un fuelle o un nudo de tela.

Cierto modisto de renombre nos presenta una silueta inédita que recuerda un vestido-princesa cuya falda estuviera muy acortada por delante, siendo seguida paralelamente esta línea ascendente

por la del tallo. Este efecto se obtiene por medio de artificios de corte verdaderamente nuevos: pequeños pliegues de través al nivel del tallo y en medio del delantero solamente; tónicas cruzadas en medio del delantero, tónicas dejando ver el forro solamente por delante. En otra categoría de vestidos, señalamos los hombros alargados por piezas aplicadas, grandes cuellos, capas cortas forradas, llevadas sobre vestidos hechura sastre del mismo tejido, aberturas muy bajas, guarniciones colocadas sobre el antebrazo. Las mangas están frecuentemente elaboradas, desde el puño al codo, con pliegues o bandas aplicadas. El descote diagonal y asimétrico es, verdaderamente, la innovación de la temporada, al mismo tiempo que el cuello hacia arriba, hecho por una banda-écharpe arrollada una o más veces alrededor del cuello y anudada.

Los
nuevos
modelos
de
París

(Mod. Des-
hayes)



Vestido
de noche.
Tafetán
de matices
desvaídos,
guarnecido
con
bordado
de perlas.

(Fot. G. L.
Manuel Frères.)

El lugar del talle está, por cierto, menos definido que nunca, pues si hay alguna cosa a la cual toda mujer esté enérgicamente resuelta, es a no aceptar ninguna *toilette* susceptible de alterar la juventud de su línea.

Los tejidos estampados conservan fervientes adeptos, y ni una mujer elegante podría tolerar un guardarropa verdaderamente completo sin uno de esos vestidos, flexible por su tejido y alegre por sus colores.

En los modelos de *sport*, particularmente, volvemos a encontrar la idea de cuatro piezas: abrigo, *cardigan* y vestido de dos piezas del mismo tejido. El traje *sport*, sin ocupar un lugar preponderante en las nuevas colecciones, sigue gozando, sin embargo, de un éxito bien merecido; se hace en jersey metalizado, jersey *chiné*, calado, *dégradé*, rayado, angora. Notemos que el monograma, usado siempre, ha cambiado ahora, una vez más, de lugar: se le borda en la parte superior de la manga, a la altura del codo, inscrito en un óvalo o en un triángulo.

El abrigo de piel o el impermeable han entrado definitivamente en nuestras costumbres. Para los abrigos contra el agua se ha encontrado un nuevo tejido: el *crepella* impermeabilizado, mate o en grano, que da mucha elegancia a la figura. Se le elige, frecuentemente, en dos tonos, blanco por el anverso y verde por el reverso, lo que da un aire muy *sport* y muy «modisto», a la vez.

Las telas en voga para el *sport* son: el jersey natural guarnecido de listas vivas; para la ciudad, el crepé de China, el paño. En cuanto a colores, el negro es el que domina, y, después, el natural, el gris claro, rojo ladrillo, carmesi, todos los tonos del gris rojizo, cacao; como guarniciones: trencillas de seda, perlas encuadradas con porcelana de colores, franjas, aplicaciones de tejido que contraste, acolchado, bordados antiguos y adornos de metal completan la preferencia.

Los abrigos están ampliamente guarnecidos de pieles, de las que las más buscadas son las planas, tales como el *breichwant*, el cordero esquilado y el cordero rizado.

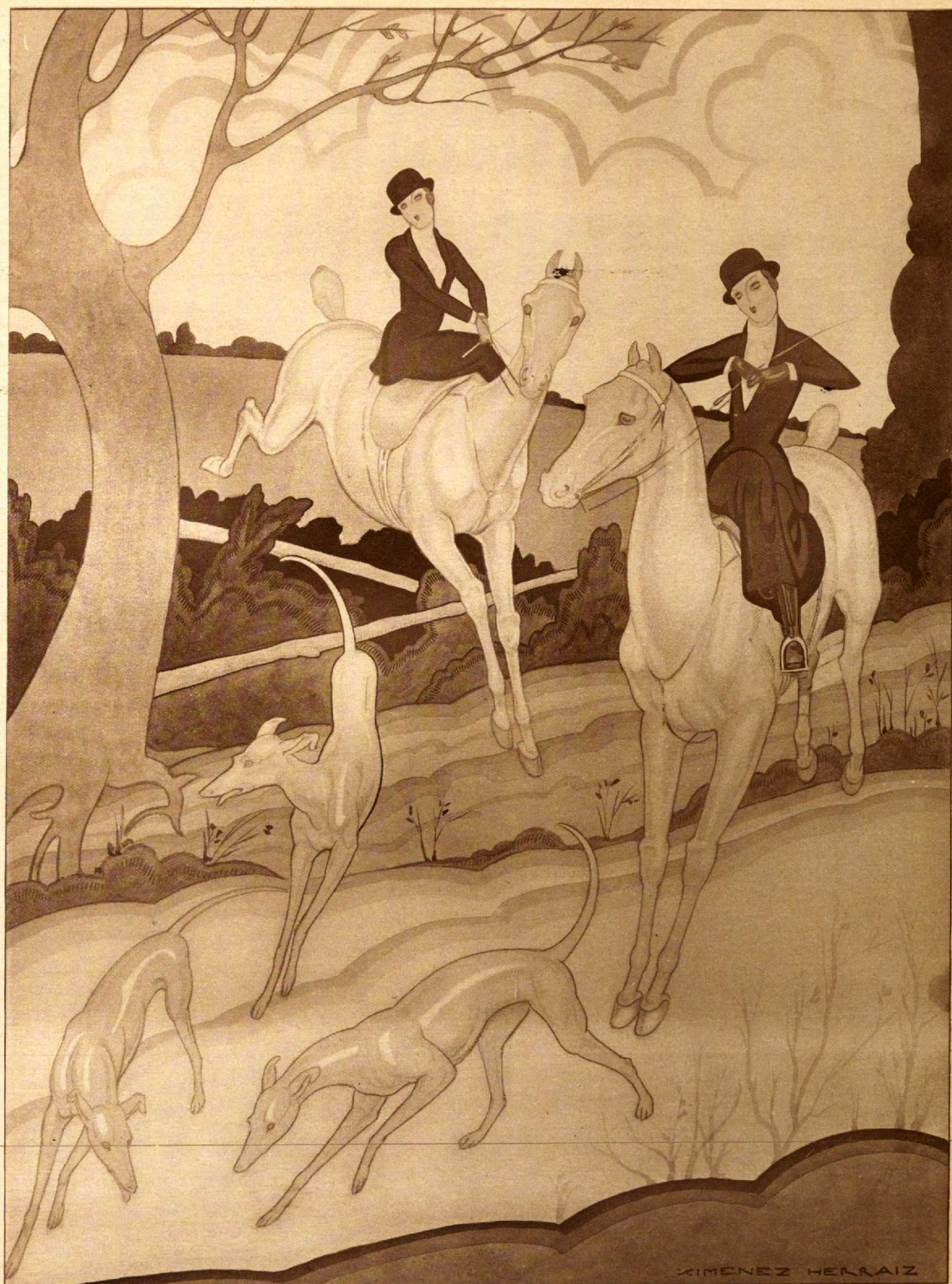
Parece que, sin renunciar al conjunto, se prefiera más diversidad en los matices y en el corte; muchos abrigos son netamente disemejantes del vestido que cubren, generalmente. Variados hasta lo extremo en cuanto a la forma, apenas si lo son en cuanto a la longitud, que va desde el chaquetón corto hasta el abrigo largo, englobando diversos tipos de modelos «tres cuartos».

Reina el terciopelo, y los más bellos abrigos de tarde son de terciopelo de todos los tonos, pero, principalmente, negro o palo-rosa, y el *dernier cri* consiste en guarnecerlos de *renards* enteros, colocándose la cabeza en la nuca, a un lado del cuello, cerca del talle.

Todas estas ideas no son más que un breve resumen de las innumerables y tan parisinas sorpresas de la temporada, entre las cuales puede cada cual excogitar hasta el infinito.

MARGUERITE CHOUINEAU

París, 1928.



ESTAMPA DEL MOMENTO. — Amazonas modernas.

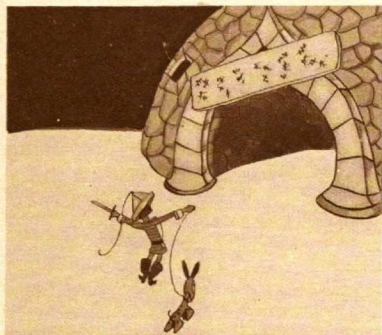
(Dibujo de Ximénez Herraiz.)

AVENTURAS DE PIPO Y PIPA

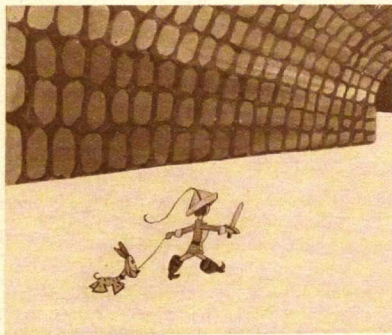


CUARTO EPISODIO

I.—Pipo y Pipa pasean por las calles de Pekín. De pronto un letrero escrito en chino, claro está, llama la atención de nuestro héroe. Pipo sabe el chino. El letrero es un anuncio y dice al pie de la letra: «El mejor dragón, el más terrible, el que tiene más sorpresa, soy yo, Kara-fu-chín».

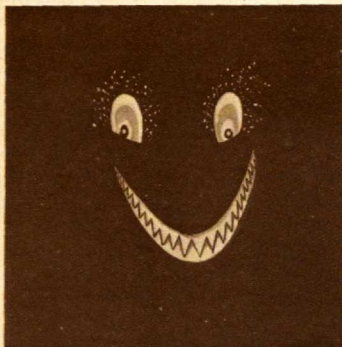


II.—¡Hombre, con las ganas que tengo yo de habérmelas con un dragoncito!—exclama el valeroso Pipo. Y añade: —Como que no se puede ser héroe de cuento decentemente sin haber luchado con algún dragón. Y trémulo de entusiasmo se encamina en busca del fiero Kara-fu-chín, sin hacer caso a Pipa que le dice: «¿Y no sería mejor dejarlo para mañana?»

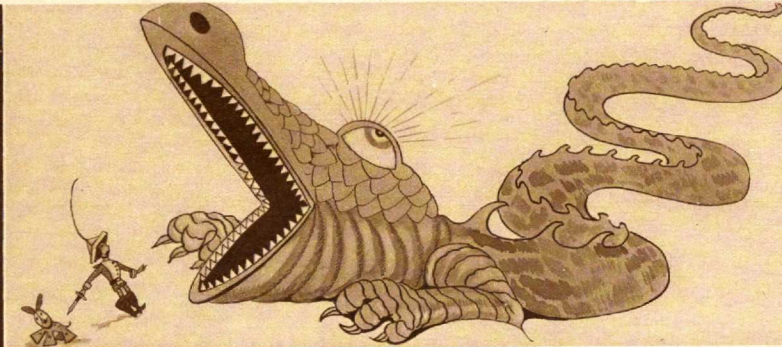


III.—Pipo y Pipa han llegado ante una especie de boca de túnel en la que hay un letrero que dice: «Casa del señor Kara-fu-chín, invencible dragón».

Durante un segundo Pipo vacila: ¿no será aquello la entrada del metro? Pero un rugido espantoso que suena en el interior le tranquiliza. «¡Aquí hay dragón encerrado», piensa, mientras avanza resueltamente por el lúgubre túnel.



IV.—La caverna está oscura como boca de lobo, mejor dicho, como boca de dragón. Sólo brillan tres cosas: dos ojos que echan chispas y una hilera de dientes tan blancos que parecen un enorme collar de perlas; y si no fuese porque estamos en la China se podría creer que las perlas eran verdaderas.



V.—De repente la estancia se ilumina y Pipo ve que ante él se halla el dragón Kara-fu-chín en persona—quiere decir, en animal—. Es enorme; por las ventanas de su nariz podría asomarse una familia entera; cada uña de sus garras es del tamaño de un cuerno de toro; su cuerpo es una serpiente kilométrica y su boca es de tal magnitud que tarda tres horas en abrirla y otras tres en cerrarla.

Kara-fu-chín lanza un rugido formidable; Pipo siente un ligero cosquilleo en el estómago, Pipa un irresistible deseo de salir a ver si llueve... Pero nuestro valeroso héroe se repone al punto y blandiendo su terrible sable de madera avanza resuelto contra el dragón.



VI.—El ataque de Pipo ha sido de una violencia formidable. Kara-fu-chín lanza un quejido desgarrador y dice: «Me has herido en el único sitio vulnerable, precisamente. También es fatalidad que todos los dragones hemes de acabar lo mismo».

Y al decir esto su cuerpo se convierte en llamas.



VII.—Y las llamas se convierten en humo. Pipo tose. Pipa estornuda. Al disiparse la humareda se ve que del terrible dragón Kara-fu-chín no queda ni rastro; en su lugar aparece, ante los asombrados ojos de Pipo, y Pipa, un nuevo personaje.



VIII.—El cual es un chino gordo, gordo; lleva un gorro chiquitín, chiquitín, y una trenza larga, larga. Pipo se apresta a una nueva lucha. Pero el chino se inclina ante él, barriendo los suelos con sus mangas y dice: «Soy tu esclavo; mándame, señor. Entonces Pipo ordena autoritario: «¡Enséñame el secreto del dragón!»

QUE la princesa Rosa María era preciosa lo decían sus ojos azules y sus trenzas rubias y el suave color de sus mejillas. No había en todo el reino diez años más bonitos que los de ella, ni más gentil sonrisa, ni más graciosa figura.

Sus papás, los señores reyes, estaban encantados con aquel primor de hija que tenían, y la rodeaban de toda clase de cuidados y atenciones, mimándola un poquito, procurando que nada malo pudiera ocurrirle.

La princesita crecía sin perder ninguno de sus encantos; pero de tanto oír alabar su hermosura se había vuelto orgullosa y presumida, hasta el punto de hacerse insoportable a todos.

Se pasaba el día mirándose al espejo, recreándose tontamente en su belleza. Empleaba horas y horas en su tocado, mirándose y remirándose muchas veces antes de salir, y saliendo luego sería y estirada para no descomponerse los rizos ni los lazos.

Siempre deseaba que la admirasen, y, en su vanidad, trataba a toda la corte con desprecio, como si ella fuera, por su hermosura, un ser superior, digno de adoración. Se volvió soberbia y engreída, tanto que el rey, su padre, desolado, buscó la manera de atajar en su hija aquel defecto, que acabaría por hacerla odiosa y antipática a todo el reino.

Reunió el rey a sus ministros, preguntándoles qué remedio se podría encontrar que corrigiese a la princesa de su terrible orgullo.

Los ministros opinaron que lo mejor sería hacer pasar a la princesa por muchas privaciones, simulando, por ejemplo, que la robaba, llevándola a su cueva, una partida de ladrones, pagados por el rey, se encargarían de tratar mal a su prisionera. Así, en su desgracia, la princesa comprendería, a través de sus lágrimas, lo necio de su vanidad.

El rey meditó en silencio. No quería para su hija ningún sufrimiento, ni siquiera tenerla lejos de su lado.

Entonces el ministro de Marina, que había guardado silencio, dijo: —Señor: tengo yo un viejo amigo, mágico de profesión, que tal

ESPEJOS EMBUSIEROS CUENTO

vez fuese capaz de proporcionarnos una solución aceptable. Su ciencia es mucha y conoce toda clase de cábalas y artes.

Aceptó el rey la idea de visitar al mago. Vivía éste en una casa apartada de la ciudad, rodeado de multitud de redomas y frascos que utilizaba para sus estudios. Cuando de labios del rey supo de qué se trataba, dijo:

—Creo poseer, poderoso señor, un buen medio para salvar a tu hija de su pícara vanidad. Mándame mañana todos los espejos de tu palacio con cualquier pretexto. Cuando yo los devuelva, no hagáis caso de ellos, porque estos espejos no dirán ya la verdad; pero ocultad a la princesa este secreto y haced que ella se mire en ellos creyéndolos verdaderos.

Al día siguiente, el rey dijo a la hora de comer que había notado cómo los espejos del palacio estaban perdiendo el azogue y que lo mejor sería mandarlos todos a arreglar.

Durante unos días la princesa sólo pudo verse en el verde espejo de las fuentes de sus jardines y en el reflejo de las copas de plata de su mesa, suspirando por no tener sus veinte espejos, en los que a diario se veía tan hermosa.

Un buen día volvieron todos los espejos, lunas y cornucopias al palacio. La princesa Rosa María corrió a mirarse en el de su tocador, y ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que le había crecido la nariz más de tres palmos y se le había puesto colorada como un pimiento!

Llena de horror, buscó otro espejo en qué mirarse, y allí se vió con el pelo crespo y rojizo, hecha una birria.

Así fué recorriendo todos los espejos, y en cada uno se descubrió un nuevo defecto: la boca grande, los dientes torcidos, la tez llena de pecas, los ojos bizcos, las cejas medio calvas, la barbilla saliente, las orejas muy crecidas...

Fué a ver a su madre, la reina, y llorando le preguntó qué les pasaba a los espejos que la volvían así de horrible. La reina mintió piadosamente:

—Hija mía, debo decirte que sobre ti pesaba un terrible maleficio, según el cual serías hermosa hasta cumplir los trece años, y que entonces te volverías feísima de bella que eras antes. Cuando vimos acercarse la fecha fatal, tu padre y yo pensamos retardar todo lo posi-

Aceptó el rey la idea de visitar al mago. Vivía éste rodeado de redomas y frascos....



ble el que por tus propios ojos vieses la desgracia que te sobreviniera, y mandamos quitar de palacio todos los espejos. Después se operó en ti el cambio que nos robó tu belleza. Cuando vimos que era imposible retardar por más tiempo la terrible verdad, accedimos a que volvieres a traer todos los espejos, sabiendo lo doloroso que para ti iba a ser el mirarte en ellos...

—Entonces... ¿soy así de fea?

—Así eres, en efecto, hija mía.

La princesa fué llorando a ocultarse en sus habitaciones. Ya no se miraba en ningún espejo, creyendo destruída para siempre su hermosura, y no quería salir de sus habitaciones por temor a que todos se burlasen de su fealdad.

Lloró mucho; pero también, por fortuna, pensó un poquito en su desgracia, y fué comprendiendo que la hermosura no lo es todo, y que muchas otras virtudes nos pueden hacer dignos del aprecio y el cariño de nuestros semejantes. Poco a poco se fué volviendo humilde, cariñosa, caritativa. Su orgullo había desaparecido, hasta el punto de que, a pesar de creerse convertida en un ser horrible, era mucho más feliz que antes, pues se veía rodeada del cariño y el agradecimiento

Así fué recorriendo todos los espejos, y en cada uno se descubrió un nuevo defecto.



Durante unos días, la princesa sólo pudo verse en el verde espejo de las fuentes o en el reflejo de las copas de plata de su mesa...

(Dibujos de Echea.)

de todos y había encontrado la suave dicha de las buenas acciones.

Cuando el rey vió, con asombro, el rápido cambio que había hecho de su hija un ser adorable, descubrió la superchería de los espejos:

—Si antes eras hermosa, hoy lo eres mucho más, porque te adornan todas las virtudes. Toma un espejo verdadero y encontrarás en tus ojos una nueva luz. Hoy mismo mandaré quitar todos los espejos embusteros y pondré otros que reflejen la verdad.

Así fué. La princesa encontró su hermosura, que creyó perdida; y como se había vuelto juiciosa y prudente, guardó en su tocador uno de los espejos embusteros. Y cuando se veía atacada del orgullo de verse hermosa,

buscaba el espejo embustero y se veía horrible, horrible, horrible...

Y al punto veía disiparse toda su vanidad, y colorín, colorao, volvía a ser la criatura más adorable de todo el reino.

BABY

macaco

la esperada Revista infantil, se pondrá a la venta en toda España el domingo 29 del corriente mes.

macaco

publicará veinte grandes páginas en magnífico papel, impresas a cinco colores.

macaco

insertará las mejores historietas, cuentos, muñecos para recortar, pliegos de soldados, la escuadra española, labores de niña, banderas, monedas de todos los países.



macaco

obsequiará a sus suscriptores y lectores con magníficos regalos. Todos los niños anhelan que llegue el domingo 29 para comprar

macaco

que en el primer número publica una impresionante narración del famoso aviador marqués de Pinedo, relatando el momento de mayor peligro de su grandioso vuelo.

macaco

editado en los talleres gráficos de Rivadeneyra (S. A.) es una garantía de acierto y buen gusto. Su precio es sólo de 30 céntimos.

TODOS LOS NIÑOS COMPRARÁN macaco EL DOMINGO 29

EL TRIBUNAL DE LA SANGRE

LOS SECRETOS DEL REY POR,

D. R. ORTEGA Y FRIAS

NOVELA
HISTÓRICA

Folletín de "Estampa"

Núm. 4

(CONTINUACION)



Después de pensar así, no vaciló un instante, y, saliendo de su escondite, dejó el portal...

En medio de las densas tinieblas del portal, y a la distancia en que Raúl se encontraba de la escalera, no era posible que lo viesen, aun cuando los criados miraran hacia la puerta de la calle.

Esto lo pensó el perseguido joven después de algunos minutos, así como también que no debía permanecer allí, porque el más leve gemido de su hijo podía delatarlo.

Ignoraba si en la calle había quedado alguien que vigilara la puerta; pero en último caso, todo lo que podía suceder era que se viera obligado a emprender nuevamente la huida, con la ventaja de que ya no debían ser tantos los enemigos a quienes tuviese que combatir, puesto que unos estaban junto al postigo, y otros seguían al comendador y al alcalde.

Después de pensar así, no vaciló un instante, y saliendo de su escondite y escuchando sin percibir el más leve ruido por la parte de afuera, dejó el portal, sin que nadie le estorbara el paso.

—¡Gracias, Dios mío!—murmuró, elevando al cielo una mirada.

Y procurando hacer el menor ruido posible, tomó por la izquierda hacia la calle de Toledo, desapareciendo en pocos segundos.

CAPITULO V

Después del escrupuloso registro.

No hay que decir que fué completamente inútil el escrupuloso registro que se hizo en la casa, sin dejar rincón ni mueble donde no se buscara al supuesto criminal.

A nadie le ocurrió sospechar la verdad de los sucedido, y a la ira que encendía todos los pechos, sucedió la sorpresa, la admiración y el aturdimiento consiguiente de quien ve lo que no puede explicarse. ¿Qué había sido de aquel hombre?

No podía dudarse de que había estado en la casa y que de ella había salido. Esto no era una ilusión, puesto que todos habían cruzado su espada con él, y así lo probaban los dos alguaciles que se encontraban en la calle mortalmente heridos.

Tampoco podía dudarse de que el perseguido había vuelto a entrar en la casa, y no filtrándose por las paredes como un ser sobrenatural, sino por la puerta, que si bien se abrió silenciosamente, cerróse con violencia y ruido.

Era, pues, imposible acertar cómo había conseguido salir; pero fuese cualquiera el medio de que se hubiese valido, ello es que debía tener quien lo protegiese entre la servidumbre del comendador.

¿Era Fernán el traidor?

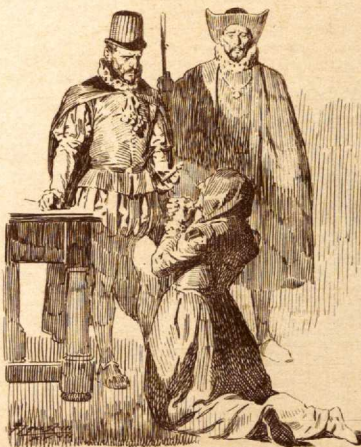
Así parecía, puesto que él sólo estaba de noche encargado de vigilar las entradas de la casa hasta la hora en que se recogía su señor. Sin embargo, se había encontrado al lado de éste durante el registro, y, por consiguiente, no había podido en aquellos momentos ocuparse del joven seductor.

En cuanto a la vieja Aldonza, por más que ella jurase que era inocente, poniendo a Dios por testigo, estaba bien clara su culpabilidad. Raúl había entrado en el dormitorio de dona Luz, de allí había salido con su hijo, y esto no era posible que lo hubiese hecho sin ser visto de la persona que se encontraba en el inmediato aposento. Además, los dos o tres gritos de dolor involuntariamente exclamados por la joven, y que habían llegado hasta los corchetes, a pesar de los muros y de la distancia, debieron forzosamente ser oídos por Aldonza.

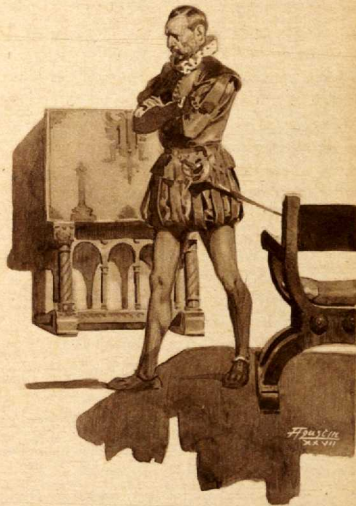
No cabía, pues, duda alguna: la traición de la dueña estaba probada; y como el comendador necesitaba de algún modo desahogar su cólera y la justicia veía claramente un delito más o menos grave, decidírase a proceder contra Fernán y Aldonza sin ningún género de compasión, mucho más cuando el criado, si acababa por declarar, podía dar mucha luz sobre el paradero de Raúl, que, aparte su amoroso deslíz, era acusado, no sabemos si con razón, de otros graves delitos y buscado con afán lo mismo por los agentes del rey que por los del Santo Oficio.

Cuando se le dijo a Fernán que se le llevaría preso si no daba explicaciones, aclarando el suceso en que parecía haber representado un importante papel, se concretó a responder con admirable serenidad:

—No he cometido ningún crimen, Dios lo sabe, y mi conciencia está tranquila; por el contrario, he hecho en todas ocasiones cuanto me ha sido posible en bien de mi señor y he mirado por su honra



—Soy inocente—decía, arrodillada y con los brazos extendidos, ante don Roque.



... el comendador, con los brazos cruzados, contraído el rostro y la mirada sombría, se paseaba lentamente...

aun mucho más que por la mía. Haced lo que os plazca; si algo merezco, es recompensa por mi lealtad; pero si me atormentáis injustamente, sufriré con resignación y sin exhalar una queja y nada más sabréis de mí, porque nada más puedo decir os aunque me descoyuntéis.

No mentía Fernán, porque ninguna parte tenía en la desgracia de dona Luz. Aldonza era la que había favorecido aquellos amores y facilitado largas entrevistas, y sólo cuando la desgracia no tenía remedio, se apeló a Fernán, no para que protegiese los amores, sino para que prestase su ayuda, a fin de que el honor de su señora se salvara en cuanto fuese posible.

Fernán no podía deshacer lo hecho, y, por consiguiente, no tenía más que dos caminos que seguir: o dar parte de todo a su señor, que se encontraba ausente de Madrid un año hacía, o prestar el auxilio que se le demandaba.

Con lo primero nada hubiera adelantado sino desgarrar el alma del padre sin aliviar el dolor de la hija, y lo segundo le presentaba la ventaja de evitar al anciano una horrible amargura y salvar para el mundo el honor de la joven.

He ahí por qué había dicho, con mucha razón, que en lugar de castigo merecía recompensa, porque su primer afán había sido la honra de su señor.

Para acabar de tranquilizar su conciencia, no había querido aceptar recompensa alguna, con lo cual probaba que al decidirse en la alternativa en que se le puso no le había movido otro interés que el bien de los demás.

No podía ser más noble su proceder y estaba en perfecta armonía con sus antecedentes.

Fernán, que tenía cuarenta años, hacía veinte que se encontraba al servicio del comendador, dando repetidas pruebas de una lealtad sin ejemplo.

Había visto nacer a Luz y la amaba con una ternura verdaderamente paternal, así como a su señor le profesaba un cariño verdaderamente filial.

A no estar ciego y loco por la ira y el dolor el ofendido padre, habría comprendido que era imposible que aquel hombre honrado y de noble corazón hubiese cometido por un puñado de oro una traición después de veinte años de fidelidad a toda prueba.

Empero el comendador no miró en aquellos momentos más que su honra manchada, y en su hogar no vió por todas partes más que traidores.

¿No lo había engañado su hija?

Estampa



El marqués de Bergen acababa de morir, porque, según se aseguraba, se había cometido el error de darle un veneno en lugar de un calmante...

y sin saber darse cuenta de lo que sentía, se dejó caer en el lecho, sin cuidar de desnudarse.

Lo que pasaba en el alma de aquel hombre era horrible.

CAPÍTULO VI

Antecedentes.

DEBEMOS dar algunos antecedentes sobre los personajes que ocupan nuestra atención, porque de otro modo no se comprendería la importancia de los sucesos que referimos.

Raúl es para nuestros lectores todavía un hombre poco menos que misterioso, y, por consiguiente, daremos principio por él.

Miembro de una ilustre familia flamenco, pero cuyos escasos bienes de fortuna apenas le permitían vivir con mediano decoro, su importancia consistía solamente en el brillante papel que sus antepasados habían desde muy antiguo representado en los negocios públicos, y por esta razón se le miraba y consideraba como a quien vale mucho.

Raúl de Lancaste no había desmentido los antecedentes de sus ilustres predecesores: había probado que su sangre era la misma; abrigaba un corazón grande y noble como su padre, y podía estar seguro de que no sería él quien rebajase la importancia del nombre que tanto valía.

Cuando la mano de hierro del tirano de dos mundos comenzó a pesar más duramente que nunca sobre el desdichado pueblo flamenco, y éste, empezando a comprender que se le engañaba y se le iba a convertir en misero esclavo, se lanzó abiertamente en el camino de la fuerza, Raúl, de acuerdo con los importantes personajes que se habían puesto al lado de la causa de la independencia, tomó parte muy activa en la lucha, arriesgando su vida, hasta que las vagas promesas de Felipe II y los nobles deseos de la princesa gobernadora dieron por resultado una tregua, que, como sucedió, no debía servir más que para que los unos y los otros recuperasen las pérdidas fuerzas, acreciesen los medios de ataque y emprendiesen nueva y más encarnizada guerra.

Téngase presente, y así queremos advertirlo desde ahora, que no vamos a defender la causa de las reformas religiosas en Alemania: somos católicos y esto sería ponernos en contradicción con nuestros propios sentimientos y nuestras ideas. Empero por más que el fanatismo religioso llegó un día a tomar gran parte en aquella horrible lucha, creemos, y así lo justifica la historia, que el principal móvil, el único puede decirse de aquella guerra que tanto costó a los pueblos, fue el sentimiento noble de independencia y de libertad, la justa defensa de sus antiguas y sabias leyes, tan respetadas, tan veneradas por nobles y plebeyos, y despreciadas, holladas y borradas al fin por la fría mano de Felipe II.

Hecha esta advertencia, que para nosotros es de mucha importancia, proseguiremos diciendo que durante el curso de los primeros acontecimientos borrascosos, Raúl había demostrado un valor verdaderamente heroico y una inteligencia nada común, por lo cual adquirió doble importancia a los ojos de sus protectores y amigos, y a él acudieron para confiarle las más delicadas misiones cuando por segunda vez empezaron los flamencos a recibir desengaños y a convencerse de que nada adelantaban por el camino de la justicia y la razón, y que

Si así había sucedido, ¿por qué tener más confianza en la lealtad de un criado?

No fué posible hacer que Fernán diese más explicaciones.

En cuanto a la vieja sucedió lo contrario. Habló mucho, pero ni confesó su delito ni dió luz alguna sobre el misterioso suceso.

—Soy inocente—decía, arrodillada y con los brazos extendidos, ante don Roque—. Ni siquiera comprendo lo me preguntáis.

—No habéis pasado aquí la noche?

—Sin moverme de aquel sillón.

—Entonces...

—Pero habéis de un hombre... ¡Dios mío!... ¡Un hombre en el dormitorio de mi señora, y de noche, y estando ella en el lecho!... ¡Santísima Virgen!... ¿Sabéis lo que decís?

—Sí. Digo que ha entrado aquí un hombre, porque todos lo hemos visto; que ese hombre ha vuelto a salir, pasando junto a vos, y después de haber permanecido más de una hora en el dormitorio de doña Luz.

—Visiones, señor, visiones no más. Sin duda Lucifer, tomando la forma humana, se os ha presentado.

—No es un fantasma el que ha dejado de dos estocadas sin vida a dos hombres.

—¡Qué horror!—exclamó la vieja, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Qué horror!

—Ya veis, pues...

—Pero si alguien se ha introducido en la casa no ha llegado a este aposento.

—Mentís.

—Os juro...

—No asegurarás que habéis pasado aquí la noche.

—Es la verdad.

—Y es posible que estando aquí no hayáis oído hacer media hora o poco más los gritos exhalados por vuestra señora y que todos hemos oído desde la calle?

—Gritos!...

—¡Ah!...

—¿Qué tenéis que responder a eso?

—Confesare mi delito, señor, lo confesare, porque diciendo la verdad quedare más tranquila y no se dudará de mi inocencia. He faltado a mi deber.

—Al fin declararéis vuestra culpabilidad?

—Sí. Declaro y repito que he faltado a mi deber, pero ¿cómo sospechar siquiera que mi falta había de dar lugar a lo que asegurarás que ha sucedido?

—Explicaos.

—Como mi señora lleva ya algunos días de estar enferma y pasa muy malas noches, me he visto obligada a permanecer a su lado en constante vigilia, y no es extraño que esta noche me haya venido el sueño y...

—Pero...

—Me puse a rezar y me quedé profundamente dormida, despertándome asustada del espantoso ruido de cuchilladas y voces...

—Basta—interrumpió el comendador sin poder contenerse.

—Señor...

—Basta, don Roque. Esta bruja miserable quiere añadir la burla a la traición. Llevadla con el otro criminal, que lo que calla aquí lo dirá en el tormento.

Poseída del terror más profundo, y mientras invocaba el nombre de Dios y de todos los santos, suplicó la vieja con desgarrador acento; pero no fué escuchada, y los alguaciles se apoderaron de ella.

Recogieron a los heridos y lleváronse a los presos, despidiéndose don Roque, a quien dijo el comendador:

—Mi buen amigo: nada hagáis hasta después que hayamos hablado mañana. Está de por medio mi honra...

—Siento que se hayan realizado mis temores.

—¡Oh!...

—El escándalo está dado y no sé hasta qué punto nos será posible evitar que cunda la noticia de lo sucedido.

El comendador inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho y estrechó la diestra de su amigo.

Algunos minutos después reinaba en la casa el más profundo silencio.

Una doncella cuidada de doña Luz, y el comendador, con los brazos cruzados, cadavéricamente pálido, contrito y desfigurado el rostro y la mirada sombría, se paseaba lentamente de un extremo a otro de su aposento.

Así permaneció hasta el amanecer, que, rendido

lo que se quería era que el tiempo pasase para gastar sus fuerzas, dividiéndolos e inutilizáolos completamente.

Una de las ocasiones en que el príncipe de Orange se valió de Raúl fué después de la venida a España de los desdichados marqueses de Bergen y barón de Montigny.

La vida de éstos llegó a peligrar, y el príncipe creyó oportuno enviarles la ayuda de nuestro joven.

Raúl aceptó sin vacilar la peligrosa comisión, y, tomando un nombre supuesto, se encaminó a Madrid.

Cuando llegó era tarde; el marqués de Bergen acababa de morir, porque, según se aseguraba, su médico había cometido el error de darle un medicamento por otro, o el boticario, no entendiendo la receta, había dado un veneno en lugar de un calmante; y la muerte del barón de Montigny estaba ya decretada, debiendo ejecutarse lo que bien pudiéramos llamar un asesinato jurídico, ya que otro nombre no le demos, en la obscuridad de un calabozo sin más testigos que Dios y sin que al reo le hubiese sido permitida la defensa.

Además de esto, debía tener lugar un acontecimiento no menos horrible; debía darse el ejemplo de un padre que firma la sentencia de muerte de su único hijo; debía verse a un gran rey decir que iba a castigar graves delitos y abusar de su ilimitado poder para vengar particulares ofensas, para satisfacer rencores mezquinos de ruines celos. Eso debía verse muy pronto, y la víctima debía ser el desdichado príncipe don Carlos, cuyo tristísimo fin, y sobre todas las causas que dieron lugar a su muerte, lo han podido aún ponerse satisfactoriamente en claro, si bien los documentos que se conservan son suficientes para que se comprenda lo que sucedió.

En tal estado había encontrado Raúl los públicos negocios, o lo que es lo mismo, los había encontrado mal hasta el punto de no poder estar peor.

Sin embargo, no retrocedió.

Ya le era imposible salvar a sus nobles amigos; pero ¿quién sabe si le era dado hacer algo en favor de su patria?

A pesar del peligro que corría en la corte, permaneció en ella trabajando, uniéndose para ello a algunos amigos del príncipe y ganando como mejor pudo las simpatías de la bondadosa reina doña Isabel de la Paz, que si no era favorable a los rebeldes flamencos porque no podía favorecer la causa de los que se declaraban enemigos de su esposo, trabajaba mucho para que en los Países Bajos se estableciese un régimen conciliador, para evitar así la efusión de sangre y la ruina y la pérdida de aquellos ricos y florecientes estados.

Todo cuanto a riesgo de su vida había hecho Raúl había sido completamente inútil.

¿Qué había de suceder?

Cuando no habían conseguido nada los elevados personajes que tanta influencia tenían y eran mirados hasta con temor por el rey, era imposible que consiguiera el joven, sin otros medios que su valor, sin influencias de ninguna clase y teniendo que vivir oculto y pensar en librarse de la activa persecución de los agentes del monarca, de la justicia y hasta de la inquisición, pues a pesar de ser buen católico, por educación, por sentimiento y por convicción, bastaba que fuese flamenco y que hubiese trabajado en favor de la causa de su patria para que se le acusase de hereje.

A pesar del secreto con que había emprendido su viaje a España, cuando llegó a Madrid hacía cuarenta y ocho horas que de su venida habían llevado un aviso al rey.

Se le buscó bastante tiempo, y no encontrándolo, acabó por creerse que no habría regresado a su país en vista de las circunstancias, o que se habían equivocado los que habían dado la noticia de aquel viaje.

Así transcurrieron algunos meses, y ya había pasado un año, cuando desde Bruselas avisaron a Raúl, dándole parte del más triste aspecto que allí presentaba la situación, y diciéndole que se preparase a emprender su marcha.

Ésto pareció contrariarle, a pesar de que cualquiera hubiese creído que deseaba volver al lado de sus amigos, siquiera fuese por los servicios que podía prestar a la causa que defendía.

¿Qué motivos tenía para pensar con disgusto en su salida de Madrid?

El lector los conoce.

Raúl estaba enamorado, y la mujer a quien tanto amaba encontraba en la más crítica situación.

Esperando con temor órdenes más terminantes que lo pusiesen en la horrible alternativa de elegir entre su amor y su patria, entre las más tiernas

Estampa

comprende fácilmente una vez conocido su carácter.

Sin perder un momento y sin dar aviso alguno a su hija emprendió su viaje; pero afortunadamente la reina, conociendo la gravedad de la situación de la joven, a quien amaba mucho, y las consecuencias que debía tener la repentina aparición del padre, dió a la hija un salvador aviso.

El comendador encontró, pues, a doña Luz enferma y en el lecho.

No pidió el anciano explicación alguna; «excusó lo repentino de su viaje con el cumplimiento de apremiantes órdenes del rey y se dispuso a observar y averiguar.

Ya sabemos lo que sucedió dos días después de su llegada a Madrid.

Ahora debemos tomar nuevamente el hilo de la narración de estos sucesos, que serán perfectamente comprendidos con las explicaciones que hemos dado.

Y como vamos a presentar al personaje de más importancia de esta historia, nos vemos obligados a comenzar nuevo capítulo, que no ha de ser menos interesante que los anteriores.

CAPITULO VII

Felipe II

A las diez de la mañana del siguiente día Felipe II estaba solo en su despacho, sentado junto a una mesa grande, donde se veían muchos papeles y algunos libros, y como absorto en la lectura de uno de éstos.

El aposento, a pesar de que tenía dos balcones por donde entraba abundante luz, parecía lóbrego y triste, lo cual debía ser efecto de las severas formas y color obscuro de todos los muebles y adornos.

Lo mismo que éstos era el vestido del monarca: negro, sencillo, sin el más ligero adorno.

Cuando le presentamos a nuestros lectores tenía cuarenta años, lo cual no era inconveniente para que sus cabellos, muy cortos, según entonces era moda, hubiesen empezado a blanquear.

Su continente era grave, altivo y majestuoso, verdadero continente regio, el que cuadraba al señor de dos mundos, el que debía tener el hombre que era dueño absoluto de un gran pueblo.

Verdadero esclavo de su dignidad, celoso hasta la exageración de su autoridad sin límites, no dispensaba a nadie, absolutamente a nadie, la más pequeña libertad, ni él se la tomaba en ninguna ocasión.

Su mirada, aunque dura, tranquila, y la expresión de glacial indiferencia de su rostro, no permitían adivinar si estaba contento o disgustado. Su sonrisa era tan leve, que nada significaba, y nunca demostró su enojo, por grande que fuese, sino pronunciando algunas palabras con pausado tono y a media voz, pero que helaban la sangre de la persona a quien las dirigía, como sucedió a su secretario Santoyo cuando por equivocación echó sobre la firma real la tinta en vez de los polvos. «Este—le dijo el monarca sin alterarse y señalando a la escribanía—, este es el tintero, y esta, la salvadera.»



El comendador encontró, pues, a doña Luz enferma y en el lecho...



Se interrumpió la lectura para recibir al comendador, que se presentó con la frente inclinada, el rostro cadavéricamente pálido y desfigurado...

Empero algo inexplicable tenía el acento de Felipe II, cuando el secretario se sintió impresionado de tal suerte que perdió el sentido antes de salir de palacio y murió pocas horas después. El monarca rezó por el alma de su secretario con la misma tranquilidad que le había dirigido la fatal advertencia.

Cuando le llevaron la feliz nueva de la gloriosísima victoria de Lepanto, pronunció algunas palabras para dar gracias al Omnipotente, y cuando le comunicaron el horrible desastre de la *Invencible*, diciéndole que en pocas horas había destruido una tempestad los centenares de buques de aquella nunca vista armada, se concretó a responder con acento reposado: «Yo no envié mis navíos a pelear con los elementos.» Y no se contrajo un solo músculo de su rostro.

Tal era el carácter de Felipe II, apellidado por unos el *Prudente* y el *Grande*, mientras que otros le califican de hipócrita, ambicioso y cruel. Tal era el hombre que en fuerza de tener cabeza no tenía corazón; tal era el rey que firmó la sentencia de muerte de su hijo único, sin que ni ligeramente temblase su mano ni palidiese su rostro, según aseguran sus mismos defensores y panegiristas.

Con lo dicho basta para que el lector empiece a formar una idea de lo que era este personaje.

Nada más añadimos por ahora, porque en la presente parte no ha de figurar mucho, sino más adelante, cuando le hagamos aparecer nuevamente con más edad, más experiencia y más recuerdos de la tenebrosa historia de su época y de su vida.

La lectura en que parecía tan absorto la interrumpió para recibir al comendador, que se presentó con la frente inclinada, la mirada sombría y el rostro cadavéricamente pálido y desfigurado, dejando ver claramente la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.

Al monarca le bastó una ojeada para comprender lo que pasaba en el interior de aquel hombre.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Añoche mismo—dijo al fin el rey—vino don Roque a participarme lo sucedido.

—¡Oh!—murmuró el padre de Luz con voz rugiente y sorda y apretando los puños, sin que le fuera posible contenerse.

Aun no podemos asegurar—repuso tranquilamente el monarca—que fuese el mismo Raúl de Lancaste el atrevido que resistió a la justicia, y, por consiguiente, debéis tranquilizaros hasta que haya más seguras pruebas.

—¡Tranquilízame!—dijo el comendador, mirando con profunda sorpresa a Felipe II.—¿Qué me importa que sea el traidor flamenco o cualquier otro? ¿Acaso el nombre o la calidad de la persona pueden quitar nada al borrón que sobre mi honra ha caído?

(Continuará en el próximo número.)



¿Qué motivos tenía para pensar con disgusto en su salida de Madrid?... Estaba enamorado, y la mujer a quien amaba encontrábase en la más crítica situación.

afecciones de su corazón y sus deberes de ciudadano y de caballero, fué cuando tuvieron lugar los sucesos que hemos referido.

He aquí cuanto por ahora tenemos que decir de Raúl de Lancaste.

Con respecto al comendador no hay necesidad de que demos muchas explicaciones; su carácter, lo mismo que sus ideas, es cosa ya bien conocida por el lector.

Apegado a sus principios y a sus preocupaciones, era severo hasta la exageración, duro, inflexible, intransigente y tenaz hasta el punto de que se hubiera dejado morir cien veces antes que retroceder ni hacer el sacrificio de ninguna de sus ideas.

Aunque amaba a su hija, era más el amor que tenía a lo que él llamaba sus deberes, y antes que ceder en este punto estaba dispuesto a perder para siempre a la heredera de su nombre.

Cuando Raúl llegó a la corte, se encontraba el comendador en Italia desempeñando una comisión importantísima confiada por el rey.

No pudo guardarse tanta reserva en los amores de doña Luz que no se murmurase de ellos en la villa, aunque nadie acertaba a decir quién era el hombre dichoso que había logrado conquistar el corazón de tan rarísima hermosura, y semejante murmuración fué causa de que algún amigo, por verdadero interés o por mera oficiosidad, escribiese al comendador, repitiéndole lo que se decía, y añadiendo que el hombre amado, aunque desconocido, no podía ser por su cuna o por otras circunstancias digno de la joven, puesto que de otro modo no hubiera ésta puesto cuidado tan grande en hacer de su amor un misterio.

Estas reflexiones hicieron surgir otras muchas, y muy desagradables, en la mente del comendador, que no obteniendo de su hija satisfactorias explicaciones, escribió al rey participándole sus temores y suplicándole que le concediese licencia para volver a su casa, siquiera por algunos días.

Felipe II negó la licencia; pero tranquilizó a su fiel vasallo asegurándole que aclararía el misterio, y que si efectivamente amenazaba a doña Luz algún peligro, lo evitaría.

Al rey le era más fácil hacerlo que a otro cualquiera.

Las averiguaciones no dieron el resultado completo que se deseaba; pero si arrojaron bastante luz para que se pudiera sospechar que el misterioso amante de la hija del comendador era el joven flamenco a quien se había buscado en vano tantos meses.

Esto presentaba ya para el rey un doble interés; pero no queriendo tomar la iniciativa en aquel asunto, determinó obrar con la prudente astucia que le caracterizaba, y concedió al caballero la licencia, diciéndole a la vez que no estaba convenientemente tranquilo con respecto a doña Luz.

El efecto que esto produjo en el comendador...

Aspectos de Barcelona

El problema de la circulación

CUÁN distantes el estrépito y la trepidación de nuestras calles, cruzadas a todas horas por miles de autos, tranvías y camiones, de la tranquilidad con que hace pocos años todavía se nos ofrecían propicias al paseo calmoso y casi exento de peligros!

Todavía recordamos el asombro con que escuchábamos al amigo recién llegado de cualquier gran capital europea:

—Para cruzar el *boulevard* es preciso aguardar que un guardia interrumpa la circulación rodada: el que lo hace sin tomar esa precaución elemental se expone a morir aplastado bajo las ruedas de un autobús...

Este sencillo relato nos hacía comprender nuestra insignificancia urbana, pero nos consolábamos pensando que con ello salía ganando nuestro sistema nervioso, libre de tales sobresaltos.

Todavía hoy, al contemplar aquel sistema apli-



Uno de los hábiles «guardias de la porra», de Barcelona, regulando la circulación en la Vía Layetana.

cierta congestión en el tránsito rodado fué en la Ronda de San Antonio, cruce con las calles de la Riera Alta y Tamariu. Era en el año de 1913, cuando todavía dominaban los vehículos de tracción animal, aunque los automóviles iban siendo ya bastante numerosos. Un guardia llamado Bosch, que tenía a su cargo la vigilancia de aquel punto, por indicación mía se dedicó, en las horas de tránsito más intenso, a poner cierto orden en la circulación de carros, coches y tranvías. Cumplió tan a conciencia su cometido, que los vecinos acordaron por ello tributarle un homenaje, y con este motivo le regalaron un bastón de reglamento con puño de oro.

—Es curioso el recuerdo...

—A partir de aquella fecha la circulación rodada tuvo un aumento progresivo, que ha continuado hasta hoy. Aquí precisamente tengo un estado comparativo que lo demuestra con cifras muy aproximadas: Vea usted: por la plaza de Cataluña, frente a lo que antes era *Maison Dorée* y es hoy Banca Arnús, en 1914 pasaban 67 carros, 73 coches y 62 autos, cada hora. En 1922, durante el mismo espacio de tiempo y por el mismo sitio, circulaban 200 carros, 210 coches y 270 autos. En 1924 las cifras son las siguientes: 75 carros, 48 ca-

miones, 357 autos y 30 coches. Como se puede observar, el aumento de la circulación corre parejas con el progreso de la tracción mecánica. El problema de la congestión circulatoria puede decirse que comenzó al estallar la guerra.

—Y claro—interrumpimos—¿hubo que buscar inmediatamente soluciones que ni siquiera estarían previstas?

—Ni podían estarlo, por cuanto hasta entonces la circulación en Barcelona era muy tranquila y las calles resultaban holgadas para las necesidades del tránsito. Es cierto que hay algunas poblaciones del norte europeo, con menos densidad que la nuestra, que desde hace mucho tiempo tienen establecido un aparatoso sistema de regulación; pero, a mi modo de ver, es más por alardear de gran urbe que por necesidad; pues yo he presenciado cómo, no circulando más que un solo vehículo por una calle determinada, el guardia lo ha hecho parar para dejar paso a un viandante, y crea usted que resultaba de un efecto bastante cómico.

—Lo más difícil habrá sido conseguir que el público, y, sobre todo, los cocheros, chófers y carreteros, respetaran la autoridad del guardia encargado de ese servicio ¿no?

—Muy difícil, muy difícil, no lo crea usted.



Don Manuel Ribé, Jefe de la Guardia Urbana de Barcelona, en su despacho.

cado por imperiosa necesidad a nuestras calles, sentimos la aforanza de pasados tiempos, pero no podemos substraernos a la admiración que nos inspira.

Somos de los que, no obstante y habernos familiarizado con cualquier innovación, reconocemos su mérito, y por eso muchas veces, al observar el orden y la regularidad con que circulan por Barcelona una cantidad tan enorme de vehículos sin que la angostura de las calles más céntricas y más afectadas por el tránsito sea un obstáculo, hemos creído que semejante resultado no podía ser producto de una improvisación, sino el fruto de profundos estudios y meditados cálculos. Y hemos sentido la curiosidad de conocer el mecanismo empleado para resolver el problema de la circulación, que, con el de la vivienda, han surgido inusitadamente del caos de la guerra y han constituido las preocupaciones más serias para los Municipios de las grandes capitales.

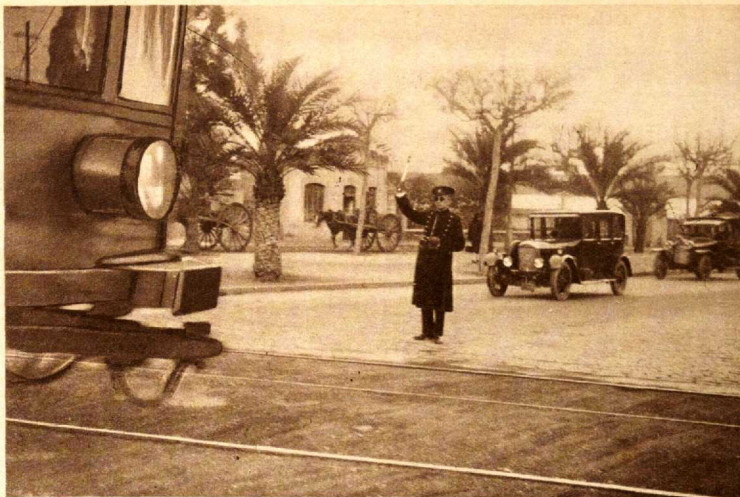
Con este objeto hemos visitado al ilustre señor D. Manuel Ribé, Jefe de la Guardia Urbana de Barcelona. Gentilhombre de S. M. y verdadero archivo de la simpatía personal.

Al exponerle nuestras pretensiones se ofreció a facilitarnos cuantos detalles juzgáramos de interés para cumplir nuestra misión, y empezó de esta manera:

—El primer sitio de Barcelona donde se produjo



Otro guardia, dando el paso a los automóviles, en el Paseo de Gracia.



El guardia, provisto de la «porra» luminosa, que da la señal a los autos en el cruce de la calle de Balmes, donde pasa el tren eléctrico de Sabadell y Tarrasa.

Claro que aún hoy es imposible evitar que se produzcan discusiones entre los conductores de vehículos y los guardias; pero éstos acaban casi siempre imponiendo su autoridad, más por el convencimiento que por verdadera coacción. Hay quien, al contemplar nuestros guardias urbanos uniformados a la inglesa, echan de menos la inflexibilidad, la rigidez y el dogmatismo del *policeman* londinense. Yo, en cambio, sostengo que los nuestros, con todos sus defectos, debidos al temperamento meridional, que es incapaz de observar la absoluta inmovilidad de un britano, son superiores a ellos por muchos conceptos.

—¿En qué se funda usted?

—En que los españoles, por lo mismo que son incapaces de amoldarse a esa disciplina pasiva que en Londres hace de cada guardia un poste inmovible, obran más a impulsos de la iniciativa personal, utilizan más la propia inteligencia, y esto, en la mayoría de los casos, tiene sus ventajas. A este propósito recuerdo un hecho bien elocuente.

—¿Va de historia?

—Sí, señor; historia rigurosa. En cierta ocasión un caballero inglés recién llegado a nuestra ciudad, donde no tenía relación alguna, sufrió un ataque

cardíaco en la calle: varios transeúntes se acercaron a socorrerle sin saber qué partido tomar. En esto, llegó un guardia urbano, metió al caballero en un coche, y le hizo conducir al dispensario más próximo. Quizá extralimitándose en sus atribuciones, el celoso guardia registró los bolsillos del en fermo, y, al examinar su documentación, vino en conocimiento de su personalidad. Mientras los facultativos socorrian al atacado, el guardia cuidó de avisar lo que ocurría al Consulado de Inglaterra, y cuando el caballero recobró el conocimiento se halló rodeado de paisanos suyos que le atendían solícitamente. Días después, ese señor vino a darme las gracias por los servicios del guardia, y me dijo que si el mismo caso le hubiera ocurrido a un extranjero en Londres, hubiera pasado mil vicisitudes.

—Diga usted, señor Ribé, ¿a ese aumento tan considerable de la circulación, ha seguido igual progresión de atropellos en la vía pública?

—No, señor, y en eso precisamente estriba el buen resultado de nuestro sistema regulador. Vamos a tomar como punto de comparación el mes de mayo, que suele dar mayor contingente de accidentes desgraciados, y veremos que, en 1915, se registraron, por atropello: 16 heridos, de pronós-

tico leve; cinco, de pronóstico reservado; tres, de pronóstico grave, y un muerto. Diez años más tarde, o sea en 1925, los lesionados acusan la siguiente proporción: 23, leves; 23, reservados; siete, graves, y dos, muertos.

—¿Tiene usted la bondad de explicarme cómo funciona hoy el servicio de tracción urbana?

—Sí, señor; con mucho gusto: hoy disponemos, para ese cometido, de una brigada compuesta de unos 150 guardias, escogidos y debidamente adiestrados.

—¿Adiestrados?

—Naturalmente: para el servicio de cruces, que tenemos establecido en las Ramblas, plaza de la Universidad, Vía Layetana, plaza de Urquinaona, calle de Balmes y paseo de Gracia, entre otros, precisa una gran serenidad; mucha sangre fría, mucha vista y cierta elegancia en el gesto. Con objeto de que adquieran las nociones más indispensables y, sobre todo, que se muevan con precisión casi automática, tenemos montada una Academia, por la que pasan los guardias antes de prestar esa clase de servicios. No tiene usted idea de lo ridículo que resultaría un guardia aplicado a regular la circulación sin tener bien ensayado el gesto. Disponemos también de varios motoristas y ciclistas, a quienes está encomendado el control de velocidades y la vigilancia de las afueras, que de otra manera no podría prestarse con eficacia, si se tiene en cuenta el reducido número de individuos que componen la guardia urbana de Barcelona. ¡Ah! Permítame que haga constar un extremo: No hace mucho, en los periódicos gráficos españoles, apareció, como una novedad, que la guardia municipal, de París, había adoptado unas porras luminosas para regular la circulación de noche. Pues bien, nosotros, hace ya más de dos años que implantamos esa novedad en los cruces de la calle de Balmes, que son los más peligrosos, por el paso del ferrocarril eléctrico.

—Entonces, ¿puede ya considerarse resuelto el problema de la circulación?

—De ninguna manera: no ya porque todos los días ofrece nuevas complicaciones, sino porque de continuo se presentan casos especiales que reclaman soluciones distintas. Por ejemplo, las grandes aglomeraciones que se producen con motivo de corridas de toros, partidos de fútbol, salidas de teatros, etc. En estas ocasiones no hay más remedio que aguzar el ingenio para improvisar soluciones sobre la marcha.

—¿Recuerda usted algún caso extraordinario de esta clase?

—Sí, señor; uno de ellos fué el combate de Boxeo en que Uzcudim ganó el campeonato de Europa. Jamás había visto tantos vehículos reunidos. Calcule usted que aquella noche se congregaron en la Plaza Monumental más de 30.000 personas, la mayoría de las cuales se había trasladado a la plaza en auto. Pues bien: gracias a nuestra previsión, con las normas circulatorias que adoptamos, en veinte minutos quedó la plaza vacía, y todo el mundo pudo hallar fácilmente su coche, sin que se produjera el menor incidente. En otra ocasión, con motivo del baile de gala que la aristocracia barcelonesa celebró en la Diputación Provincial para festejar las Bodas de plata reales, tuvimos que hacer esperar los autos de los invitados en el paseo de Colón, distante más de un kilómetro del palacio Provincial, pues por las inmediaciones del mismo no había ningún lugar adecuado. Por medio de teléfonos y altavoces, en cuanto una personalidad se disponía a salir, era reclamado el coche respectivo, que, al tiempo de bajar las escaleras su dueño, ya estaba a la puerta aguardándole.

—Actualmente, ¿están ustedes estudiando alguna otra medida?

—De un modo paulatino, y para las calles del casco antiguo, estamos estableciendo el sistema de la dirección única, que da muy buenos resultados. Igual medida aplicaremos a la plaza de Cataluña en cuanto se haya terminado de urbanizar y estén construidos los burladeros proyectados frente a la estación de Sarriá. Me interesa hacer constar que buena parte del éxito logrado en la solución de tan arduo problema como supone el de la circulación, se debe al apoyo incondicional que, en todo momento, nos ha prestado el Alcalde, señor barón de Viver, y a las iniciativas del concejal ponente de Tracción Urbana, D. Santiago de la Riva, cuyos vastos conocimientos en la materia han sido de inapreciable valor para la guardia urbana.

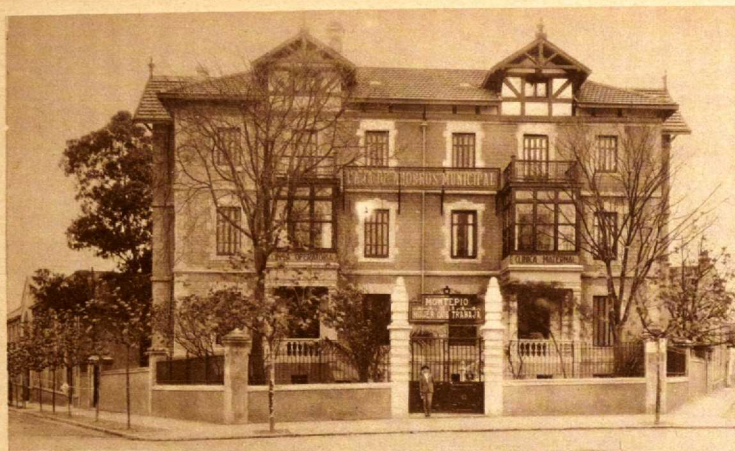
Recogidas y fielmente transcritas las manifestaciones de D. Manuel Ribé, contienen un aspecto muy interesante de la Barcelona moderna.

ENRIQUE TUBAU



Uno de los guardias motoristas encargados de perseguir a los automóviles que se permiten exceso de velocidad, en el momento de detener al infractor.

(Fots. Badolza.)



El doctor
Entrecanales,
director del Montepío.

(Fot.
Amado.)

Siluetas Vascongadas

Los dineros de la caridad

La semilla humanizada de la caridad, de la caridad práctica y generosa, florece aquí en Bilbao bajo contornos perfilados hacia el bienestar del prójimo. Existe el pobre, pero no el mendigo. Y la dádiva limosnaria que tan perjudicialmente se reparte en otros sitios por las calles, se tiene entre los bilbaínos por vicio recíproco sin objeto. Nada, pues, de limosna. En consecuencia, mucho desprendimiento por inclinaciones caritativas que asedian a la miseria. Que la destierran del medio humilde de las clases menesterosas. En este pueblo que rara vez se dan cinco céntimos al pordiosero del arroyo, son frecuentes las donaciones por miles de duros para los pobres. Pero entendámonos: para los verdaderos pobres que sufren el tormento de la penuria, de la salud quebrantada, de la orfandad infinita de unos padres y de todo aquello que al desvalido le significa consuelo terrenal.

Vigorizada esta dinámica de la caridad por el torrente un poco estrepitoso del dinero bilbaíno, las fundaciones benefactoras de la villa constituyen un escalafón, de gradaciones múltiples, dividi-

Chalets de la Caja de Ahorros Municipal, donde están instaladas las clínicas del «Montepío de la Mujer que Trabaja», en Bilbao.

das a través de otros tantos aspectos de la necesidad popular. La masa, ese anónimo núcleo que se revuelve en la órbita inmensa de la escasez, percibe de los que todo lo tienen la proyección de su abundancia, transfundida a zonas sociales que reparten el bienestar.

Una de las funciones benéfico-sociales de que se envanece Bilbao se llama Montepío de la Mujer que Trabaja. Dicha institución, contraste insólito, está fundada y la patrona con rumbo derroche la Caja de Ahorros municipal de la villa, centro que se sabe polarizar equidistante de sus ciento cuarenta millones de pesetas y del campo azul de su nobleza. Esta y el beneficio de aquellos los reparte gentilmente a las madres obreras, a los niños enfermos, a los huérfanos; abre, para muchos, otros senderos de redención, ayudándoles a crearse un porvenir.

Para ingresar en el Montepío, aparte de una cuota mensual de dos o tres pesetas, no hace falta otra condición que la de ser mujer. Mujer, soltera o casada, que aporte su esfuerzo al hogar, o le sostiene, porque tal esfuerzo sobra y basta para garantizar su derecho. Custodiado por una Junta de damas que integran la Directiva, y a la que tienen acceso dos afiliadas obreras. Es decir, que un organismo esencialmente democrático en su funcionamiento, está regido por un selecto grupo de señoras de orden y opulencias. En la actualidad figuran en las listas del Montepío 2.200 afiliadas y lleva funcionando poco más de dos años.

Recientemente, hace poco más de un mes, se han inaugurado las clínicas Maternal y Operatoria del Montepío, instaladas en dos soberbios chalets de la Plaza de Echa-

mendadas a especialistas de un renombre singular, cuentan con servicios complementarios de Rayos X, laboratorio, quirófanos modernísimos, salas de hospitalización para las madres y sus hijos, y otros tan precisos cual lo del confort de una casa de lujo, la ventilación y la luz a raudales, todo ello por una pensión de seis pesetas diarias.

Para las afiliadas que por reunir todas las condiciones reglamentarias tengan derecho a asistencia y subsidio, se entenderán comprendidas en dicha cuota todos los gastos de estancia, alimentación, intervenciones quirúrgicas, curas, asistencia facultativa y medicamentos, exceptuándose los servicios extraordinarios que solicite la enferma. Sólo la instalación de las clínicas y reforma de los inmuebles ha costado unos sesenta mil duros. El precio de los chalets, lo ignora. Sin embargo, adquirir dos chalets en estos tiempos ya es algo que rebasa los cálculos del optimismo. ¡Caprichos del dinero de Bilbao! De este dinero que, sin ser demasiado tolerante, adquiere en sus gustos un particular matiz de feminidad voluble.



Puerta de entrada del Montepío.

(Información fotográfica de Amado.)



Doña Asunción Barandiarán de Moguer, Presidenta del «Montepío de la Mujer que Trabaja.»

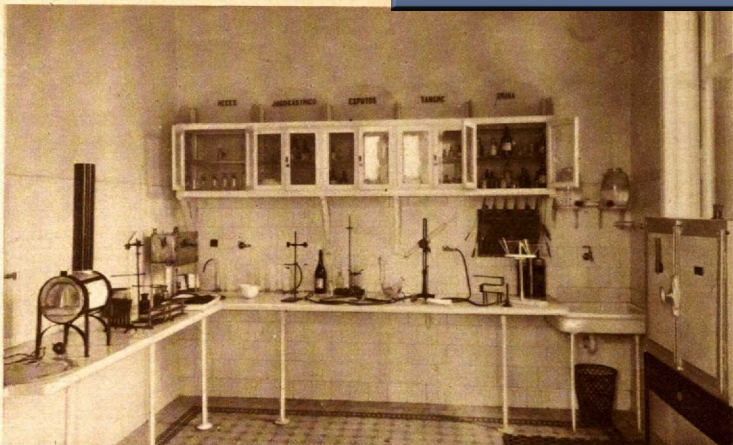
Pues como esta obra, en Bilbao, existen bastantes otras que sólo se deben a la caridad práctica y generosa. El doctor Pulido y los señores Iranzo y Madariaga pueden dar testimonio desapasionado de que ello es verdad. Verdad completa.

Naturalmente que al lado de bellezas tales sobreviven en la villa otros aspectos menos halagüeños. No hay hombre ni pueblo absolutamente bueno, ni totalmente malo, cualidades que han de fundirse por igual en toda obra de la Naturaleza.

El contraste del pueblo de Bilbao, que sabe practicar la caridad como pocos, se destaca, por ejemplo, en el excesivo recelo de sus naturales, frente a las variadas manifestaciones que no procedan de aquí, a pesar de la ruta marina que abre a sus horizontes sendero anchuroso de toda comunión espiritual. Verdad, también, que los pocos pueblos individualistas que palpitan en nuestra nación son aquellos que mejor viven por la gracia de su voluntad. Despectiva, si se quiere, pero soberanamente admirable.

JESÚS ESCARTIN

Bilbao y enero, 1928.



Laboratorio de análisis en las clínicas del «Montepio».



Comedor del «Montepio», donde todo es luz, limpieza y comodidad.



Una sala de Maternidad en el «Montepio de la Mujer que Trabaja», de Bilbao.



Una sala de clínica, en el «Montepio».

(Fots. Amado.)



Hermanas y enfermeras que prestan su asistencia en las clínicas del «Montepio de la Mujer que Trabaja».

(Fots. Amado.)

Estampas montaÑesas

El martilleo del temporal en la costa

MUCHAS veces, cuando la bahía es un plato, como decimos los montaÑeses; es decir, cuando las aguas tienen serenidad de lago, tranquilidad de remanso y quietud de fontana, nosotros, los avezados a las costumbres marineras, volvemos la vista hacia la Comandancia de Marina, sobre cuyo rojo tejado, como un grito de prevención al marino, se alza la bola negra. Es la señal de que la barra está cerrada, de que, fuera, en el mar abierto, la navegación es peligrosa. Entonces, rindiendo obligado tributo de admiración al mar, al mar bravo, imponente, acudimos a contemplar su lucha contra el acantilado de la costa, lucha que trae hasta el centro de la ciudad un ensordecedor estruendo. Y es que los que sentimos que la brisa marina reemplazaba a la mano amorosa que mecía nuestra cuna, amamos el mar, no cuando sus aguas mansas, tranquilas, vienen a besar las playas, adornándolas con su cenefa de plata, sino cuando, rugiente pega sus zarpazos en la costa cubriéndola de sucia espuma, socavando los grandes muros que quieren contener su violenta presión. ¡Y es impresionante contemplar cómo la fuerza de mil titanes que traen sobre sus lomos las olas gigantes, avanza con furia y sigilo de fiera insaciable sobre su presa, que es la obra de los hombres, hasta destrozarla y hundirla! ¡Cuántas veces las fauces voraces del mar embravecido se tragaron la enorme masa metálica que, perdido el gobierno, emergía del agua bailando extraña, siniestra danza, y cuyos contornos fantásticos advertíamos desde tierra a la luz vigilante del faro de Cabo Mayor!

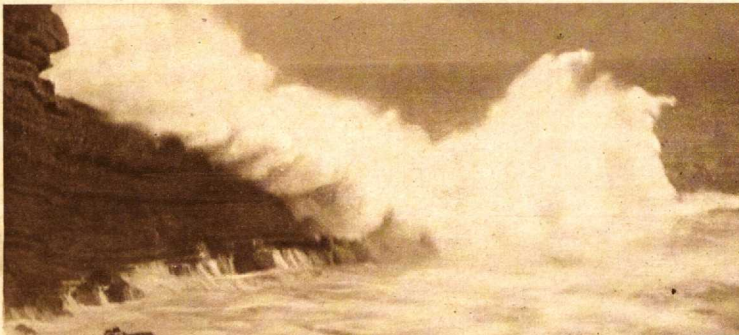
En varias ocasiones—todavía está latente el recuerdo de los trágicos instantes vividos con motivo del naufragio del vapor *Pepín*—hemos esperado, con creciente angustia, con mortal zozobra, las horas blancas del amanecer y la luz del alba nos ha helado de espanto. A las voces de socorro ha sucedido el silencio, y el buque naufragado ha desaparecido como si le hubiera llevado el espíritu de las aguas. Sólo, como recuerdo de la tragedia, el palo mayor emergiendo sobre la inmensidad.

¿Y el buque? ¿Y la tripulación? Del primero logra averiguarse que unos trozos del casco, de la bodega o del cuarto de derrota han aparecido en las playas próximas. De la segunda, a los pocos días, en un amanecer de fuego, para hacer más fuerte el contraste, aparecen unos cuerpos humanos en la orilla. ¡Y fuera preferible que no aparecieran! Son como el trofeo, alarde de su poder y de su fiera, que presenta el mar, trofeo que es como una bandera hecha girones. Rostros desconocidos, destrozados por el mar que se burló del temple de acero, del corazón valiente de aquellos cuerpos fornidos que el rudo empuje de las olas devuelven como peles sangrientos, vacías las cuencas de los ojos, mutiladas las extremidades por los habitantes del mar. Otras veces, la tumba definitiva es el remanso que forman unas rocas o las propias redes en que les envolvió la muerte al dar vuelta la embarcación, para estrellarla luego contra los peñascos.

No conoce el mar la gente de tierra adentro; no la conocen los que en los meses de estío descansan en las serenas orillas a las que van a morir las olas; no le conocen los que le ven tranquilo y azul, perdiéndose en la lejanía, ni los que escuchan su canción monótona en las noches serenas y suaves.

El mar es este que ha sabido recoger con su máquina fotográfica «Samot». Mar de fragores, con sus galernazos, con sus tempestades, con su oleaje de furia. El mar que sobrecoge a los bravos marineros; el que alza las agudas quillas hacia el cielo para luego precipitarlas en sus abismos. El mar, que juega con las embarcaciones, que las azota con fuertes bandazos, que hace crujir sus hierros y que, como término de aquella inacabable agonia, rompe el guardín que sujeta el timón, y ya el buque sin gobierno le sepulta en el mar, le estrella, entre bramidos horribles de fiera furiosa, con saña sobre las rocas, sin más esperanza para los tripulantes que el acantilado cortado a pico y sobre el que con intermitencias pone su luz débil e indecisa el faro que en las noches tranquilas y serenas señala su ruta al marino y que en las borrascosas parece indicarles el camino de la muerte.

LUIS SOLER



Arriba: la entrada del puerto de Santander en día de temporal, cuando las rompientes caen, como arietes, sobre la península de la Magdalena, y envuelven en remolinos de espuma la isla y el faro de Mouró.

En el centro y abajo: rompientes de la entrada del puerto, donde más de una vez se han estrellado las embarcaciones al intentar franquear la «barra».

(Fots. Samot.)

SOCIEDAD ANÓNIMA ESPAÑOLA DE AUTOMÓVILES

RENAULT

NUEVOS PRECIOS

PARA VEHÍCULOS DE TURISMO DESDE EL 20 DE ENERO DE 1928

COCHES 4 CILINDROS

6 C. V.

Torpedo 4 plazas lujo..	6.150 ptas.
Conducción interior, 4 plazas, rígida o "souple", normal.. .	6.350 »
Conducción interior, rígida o "souple", lujo..	6.700 »
Cabriolet 3 plazas..	7.200 »
Falso cabriolet 4 plazas.. . . .	7.400 »
Landaulet taxi..	6.700 »

10 C. V.

Torpedo 5 plazas lujo..	8.800 ptas.
Conducción interior, 5 plazas, rígida o "souple", normal.. .	9.500 »
Conducción interior, rígida o "souple", lujo..	9.750 »
Cabriolet 3/4 plazas..	9.800 »
Falso cabriolet 4 plazas.. . . .	9.900 »
Taxi conducción interior.. . . .	9.750 »

COCHES 6 CILINDROS

8 C. V. MONASIX

Torpedo 4 plazas lujo..	8.300 ptas.
Conducción interior, rígida o "souple", lujo..	8.900 »
Cabriolet 3 plazas..	9.400 »
Falso cabriolet 4 plazas.. . . .	9.600 »

15 C. V.

Torpedo 5 plazas lujo..	11.750 ptas.
Conducción interior 5 plazas, rígida o "souple"..	13.200 »
Cabriolet 3/4 plazas..	13.500 »
Falso cabriolet 4 plazas.. . . .	13.600 »
Berlina 4 plazas..	13.800 »
Conducción interior 7 plazas, rígida..	14.000 »

Estos precios se entienden en nuestro depósito de Irún, y los coches se entregan completamente equipados con quinta rueda de repuesto calzada, caja de herramientas completa, cuatro amortiguadores, reloj, cuentakilómetros, alumbrado de tablero, klaxon, etc. Además, los torpedos llevan parabrisas trasero, limpiaparabrisas automático, cubretapacubos niquelados, para choques delante y detrás: las conducciones normales, asiento delantero regulable, cerradura de seguridad y medidor de gasolina, y las conducciones de lujo, cabriolets y falsos cabriolets, además de lo indicado, limpiaparabrisas automático, para choques delante y detrás, espejo retrovisor, cenicero, barra perchero, cortinillas y cubretapacubos niquelados.

Los chasis 15, 18 y 40 C. V. lujo, se entregan carrozados por Fábrica y por las mejores firmas de París.

PEDID DATOS, PRUEBAS Y PRESUPUESTOS A LA S. A. E. DE AUTOMÓVILES

RENAULT

MADRID Salón-Exposición: Avenida Pi y Margall, 16.
Dirección, Oficinas y Depósito: Avenida de la Plaza de Toros, 7 y 9,

SEVILLA (Sucursal) Martín Villa, 8 (en la Campana).

Y A SUS AGENCIAS EN TODAS LAS CAPITALES

NOTAS GRAFICAS DE LA ACTUALIDAD.



SAN SEBASTIAN.—Don Andrés Fella, Presidente de la Federación Vasca de Pelota, recibiendo el homenaje que le tributaron los elementos deportivos de la provincia.

(Fot. Marín.)



SANTANDER (Torrelavega).—Inauguración del "Grupo Escolar Cabañas", fundado y sostenido, en el pueblo de Torre, por el filántropo montañés D. José María Cabañas, por cuenta de quien se ha construido también la Iglesia que se ve en último término. En la silueta, D. José María Cabañas.

(Fot. Samet.)



BILBAO.—El ex ministro Sr. Ruano al salir de la Casa de la Montaña, de Bilbao, donde dió una interesantísima conferencia. Acompañan al Sr. Ruano las autoridades bilbaínas.

(Fot. Amado.)



BILBAO.—El nuevo Embajador de España en la Argentina, Sr. Maeztu, rodeado de las personalidades bilbaínas que le ofrecieron un banquete-homenaje en el Hotel Carlton.

(Fot. Amado.)



SAN SEBASTIAN.—Monseñor Mateo Máglen, nuevo Obispo de Vitoria.

(Fot. Marín.)



BILBAO.—Acto de entrega a D. José Escariz de un pergamino y del nombramiento de Presidente honorario de la Cruzada Misionar de la Milagrosa de Bilbao.

(Fot. Amado.)

N LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS



60.—En el Consulado Inglés. Fiesta ofrecida por el Cónsul británico en honor del Almirante de la escuadra que fundada en el puerto y a la que asistieron distinguidas personalidades de la colonia inglesa y de la alta sociedad de Vigo. (Fot. Seco.)



61.—Grupo de corredores que tomaron parte en el "cross" organizado por el "Celta" y al que concurrieron algunos marinos de la escuadra inglesa. (Fot. Seco.)



62.—La nueva barriada obrera edificada para los socios de la Cooperativa "La Esperanza" e inaugurada recientemente con asistencia de las autoridades. (Fot. Photo-Club.)



VALLADOLID.—Grupo de distinguidas señoritas y de jóvenes valladoleños que, en el Teatro Calderón, representaron "La mafia de la mafia", a beneficio de los Exploradores de España. (Fot. Cacho.)

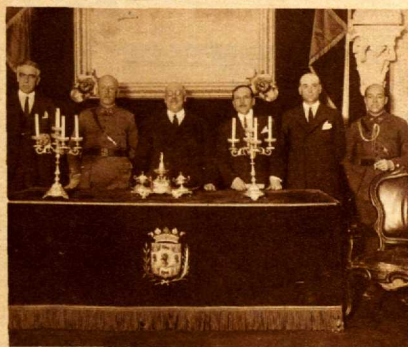


BADAJOS.—Señoritas de la buena sociedad que intervinieron en la función a beneficio de los pobres, patrocinada por la señora del Gobernador civil y dirigida por las señoras de Laros, Alba y Collazo. (Fot. Gamoreña.)



BURGOS.—Los obreros Antonio González, Almacio Miquez, Florencio Pérez, Isidro Fernández, Julio Ruiz, Pedro Parga y Demetrio Fernández, fundadores de la Cooperativa "La Esperanza".

NOTAS GRAFICAS DE LA ACTUALIDAD



CORDOBA.—Apertura de curso en la Real Academia de Bellas Letras y Nobles Artes. El Presidente, Sr. Barrios, el Delegado Regio de Bellas Artes y las autoridades, en el salón de actos, al pronunciar los discursos. (Fot. Santos.)



LUCENA (CORDOBA).—Grupo de concurrentes al banquete con que fué obsequiado el teniente de la Guardia Civil D. José Argelés, por su ascenso a capitán. Por las simpatías que el Sr. Argelés goza en la región, este acto constituyó una verdadera manifestación popular. (Fot. Ariza.)



GRANADA.—Solemne bendición de la bandera del Sometén del partido de Santa Fe. La madrina de la bandera, señora Condesa de Tovar, acompañada del Cardenal, del Comandante general de los Sometenes de la Segunda Región, del Gobernador civil y demás autoridades, al salir de la ceremonia. (Fot. Torros Molina.)



GRANADA.—Banquete dado en honor de la señora Condesa de Tovar y del Comandante general de los Sometenes de la Segunda Región, con motivo de la bendición de la bandera del partido de Santa Fe. (Fot. Torros Molina.)



SEVILLA.—El Cardenal Primado, Arzobispo de Toledo, acompañado por el Cardenal Munday y el Alcalde, durante su visita a las obras que se están llevando a cabo en la catedral. (Fot. Olmedo.)



SEVILLA.—Su Alteza Real la Infanta Doña Luisa, que personalmente repartió prendas de vestir a los niños de los corrales del Conde y de San Hermenegildo, y a las madres lactantes del barrio de Triana. La Infanta, rodeada de mujeres y niños del popular barrio, al terminar su caritativa misión. (Fot. Serrano.)

EN LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS



JEREZ DE LA FRONTERA.—Grupo de bellísimas amazonas y de distinguidos "sportmen" de la aristocracia jerezana que asistieron a la prueba del campeonato para galgos, en que se disputó la gran copa "La Ina" para 1927-1928. (Fot. Serrano.)



JEREZ DE LA FRONTERA.—La Condesa de Garvey entregando la gran copa "La Ina" al diestro "Algabefo", cuyo perro, "Lord Byron", ganó el campeonato. En el grupo se hallan el Marqués de Casa Domecq y el juez de las carreras, D. Fernando Freyre. (Fot. G. Ragel.)



MÁLAGA.—El Gobernador civil, señor Marqués de Linares, el Delegado del Ministerio de Fomento, Sr. Maldonado, y los profesores y alumnos, en el acto de inauguración de la Escuela Industrial. (Fot. Aguilera.)



BARCELONA.—La festividad de San Antonio. Bendición de la típica cabalgata de los "Tres Toms", en el colegio de San Antonio. (Fot. Badosa.)



BARCELONA.—Homenaje a la memoria del coronel Sanfeliu. La Comisión del homenaje al ilustre caudillo, en la que figuran los siete voluntarios supervivientes de la guerra de Cuba de 1899, que pelearon bajo su mando, depositando una corona en la tumba del gran soldado. (Fot. Badosa.)



BARCELONA.—El campeón mundial de ajedrez, doctor Alekhin, acompañado de su esposa y rodeado de los representantes de los clubs de ajedrez, a bordo del "Julio Cesare", a su llegada a Barcelona. (Fot. Badosa.)

COMPRO

toda clase de alhajas, oro, plata y platino, relojes de todas las marcas y clases, aparatos fotográficos, cines, autógrafos, gramófonos, rollos, discos, máquinas de escribir y coser, mantones de Manila, encajes, damascos, abanicos, escopetas, prismáticos y toda clase de objetos de valor.

VENDO

Antigua y única casa en Madrid.-Fuencarral, 45.-AL TODO DE OCASIÓN.-Teléfono 15830

PATENTES DE INVENCION - MARCAS

Gestión por la Agencia Oficial, MORA & COLOMINA.-Arrieta, 7.-MADRID

CORONASDIADEMAS DE AZAHAR
FLORES Y PLANTAS
RUBIO :: 3, CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 3

"BING" MAQUINA ESCRIBIR
CONTADO 220 PTAS. PLAZOS 264
15 PESETAS MENSUALES
CARMONA. - Fuencarral, 83. - MADRID
DESEO AGENTES DE VENTA

ABRIGOS PIEL, SEGUIMOS
REGALANDO por cada uno que se compre un es-
tupendo sombrero de fieltro.
FUENCARRAL, 10, PRAL. «LA ELEGANCIA»

ELEUTERIO

LUNA, 11 — FUENCARRAL, 18

EL JUEVES 26 empieza nuestra

GRAN QUINCENA BLANCA

A diario ofrecemos en LA VOZ un artículo determinado a precio especial de propaganda

estampa

Teléfono

número

17.547

CANAS



Invento maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia «LA CARMELA»; no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

VENTA: Todas partes, y señores N. López Caro, Santiago, y sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde dirigirla la correspondencia. Isla de Cuba, pídanse con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. Repúblicas Argentinas: en todas partes.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

CASA FIALES 10
SANTIAGO

BODAS

Los mejores retratos.
YRUELA, Plaza Progreso, 17.
¡¡ Cuidado, número 17 !!

TOS

CAMELOS PECTORALES

CENARRO

AL

EUCALIPTO Y PINO

CADA

Y

P.35

P.70

Lea usted

"GUTIERREZ"

Gran Semanario
español de humo-
rismo.

¿Queréis comprar joyas de absoluta confianza?

Solamente en

PÉREZ MOLINA

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 29

(Esquina a la Plaza de Canalejas.)

TODOS LOS MARTES

LEA USTED

Estampa

PARA ESMALTES, PARA AMPLIACIONES

YRUELA :: Fotógrafo :: PLAZA DEL PROGRESO, 17



BAILES

enseñanza rápida,
academia aristócrata.
PLAZA DEL CARMEN, 1
"Ostan's"



Huertas, 7 duplicado.
MADRID

PELUQUERÍA DE SEÑORAS

RAMOS
Casa especializada en bisúes
y una caballero. Artísticos post-
- para señoras. Ondulación
V. real y permanente. Tinturas.
Duque de la Victoria, 4.
VALLADOLID

EL RELOJ
OMEGA
SE VENDE
FARMACIA, 5.

¿Ha visto los preciosos regalo que da

"LA AURORA"

a sus clientes de Chocolates y Cafés en PRECIADOS, 27?

Evita la caída del pelo, le da fuerza y vigor.

Alcoholato al Abrótano Macho

EXITO CRECIENDO DESDE EL 2 DE NO-
VIEMBRE DE 1904.

Premiado en varias Exposiciones.
Venta exclusiva en Madrid.

La Alcohola Española, Carmen, 16

Cuidado con las imitaciones.



Exíjase esta marca en el pre-
cinto d.º, frasco.

RADIOTELEFONIA

Completo surtido. Radio barátísima, apa-
- ratos galena desde 2,50; de una lámpa-
- ra, corriente industrial continua, completo,
- incluso altavoz, 100 pesetas; auriculares
- desde 2,05; cascos desde 5,05; varióme-
- tros, ocho pesetas; altavoces, 12 pesetas.
- Ventas por mayor y menor. Envíos a pro-
- vincias. Desgano, 14.

El "Athlétic Club" triunfa sobre el "Real Madrid" por 3 goals a 1

La final del Campeonato de la región centro

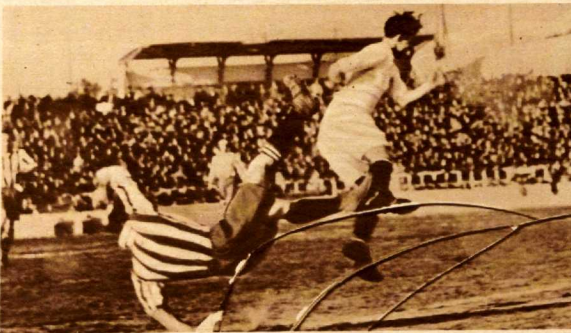
Información completísima de Alvaro



Antes de la emocionante final del campeonato de la región centro, el árbitro catalán, Sr. Comorera (en el centro), reunido con los capitanes de ambos "teams" y jueces de Huesca y de Metz.



El esfuerzo personal de Valentín Gual, delantero centro del "Real Madrid", se ve aquí reflejado con todo su empuje arrollador, en los primeros momentos del partido.



Un despeje violento del defensa "athlético" Galdós para evitar el remate del delantero contrario, Félix Pérez.



El medi- del Real Madrid, Peña, interceptando un pase al extremo derecha "athlético", Adolfo, en el terreno peligroso.



Un centro peligroso ante la puerta del Athlético, en el momento en que Gual intenta rematar algo violentamente, es recogido a tiempo por el objetivo habilísimo de Alvaro.



Un "corner" disputadísimo por los "athléticos" Ordóñez y Herrera y por el "madridista" Urbi.



Castro, alejado de su puerta, no puede cortar el impulso del balón, que penetra en la red, avanzando el triunfo "athlético". Ved la expresión desesperada del pundoneroso guardameta "madridista".

No, no se diga que la tradicional emoción de los encuentros Madrid-Athlético ha venido a ser compartida por cualquier otro género de combinación del "cartel" futbolístico cortésano.

Las tribunas que circundan el campo se llenan como para ningún otro suceso. Y se pueblan, no de un público de espectadores sencillos, "por el fútbol en sí", y desapasionados, sino de rostros gesticulantes, de brazos crispados, de ojos que se desorbitan y de bocas que no cesan en la expresión gritadora e irrefrenable del entusiasmo, de la decepción, de la ira, de la satisfacción insultante para el adversario. ¿Adversario de qué? De eso, de pasión, de partidismo. Es difícil ahondar en las justificaciones de esta pasión y de este partidismo.

Y ha ganado el Athlético. El equipo que en la primera vuelta del campeonato regional estuvo bordeando la eliminación, ha quedado consagrado campeón, gracias a una actuación regularísima y triunfal en la segunda "poule" y en el torneo suplementario de desempate, durante los cuales ni una sola vez ha conocido el fracaso.

El Athlético Club ha sido, en este partido, el esgrimidor sereno que ha tenido que parar desde un principio los ataques rabiosos y un poco desordenados de un adversario colérico y—justo es decirlo—en franca mala suerte; él, por su parte, no ha dirigido su ataque sino en contadas ocasiones; pero tan sobre seguro, aprovechando tan bien los descuidos en la guardia de su adversario, que sus contadas estocadas han hecho carne... Mientras el Madrid ha dominado durante todo el primer tiempo de una manera constante, y salvo contadísimas intermitencias, en el segundo, sin el menor fruto, el Athlético ha tenido bastante con una arrancada inspirada y feliz de Olaso para marcar ya en los primeros nueve minutos, el tanto de inauguración. Y luego, en la segunda mitad, cuando un "penalty", ejecutado por Quesada, había restablecido la igualdad, otro momento aislado, un disparo oportuno, a buena distancia, de Cosme, le ha dado nuevamente la ventaja. Ha consolidado ésta, en los minutos finales, de un impacto de Adolfo; pero ya entonces, el Madrid, desesperado de luchar con los hados adversos, se había entregado...

Un nuevo y sensacional Madrid-Athlético pasaba a la historia del fútbol madrileño.

Otro campeonato de la región quedaba cancelado homologando el triunfo del Athlético Club.

A. DIEZ DE LAS HERAS

Estampa

Los nuevos campeones balompédicos de la región centro

El «Athlétic Club» de Madrid

Notable composición de Alvaro



He aquí, por el orden de su colocación habitual, a los once jugadores titulares que el domingo lograron la decisiva victoria que les eleva a "la posesión del supremo galardón futbolista regional y que, conscientes de la importancia que su intervención ha de tener en las luchas que del campeonato de España se avecinan, esperamos, y con nosotros toda la afición, habrán de representarnos dignamente luchando con valentía, acompañados siempre de la nobleza, que es el estandarte de los verdaderos deportistas. Messeguer, guardameta (1); Galdós (2), y Olaso (A.) (3), defensas; Ordóñez (4), Tronchín (5), y Peña (6), medios; Adolfo (7), Cosme (8), Herrera (9), Galatas (10) y Olaso (L.) (11), delanteros.



Otros jugadores que en diversos encuentros también han colaborado a la buena clasificación, y cuyos méritos o mayor intervención en número de "matches" les hace acreedores de figurar entre los equipos actualmente considerados como efectivos. De izquierda a derecha: Agulló, Tuduri, Ortiz de la Torre, Aguirreboña, Capdevila y Triana. A la derecha, destacado, D. Antonio de Miguel, entrenador del equipo.